



COLECCIÓN TESTIGOS

# PENSANDO PENSAMIENTOS

*Margaret Randall*



# PENSANDO PENSAMIENTOS

*Margaret Randall*



**Textos:**

**Margaret Randall**

**Traducción y cuidado de la edición:**

**Rafael Mondragón Velázquez**

**Diseño editorial:**

**Regina Olivares y Dominica Trespalacios**

**Primera edición, noviembre de 2021.**

**© DR Cooperativa de Producción y Servicios Editoriales**

**Heredad, S.C. de R.L. de C.V.**

**[www.heredadpalabras.com](http://www.heredadpalabras.com)**

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta e interiores, podrá ser reproducido, almacenado, comunicado publicamente o distribuido en cualquier forma o medio conocido o por conocerse, si no cuenta de manera previa y expresa con la autorización del legítimo titular de los derechos sobre la misma.

**ISBN 978 607 98682 6 0**

**Hecho en México**



# PENSANDO PENSAMIENTOS

*Margaret Randall*

*Traducción de Rafael Mondragón Velázquez  
revisada por la autora*

*Este libro es para Guillermo Manuel Martín  
Álvarez Randall y Emma Nahuí Álvarez Randall,  
mis bisnietos, que son demasiado jóvenes para leerlo ahora,  
pero que ya piensan pensamientos de manera creativa.*

Habla —  
pero no separes el no del sí.  
Da a tu proverbio también sentido:  
dale sombra.

Paul Celan<sup>1</sup>

Importa qué historias contamos para con-  
tar con ellas otras historias;  
importa qué conceptos pensamos para  
pensar con ellos otros conceptos

Donna Haraway<sup>2</sup>

- 1 Fragmento del poema de Celan "Speak, You Too" en *Memory Rose into Threshold Speech*, traducido por Pierre Joris, Farrar, Straus and Giroux, 2020, p. 149. ["Habla tú también", en *Obras completas*, traducción de José Luis Reina Palazón, Madrid, Trotta, 2013, p. 108].
- 2 *Staying with the Trouble*, Duke University Press 2016, p. 118. [*Seguir con el problema*, traducción de Helen Torres, Bilbao, Consonni, 2019, p. 182].





## AGRADECIMIENTOS

Algunos de estos textos se publicaron en el blog de The Black Earth Institute y en *The Blue Nib* de Dublin, Irlanda. Una edición en inglés se publicó en 2021 en Casa Urraca, en Abiquiu, Nuevo México.

Quiero mencionar el excelente trabajo de Rafael Mondragón en traducir este libro al español. Fue un proceso de comunicación constante en el que aprendí mucho y gané, además, un buen editor y amigo.

[illegible]

## ACERCA DE ESTOS TEXTOS

¿Ensayos? No exactamente. ¿Tratados académicos exhaustivamente investigados y documentados? Tampoco. ¿Quizá reflexiones? Son algo más deliberado y desarrollado. ¿Una mezcla de todo, un reto a los géneros literarios más convencionales? Ojalá que así sea.

Estos textos, en su mayoría más breves que el ensayo más convencional, giran en torno de una variedad de temas. Casi todos son secuelas de una determinada palabra o idea, algo que apareció en un sueño, que me golpeó mientras conversaba sobre un tema sin relación alguna, o cuando estaba sumergida en el silencio en que me adentro mientras hago ejercicio, o justo antes de quedarme dormida. Algunos de ellos fueron respuestas urgentes a problemas con que vivimos hoy.

Yo no medito. He intentado la práctica, y reconozco sus beneficios para muchos, pero nunca he logrado vaciar suficientemente mi mente. Siempre está ese pedacito de rojo cadmio burlándose en la esquina más lejana de mis ojos, o un movimiento súbito que me lleva a algún lugar con las alas de la memoria. La mayoría de las prácticas de meditación son además de naturaleza religiosa y tiendo a huir de cualquier cosa que huela a religión. Mis vagabundeos mentales son más personales, y también son más prácticos.

“No todavía” y “Homúnculo” fueron las primeras piezas que escribí para esta colección. Otras pronto las siguieron. Algunas, como “¿Fue Shakespeare un poeta político?”, “¿Preservar el racismo o preservar la historia?” y “Acerca del espectro de género” son más recientes. El más nuevo de todos es “El arte y la tecnología a través del es-

pacio y el tiempo”. Algunos de estos textos responden a cosas que están ocurriendo hoy, eventos inmediatos y dramáticos como las guerras a las que resistimos, la posibilidad de perder nuestro hábitat o la pandemia del COVID-19 que nos invadió en el momento en que estaba reuniendo estos textos para darles forma de libro. Mientras se desplegaba la crisis, su naturaleza súbita y sobrecogedora me provocó una y otra vez la necesidad de responder. Otros textos se enfrentan con problemas con los que he luchado en la mayor parte de mi vida adulta y algunos, con asuntos de cuando aún era niña. Ellos reflejan mis pasiones y lo que quisiera decir sobre ellas hoy que estoy a la mitad de mi novena década. En esta época de mentiras flagrantes y de las llamadas *fake news*, creo que asegurarnos de que cada palabra pronunciada signifique exactamente lo que tratamos de decir es más importante que nunca.

Albuquerque, invierno de 2020.

## No todavía

Me remonto a través del tiempo y el espacio, jadeando y tosiendo, con mis brazos estirados agitándose a través de un mar turbio. Los objetos, rotos o completos, chocan conmigo, aunque no hay peligro de que me hagan daño. Éste no es un ejercicio físico, sino uno de los sentidos, de la mente. El tiempo parece expandirse y contraerse, pero ningún evento discreto puede enfocarse. Estoy buscando algo elusivo, a veces le doy toda mi atención, a veces la libertad de que se vaya por completo.

Algunos seguramente buscarían su nacimiento, esa frontera volátil entre las aguas amnióticas y el primer trago de aire. O un adelanto de su muerte. Ésas son las fronteras sobre las que los seres humanos se han hecho preguntas desde el inicio del tiempo. Existen muchas historias, ninguna de las cuales me han parecido confiables: demasiado poco imaginativas, demasiados clichés, demasiado dentro del

molde del dogma religioso. Además, estoy segura de que la memoria misma trabaja diferente en cualquiera de los lados de esas líneas impenetrables, de que su función y ejercicio operan a través de reglas que no podemos conocer. Es esperar demasiado que nuestros recuerdos puedan hacer un puente entre territorios tan dispares.

Además soy menos ambiciosa. Busco un cambio menos dramático, más consciente. Por ejemplo, sería un logro bienvenido si simplemente fuera capaz de distinguir aquellas palabras que dieron nombre al principio a los colores y cómo respondí a ellos. Mi madre habría señalado objetos ordinarios, dándome ánimos con preguntas como “¿qué color es éste?”, y después de mucho ensayo y error, yo habría respondido de una forma apropiada a la pregunta, causándole una sonrisa de orgullo y satisfacción mientras mi voz de niña anunciaba “azul” o “rojo”. ¿Cómo habrá sido mi percepción antes de ser capaz de dar estas respuestas?

El primer color o número. La primera habilidad para reunir dos o tres palabras en algo que pudiera llamarse una frase. La primera identificación de palabras en una página. El primer esfuerzo victorioso para producir esas palabras yo misma. La primera expresión que fuera completamente obra mía. La primera narración. La primera mentira exitosa. Esos son momentos que recuperaría hoy, a través de la niebla de ochenta y cuatro años de acumulación inconsciente. El confuso momento antes de aprender a leer, y el momento luminoso posterior. El antes y el después que dibujó en luz brillante la comprensión de cómo podría añadirle a la ecuación de otra persona algo mío, algo que yo hubiera descubierto. Aprender a sentarse o agacharse o caminar: avances físicos como esos se sienten mecánicos en comparación. Lo que trato de desnudar y volver a poseer es el momento imaginativo de la consciencia recién conquistada.

El viaje imposible inició esta mañana mientras descansaba en el sofá, los ojos medio cerrados, tratando de

sanarme de una gripa que me había sometido hacía más de una semana. La fiebre puede liberar la mente de una, nivelar el campo de juego y remover obstáculos que se meten en el camino. Era febrero de 2020 y acababa de regresar de un vuelo muy largo desde Uruguay. En retrospectiva, pude haber llegado con una forma muy débil del coronavirus, que entonces no estaba en el vocabulario de la mayor parte del mundo. Tuviera o no COVID-19, por momentos estaba cerca del delirio.

Mi mente viajó al instante desconocido e ignorado en que por vez primera no sólo entendía que un cierto hilo de pensamiento era lógico, creíble, importante, sino que además le inyectaba algo mío a esa exploración, expandiéndola o cambiando la dirección de su sentido. Una creación mía, hecha de conocimientos, un caótico revoltijo: un milenio de ideas relacionadas, una tela de retazos que iniciaba antes de la historia escrita y continuaba sin problemas hacia un futuro que puede o no puede llegar a ser. Ese momento en que reclamé un lugar propio en la trama. Imposiblemente elusivo, y al tiempo profundamente precioso.

15

La naturaleza del humano envejecer pareciera ser el borramiento de los recuerdos iniciales incluso mientras se adquieren nuevos recuerdos. Perdemos los que se construyeron temprano mientras los reemplazamos con aquellos de cosecha más reciente. Una cierta inversión ocurre entre la gente diagnosticada con demencia: ellas pueden perder recuerdos más recientes mientras retienen o regresan a aquellos que se construyeron hace más tiempo, a menudo sorprendiendo a los seres queridos que se han resignado a la mera pérdida. Se sabe tan poco sobre un cambio en la memoria así de doloroso, y tantas veces mal interpretado, que las generalizaciones sobre el fenómeno nos dejan, cuando mucho, con interminables conjeturas.

Mientras medito sobre esto, me doy cuenta de que lo que más me interesa no son esos momentos de ruptura en

que fui capaz de identificar un color o descifrar una palabra en una página. Durante años, en mi temprana madurez o mi adultez plena, caminé por un mapa cada vez más complejo vadeando entre elecciones diversas: ¿es que esta o aquella explicación para el misterio de la vida me parece más razonable? ¿Quién entre los pensadores que vinieron antes me inspira la mayor confianza? ¿A quién puedo seguir? ¿Cuál pensamiento debo dejar atrás? En cierto momento ya no bastaba con seguirlos: necesitaba liderar, o al menos ser parte de quienes lideran. Y me encontré a mí misma añadiendo una pregunta por aquí, una idea por allá. Reconocí mi propia capacidad para darle forma a la conversación.

16

Mucho de esto se relaciona con la pasión. Y con las preguntas, con nuestra resistencia o disposición para plantearlas. Estamos condicionados para creer que nuestro mundo está poblado por expertos que tienen todas las respuestas, y que el resto de nosotros estamos destinados a seguir su consejo. Y así, tenemos situaciones como la del famoso antropólogo británico Eric Thompson, quien durante el siglo XIX retrasó al menos cien años la empresa de desciframiento de los glifos mayas porque nadie se atrevía a cuestionar la dirección hacia la que apuntaban sus investigaciones —que terminaron siendo incorrectas. O del respetado lingüista Noam Chomsky, un siglo después, que planteó que la adquisición del lenguaje estaba en nuestro ADN. También esto resultó ser una asunción errónea que retrasó en décadas las investigaciones en el campo. Nuestros grandes pensadores merecen nuestra admiración. Pero cualquiera puede equivocarse en relación a uno o más aspectos de un problema, y los descubrimientos a menudo vienen de lugares inesperados. La duda es una parte vital del aprender. Raramente se la incentiva en un sistema educativo que fue diseñado para producir imitadores más que pensadores originales.

Llegué a la comprensión de que la especialización extrema de hoy fragmenta el tejido conectado que hace del

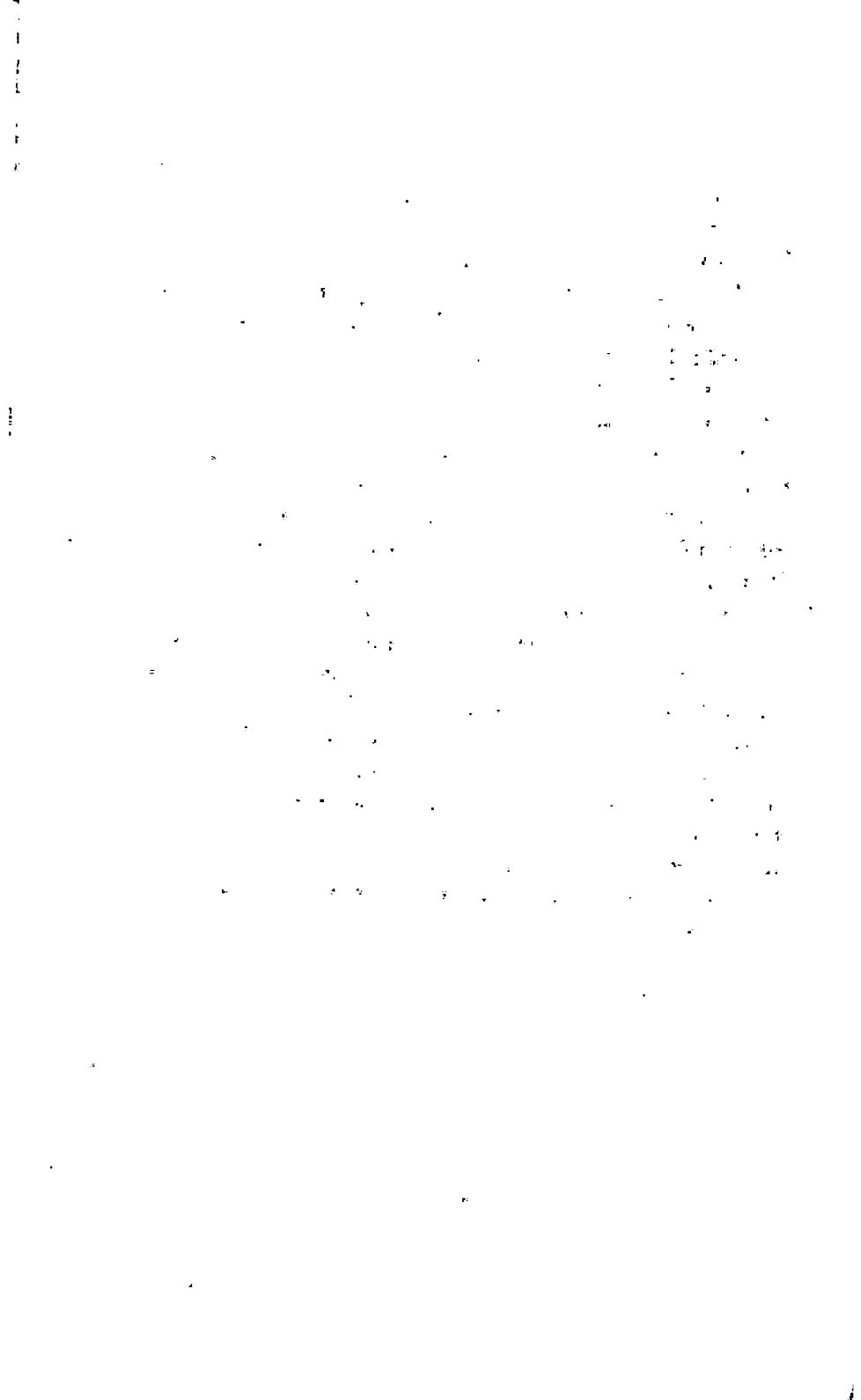


mapa algo legible. De manera contraria a lo que asumimos usualmente, mientras más nos concentramos en cada parte del todo, menos vamos comprendiendo. Mientras más holística es nuestra aproximación, más fácil es entrar a los túneles subterráneos, los desvíos y los caminos apartados, cruzar los puentes y vagar por los senderos. Una cabra de montaña de pies seguros puede guiarnos por los caminos más estrechos. Un topo puede llevarnos debajo de la tierra a su morada escondida en donde no hay luz, sólo sensación. Podríamos sorprendernos de lo que encontramos si nos pudiéramos permitir ser más humildes, si respetáramos las ideas más pequeñas y fuéramos capaces de movernos hacia ellas tan fácilmente como lo hacemos con las más grandes. Podríamos llegar más lejos si pudiéramos resistir el pensamiento reduccionista en favor de la visión holística.

17

Así que busco, permitiéndole a mi mente vagar a través de mis años, ignorando las limitaciones que nacen de la clase, la cultura, la raza, el género y el hábito. No dejo sin imaginar dirección alguna, ningún camino es demasiado insignificante. Quizá aún pueda encontrar un trozo de lo que busco. Si lo logro, espero no dejar que se me escape entre los dedos por ignorancia, intimidación, fracaso de mi imaginación, falta de confianza o miedo.

A veces sólo podemos ver de verdad con nuestros ojos cerrados.



## El caballo y el camión de carga

Edward Abbey, el escritor, fue conocido sobre todo por obras maestras como *El solitario del desierto* y *La banda de la tenaza*. Pero en 1950 él y yo estudiábamos en la Universidad de Nuevo México y recuerdo una novela suya más antigua, hoy olvidada por todos excepto algunos seguidores devotos. *El vaquero indomable*, publicada en 1956, es una historia del Oeste en cuya última parte el protagonista galopa fuera de la sierra de Sandia, al este de Albuquerque, en el camino hacia México. Justo mientras cruza el Cañón de las Tijeras, retando al tráfico de lo que una vez fue la vieja Ruta 66, es atropellado por un camión de carga que volaba disparado. Después de que Abbey se volviera famoso, se hizo una película de *El vaquero indomable* y Kirk Douglas interpretó el papel principal.

Las personas que crean en el destino asumirán que el jinete y el camión de carga estaban destinados a chocar

en ese preciso momento y ese preciso lugar. Las personas como yo, que prefieran la casualidad, dirán que los dos estuvieron en el lugar equivocado y el tiempo equivocado. El choque fue un accidente terrible. Fuera como fuera, su impacto en el jinete, el caballo y el conductor del camión habría sido el mismo, pero las implicaciones en la manera en que pensamos el giro súbito que aquellas vidas habrían tomado no podrían ser más diferentes.

20 Hay quienes dicen que todo pasa por algo. Esa creencia se extiende incluso a episodios tan horribles como el Holocausto nazi o el genocidio de Camboya. Para que ocurran atrocidades como éstas deben converger el abuso de poder más descarado, un racismo o clasismo extremo y un cierto momento político.

Las personas que responsabilizan al destino generalmente creen en Dios. Cuando se les pide que expliquen cómo una deidad que es toda amor puede permitir que ocurran cosas así, responden con alguna variante de “Él obra de maneras misteriosas”, “no nos toca a nosotros cuestionar” o “debemos tener fe”. O quizá simplemente lo explican de forma más secular al decir que pasó lo que tenía que pasar.

Quienes tenemos inclinaciones científicas interpretamos la historia de Abbey como si el conductor y el camión sólo hubieran chocado, en fatal relación. Creemos en que una colisión inesperada, importante, sorprendente, incluso fortuita —entre personas, eventos o ideas— es el resultado de un número infinito de variantes previas que reúne por azar a sus protagonistas. Es algo parecido al efecto mariposa, por el que cosas pequeñas tienen un impacto no lineal en un sistema complejo.

Cada hecho depende del anterior. Y no los podemos predecir o prevenirlos —o incluso, provocarlos. Ellos incluyen todo, desde el Big Bang hasta el surgimiento del amor que siento por mi esposa y los besos que intercam-

biamos. El vaquero valiente y el conductor son ficticios, pero eventos así ocurren cada día en la vida real.

El 14 de agosto de 1997, doce excursionistas europeos se dispusieron a explorar el desierto de Arizona y sus cañones. La mayoría venían de Francia, uno era de Inglaterra y otro de Suiza. Un habitante local le advirtió al grupo de no entrar a una estrecha grieta de cal, pero su guía, Pancho Quintane, que venía de Los Ángeles, no pudo figurarse por qué. Miró al cielo, que estaba despejado. Más tarde Benson Nez, un guardabosques de la reserva navajo, confirmó que no había caído lluvia en el lugar donde estaban explorando.

La tormenta cayó sin anunciarse. Un aguacero a quince millas de distancia desbordó con fuerza el lecho de un arroyo, usualmente seco, en el Cañón del Antílope y en dirección hacia los desprevenidos excursionistas. Los atrapó en un cañón con una grieta estrecha de la que no había escape posible; los mató instantáneamente un muro de once pies hecho de agua turbia y veloces desechos lodosos. Sólo sobrevivió el guía. Sus ropas habían sido arrancadas. Estaba maltrecho y sangraba, pero estaba vivo. Todos los demás habían muerto. El cuerpo de una mujer fue encontrado en el lago Powell, a millas de distancia. Nunca se recuperó muchos de los cuerpos.

21

La gente piensa que el desierto es un lugar seco en donde la deshidratación causa la pérdida de vidas. Es cierto. Pero también es un lugar en que se puede morir ahogado. Para que esto ocurra se deben reunir elementos en una receta perfecta para la muerte. En el incidente arriba contado, se trató de una tormenta que mandó lluvia hacia un estrecho cañón, gente que exploraba precisamente en esa grieta cuando el agua entró rugiendo y la falta de conocimiento y precaución que los llevó a todos allí. Fue la casualidad, y no el destino.

Recuerdo otro momento de súbita lluvia, no trágico sino iluminador. También en él un camión de grandes

dimensiones tuvo un cierto papel. En 1963 el Museo Nacional de Antropología e Historia estaba siendo construido en el parque de Chapultepec de la Ciudad de México. Se decidió que la inmensa estatua del dios de la lluvia Tlaloc, encontrada hacía un siglo en el lecho seco de un río cerca del pueblo de Coatlinchán, en el Estado de México, se pusiera en frente de la entrada del museo. Así que el 16 de abril de 1964 la estatua, que pesaba 168 toneladas y tenía 33 pies de alto al ponérsela de pie, fue montada en el soporte de un camión especialmente acondicionado e inició su viaje hacia la capital.

22 Yo era uno de los 25,000 observadores que llenaban las calles el día en que llegó Tlaloc. El cielo era de un azul brillante. Estábamos en temporada seca y no había signo alguno de lluvia. Mientras la estatua llegaba lentamente por la plaza central de la ciudad —el Zócalo, en donde estuvo alguna vez la pirámide azteca de Tenochtitlan—, torrentes de agua descendieron súbitamente desde aquel cielo azul. Se trataba, después de todo, del dios de la lluvia. Muchos creyeron que era un evento sobrenatural. Yo creo que respondió a una ley de la naturaleza que aún no conocemos porque no tenemos la voluntad de considerar ninguna forma de comprender las cosas sino la nuestra, científica y occidental.

Incluso los que creemos en la casualidad comprendemos que hay fuerzas y motivos que llevan a colisiones fortuitas u ominosas. Pienso en este momento en otro camión, que tronaba como un rayo por un pedazo de camino casi vacío que va de sur a norte por la región navajo de Nuevo México, cerca de la frontera con Arizona. Algunos años atrás, un joven llamado Aarón, desesperado por perspectivas de vida que debió haber creído no poder controlar, se emborrachó una noche y se atravesó en el camino. El conductor, horrorizado, metió el freno hasta el fondo pero fue incapaz de detenerse a tiempo. El suicidio de Aarón, como

el de demasiados jóvenes indígenas, estaba, en cierta forma, predestinado. No por un destino místico, sino por un sistema neocolonialista dentro de una sociedad profundamente racista que castiga a los pobres. Sólo podemos imaginar que este tipo de tragedias tiene que ver con el destino si creemos que los pocos merecen todo mientras los muchos se quedan sin oportunidades. O que la pobreza existe porque algunos son flojos o no trabajan lo suficientemente duro.

Me fascinan los caminos divergentes que en un momento específico llevan a que se reúnan gente, lugares, eventos o ideas. Fui a lugares en que se estaba haciendo la historia y terminé viviendo en esos lugares durante periodos de cambio dramático. Esas experiencias me permitieron comprender el mundo en formas a las que no habría accedido de otra manera. Cuando me preguntaban cómo o por qué tomé esa ruta, acostumbraba a decir "supongo que sólo pasó que estaba en el lugar correcto y el momento correcto". He dejado de decir eso. He llegado a entender que eso no era verdad.

No es que haya pasado simplemente que aterricé entre los artistas y poetas del expresionismo abstracto que estaban inventando un nuevo lenguaje creativo en la ciudad de Nueva York a finales de la década del cincuenta, o que simplemente pasó que viajé a lo largo de Vietnam del norte durante los últimos seis meses de la guerra con Estados Unidos. No es que simplemente pasara que fui a Cuba durante la segunda década de revolución en ese país, o a Nicaragua durante los primeros años del cambio social del sandinismo. Escogí estar en esos lugares vibrantes durante esos momentos históricos. No fue la suerte o el destino, sino el idealismo, la curiosidad y la decisión.

De la misma manera, cada evento importante de mi vida se ha basado en elecciones, una determinación consciente de buscar o crear. Escogí tener a cada uno de mis hijos. Me decidí a ser una escritora. Decidí unirme a la lucha

por la justicia en cada lugar en que estuve, sin importar si mi decisión era lo que hoy llamaríamos políticamente correcta o llevaría al “éxito” en el sentido tradicional de la palabra. Quizá —y esto fue menos común en esa época— tomé la decisión, aun siendo mujer, de que no tendría que escoger entre la maternidad y convertirme en escritora o entre estar interesada en el mundo desde la comodidad de un escritorio y explorarlo mientras intentaba cambiarlo. Podría hacerlo todo, y lo haría todo.

24

Nunca lo pensé dos veces cuando se trató de abrazar el feminismo o asumir mi identidad lésbica. Cuando se acercaba mi regreso a Estados Unidos después de casi un cuarto de siglo en América Latina, y el gobierno norteamericano ordenó mi deportación por las opiniones que había expresado en algunos de mis libros, no dudé en quedarme y pelear o en hacer lo que tuviera que hacer para ganar. Nunca he huido de las decisiones difíciles cuando he sentido que eran las que creía correctas.

No estoy pretendiendo tener algún tipo de visión profética. En retrospectiva, algunas de mis decisiones resultaron ser errores o incómodos rodeos. Pero en general el tomarlas, a menudo espontáneamente, me ha hecho sentir orgullosa, y ha imbuido mi vida con un ímpetu que me da el valor necesario para continuar.

Así como hay casos de gente que se reúne en formas que lo cambian todo, también hay casos de lo contrario: encuentros que deberían haber pasado pero no ocurrieron. Tuve una amiga cercana que, durante la Segunda Guerra Mundial, mandó a su joven hijo a la provincia francesa para salvarlo de la toma fascista de París preparada por los alemanes. Se suponía que después de la guerra se reunirían en una cierta estación de ferrocarriles, pero esa reunión jamás ocurrió. Ella esperó en la plataforma en vano. Él no se bajó del tren. ¿Estaba en el tren y de alguna manera se perdió la parada, o estaba en otro? ¿Estaba ella en la



estación equivocada o en la estación correcta pero en la plataforma equivocada? Pasaron muchos años. La madre aprendió a vivir sin su hijo, el hijo sin su madre. Pero el hijo nunca olvidó el encuentro fallido que creía había sido culpa de ella. Las vidas de ambos cambiaron para siempre.

En inglés a veces decimos que hubo “una tormenta perfecta” cuando ocurren ciertas cosas (usualmente, cosas malas). Con ello aludimos a una serie de eventos —como un tren o una señal perdida, una palabra o frase mal entendida, algo que ocurre demasiado pronto o demasiado tarde, un cambio súbito de clima, dirección en el viento o el agua, un cañón con una grieta estrecha, una playa llena de gente, una gran ola, etcétera— que se combinan para producir las condiciones requeridas para un hecho preciso. Si faltara cualquiera de esas condiciones, el resultado sería distinto.

25

Pero también existen otros tipos de “tormentas perfectas”, aquellas que hacen que se encuentre gente incluso cuando la probabilidad de una conexión pareciera remota. A menudo me pregunto sobre las circunstancias fortuitas por las que inició mi relación con la mujer que he amado treinta y cuatro años. No podríamos haber sido más diferentes en términos de edad, clase y cultura. Yo venía de una familia de clase media alta, era una viajera que acababa de volver a casa y estaba a la mitad de una exigente lucha legal. Bárbara trabajaba en un taller donde se pintaban letreros comerciales, pero le gustaba tomar una materia en la universidad cada semestre para mantenerse intelectualmente estimulada. En 1985 ella asistió al Programa de Estudios de la Mujer de la Universidad de Nuevo México y le pidió a la secretaria que le recomendará un curso.

La secretaria le recomendó Mujer y Creatividad, un curso que yo estaba dando. Bárbara se inscribió. Yo quedé intrigada por sus overoles morados y sus tenis amarillos, y por sus perspicaces contribuciones a las discusiones en el aula.

Después de haber entregado las calificaciones finales, ella llegó a mi oficina con una única rosa escondida en su maleta del gimnasio. Quedé conmovida. La invité a cenar. Ella aceptó. El resto es historia. Si ella o yo hubiéramos reaccionado diferente, la historia no habría terminado como terminó.

Cuando hay elementos o gente que se reúnen de esta forma, corresponde pensar en las variables: velocidad, temperatura, intención, química y las que se puedan añadir. Aquí estamos hablando de ciencia o de coincidencia, no de destino. Cuando choca la gente, los lugares o las ideas hay siempre una razón o una serie de razones que llevaron a la colisión. Una razón, no algún tipo de poder superior. Nuestra voluntad, y no la ejercida por un dios ficticio, es quien determina quiénes somos y qué hacemos con nuestro breve pasar a través de esta vida.

## ¿Preservar el racismo o preservar la historia?

En los años cuarenta y cincuenta, cuando crecía en Albuquerque, Nuevo México, había monumentos a la Madre Pionera adornando los parques públicos de muchas ciudades del oeste del país. Estaban hechos con una estética tradicional: me daba la impresión de que la madre, con su bonete y su falda larga revoloteando alrededor de los tobillos, estaba a punto de adelantar un paso. A menudo tenía un bebé cargado entre sus brazos y dos o más niños a sus pies. La mayoría de los escultores que realizaron esas estatuas eran, cuando mucho, mediocres. Aún no he visto alguna que pueda ser considerada gran arte. Sin embargo, recuerdo cómo me emocionó la “Madonna del Camino” de Albuquerque, que así era como se llamaba. Yo era una joven blanca y de clase media a punto de volverse mujer en los sofocantes años cincuenta del siglo pasado, y a menudo me detenía a mirarla en uno de los parques del centro de la ciudad.

El monumento llevaba una placa que hablaba de la valentía y fortaleza de aquellas mujeres que habían “explorado el Oeste”. En ningún lugar mencionaba cómo esa expansión había significado la usurpación de las tierras de los nativos y la violencia sobre sus habitantes, o los crímenes cometidos en nombre de la colonización. Descubrí la sórdida cara de esa historia conforme fui creciendo, y ya como joven adulta comencé a situar la exploración del oeste de mi país en un marco expansionista y racista. Pero la mujer pionera retuvo su valentía ante mis ojos. Sabía que había enfrentado innumerables dificultades. Y ya intuía que las mujeres de la conquista del Oeste, como las de todas las situaciones a lo largo de la historia, sufrieron a causa de una cultura misógina y por las desigualdades de género. También sabía que la historia de la mujer pionera no era sino un hilo de los muchos que forman el tejido del pasado de mi país.

Al mirar atrás comprendo que sólo puedo explicar el impacto que la mujer pionera tuvo en mí al ponerle referencias a mi respuesta emocional. Años atrás, cuando era una niña muy pequeña, había contemplado la imponente figura de piedra de la Victoria griega de Samotracia, recibida en préstamo por un museo de la ciudad de Nueva York, y puesta en la parte más alta de su amplia escalera. Las alas gloriosas de la estatua y el movimiento hacia delante de su cuerpo me hablaron de mis propias añoranzas incipientes, de la vida que sería capaz de crear si podía acceder a mi fuerza interior. La mujer pionera me evocó ese mismo sentimiento de posibilidad, de hacerse fuerte en un mundo en el que mi género era visto como un lastre.

En la primavera de 2020, después del más reciente en una muy larga lista de crímenes en que hombres y mujeres mayormente negros fueron asesinados sumariamente por policías mayormente blancos, un movimiento de protesta antirracista explotó a lo largo de Estados Unidos. Miles de personas inundaron las calles, conducidas por el Black Li-

ves Matter, y se quedaron en las calles por un tiempo mucho mayor que movimientos previos. Quienes protestan se habían cansado de promesas. Estaban exigiendo cambios. Querían que los gobiernos de la ciudad y los estados cortaran los fondos a departamentos de policía descontrolados, y eran partidarios de una vigilancia comunitaria sobre el orden y la ley. Se rebelaban, en términos más generales, contra un gobierno neofascista y profundamente racista.

Ese movimiento y sus retoños posteriores han logrado que pongamos atención en los múltiples símbolos del racismo en nuestra sociedad. Ellos incluyen marcas comerciales como la harina para hot cakes Aunt Jemina elaborada por Quaker, el arroz Uncle Ben, los pays Eskimo de Nestlé, y Chiquita Banana, que desde hace tiempo han representado en forma estereotipada a los afroamericanos y otras minorías: la nana esclava, los habitantes inuits de los iglú y las mujeres latinas grotescamente sexualizadas. Las compañías que venden estos productos, movidas por el miedo a perder ganancias, finalmente están accediendo a las demandas de cambiar la presentación de su productos después de décadas de esfuerzos fallidos para que lo hicieran.

29

Quienes protestan también han convocado a los equipos deportivos más importantes y les han pedido que retiren a mascotas cuyas insultantes para los pueblos nativos, como los Pielas Rojas [Redskins], los Caciques [Chiefs] y los Salvajes [Savages]. Y han comenzado a poner la mirada en las miles de estatuas en nuestra tierra que idealizan a los héroes del Sur en la Guerra Civil, a los conquistadores que diezmaron a nuestra población indígena y a otros que simbolizan actitudes racistas y colonialistas. Cambiar los nombres racistas de marcas y equipos deportivos también está en la agenda de muchos lugares por razones de viabilidad comercial: con tanta gente protestando contra las compañías que son dueñas de estas marcas, temen una pérdida cuantiosa de ganancias. Éste no es el primer caso en que los

activistas abogan por remover estas estatuas. Pero en esta ocasión el coro es más fuerte y la acción está siguiendo a las palabras, con algunos resultados notables.

Es urgente reformar los departamentos de policía. La mayoría de ellos les enseña a sus oficiales a ser innecesariamente agresivos. Utilizan armamento descartado por una milicia que siempre está desarrollando material de guerra nuevo y más letal. Muy pocos departamentos pretenden siquiera enseñar métodos cuyo objeto sea desescalar conflictos extremos u ofrecen un entrenamiento para la sensibilidad que permita abordar tensiones de formas más seguras para todos.

30

La administración Trump respondió a estas amplias protestas mandando ejércitos mercenarios a varias ciudades. A esto le llamó “Operación valor diligente”, un nombre coherente con su bizarro uso del lenguaje, diseñado para hacer que sus iniciativas sonaran como algo totalmente opuesto a lo que realmente son. Ésta no fue la primera vez que lo hizo. Los protestantes lograron detener la construcción del oleoducto de Dakota del Sur y el presidente Obama abandonó el proyecto. Pero Trump revirtió la decisión de Obama y, cuando las protestas se iniciaron otra vez, mandó agentes federales para intimidarlos y atacarlos. Así que Trump estaba volviéndolo a hacer. Comenzó el experimento en Portland, Oregon, en donde las protestas fueron particularmente fuertes y constantes. Cuando la violencia fue perpetrada, no por quienes protestaban, sino por los llamados “camisas pardas” de Trump, el gobernador de Oregon logró expulsar a las fuerzas federales. Pero claramente la administración estaba intentando nuevos mecanismos de control para ver qué tanto podía imponer el poder federal. Estas tropas no oficiales también invadieron otras ciudades, incluyendo la de Albuquerque, donde vivo. A pesar de esto, las protestas continuaron. Y consiguieron un cierto grado de cambio.

Estas protestas también se han enfocado en estatuas que, durante décadas —en algunos casos, siglos—, le rindieron tributo a figuras racistas de nuestra historia. Las demandas para retirar esas estatuas me hicieron pensar en mi fascinación con la madre pionera de Albuquerque, y también me hicieron imaginar una época en que nuestros monumentos reflejarán de verdad quienes queremos ser como pueblo.

La mayoría de las estatuas de Jefferson Davis, el presidente de nuestra breve Confederación, o de Robert E. Lee, el general que llevó a las tropas del Sur a la derrota en nuestra Guerra Civil, fueron erigidas inmediatamente tras el fin del conflicto, cuando aquellos que las financiaron y construyeron querían recordarle a la gente que, a pesar de que la Confederación había perdido, la idea de poseer esclavos aún estaba profundamente imbricada en su conciencia colectiva. Otras se erigieron en momentos posteriores del siglo XIX por las Hijas Unidas de la Confederación.<sup>1</sup> Fuera cual fuera su origen, las estatuas tenían la intención de intimidar. La emancipación era, en el papel, la ley que ya gobernaba, pero la discriminación en todas sus formas se quedaría con nosotros por generaciones, y esos monumentos no permitirían que los descendientes de esclavos la olvidaran. Un siglo y medio después de la liberación de la fuerza esclava compuesta por seres humanos secuestrados en África y traídos a los Estados Unidos, los estadounidenses negros continúan sufriendo muchas formas de segregación, pobreza desigual, brutalidad policiaca, educación inferior, los trabajos peor pagados y la salud menos accesible. Los varones negros son hoy el 34% de nuestra pobla-

31

1 Hijas Unidas de la Confederación (UDS, por sus siglas en inglés) es una asociación hereditaria norteamericana de mujeres del sur del país y fue fundada en Nashville, Tennessee, en 1894. Ha sido clasificada como “neoconfederada” por el Southern Poverty Law Center, encargado de monitorear a grupos de odio y a extremistas.

ción carcelaria, pero los hombres y mujeres negros son sólo el 13.4% de la población general.

Las estatuas dedicadas a los héroes de la Confederación son símbolos de esta realidad racista. A cada persona negra que debe pasar frente a una estatua en su camino al trabajo se le recuerda que la América blanca, en su conjunto, continúa considerándolos ciudadanos de segunda clase. Lo mismo es cierto para los militares que son entrenados o trabajan en bases que llevan los nombres de héroes racistas; es un recordatorio constante de que se espera de ellos que tengan la voluntad de morir por su país mientras se les fuerza a honrar a figuras históricas que los creían inferiores.

32

¿El Estados Unidos blanco resuelve su problema racial cuando cambia nombres y quita estatuas? Se trata de un inicio, pero necesitamos mucho más que esto. Necesitamos educación, y necesitamos dejar de volver "otros" a los grupos estigmatizados, previniendo así que den voz a su experiencia equiparándola con la de los demás. Necesitamos una educación que incluya la historia que realmente pasó y el pensamiento crítico, una conversación sincera, a nivel nacional, sobre cuestiones relacionadas con el racismo, y un gobierno dedicado a encontrar soluciones más que a perpetuar estereotipos y castigar minorías. Pero ¿no es también peligroso para nosotros borrar los capítulos vergonzosos o criminales de nuestra historia, pretender que nunca pasaron y continuar evadiendo cualquier forma útil de discutirlos? La gente de derecha llama "cultura de la cancelación" al retiro de estatuas; es su manera de disfrazar sus intenciones racistas al argumentar que ellos sólo se preocupan por la preservación de la historia cuando se aseguran de la permanencia de las estatuas y marcas comerciales y equipos, y otros vestigios de cultura racista. Es una definición absurda, pero no creo que quitar todas las estatuas sin pensarlo sea la respuesta.

Algunas de las figuras cuyos nombres adornan los monumentos públicos son difíciles de entender como comple-



tamente buenos o completamente malos. Cristóbal Colón, por ejemplo, fue un gran explorador tanto como el hombre al que le damos el crédito de imponer una cultura colonialista sobre los pueblos originarios de esta tierra. Otros países también tienen problemas similares. Lenin desarrolló un sistema sociopolítico y económico que posiblemente es más justo para la vasta mayoría de la gente. Pero la revolución también intentó abolir la estratificación de clase y significó la muerte de muchos. El colapso de la Unión Soviética en 1989-1990 trajo consigo la demolición inmediata de bustos y estatuas de Lenin. Ahora, después de años de capitalismo corrupto, algunas están regresando a sus pedestales.

33

Por supuesto, hay ejemplos de figuras tan perversas que no dejan duda de que es socialmente saludable remover cualquier tributo público hacia ellas. Hitler sería una de ellas. Pol Pot, otra. En el Nuevo México en que vivo hay varias estatuas enormes de Juan de Oñate, el conquistador del siglo XVI que marchó sobre el territorio saqueando y asesinando nativos en nombre de la Corona y la Cruz. En 1598 Oñate cortó los pies izquierdos de los jóvenes varones del pueblo acoma y mando a varias docenas de mujeres jóvenes a la Ciudad de México como esclavas. En el clímax de las protestas de 2020, estas estatuas de Oñate fueron finalmente derribadas y la Universidad de Nuevo México removi6 el nombre de Oñate de uno de sus edificios. Algunos integrantes racistas de la conservadora comunidad hispánica siguen molestos con estos cambios. Para cualquier persona consciente de los cr6menes cometidos contra los ind6genas de esta parte del pa6s, estos retiros no llegaron suficientemente pronto. La estatua de 36 pies de Oñate en El Paso, Texas, ha sido descrita como la estatua ecuestre m6s grande del mundo. Tras enfrentar protestas a lo largo de los a6os, y en un intento de aplacar a sus cr6ticas, se le cambi6 el nombre a "El ecuestre". Todav6a no se la ha derribado,

pero los protestantes de junio de 2020 lograron desfigurarla con una pintura roja que después le fue removida.

34 En California teníamos estatuas que honraban a Junípero Serra, el principal arquitecto del sistema de misiones californianas en la época de la colonización española. Serra, que nació en 1713 y murió en 1784, fue un franciscano que utilizó el trabajo forzado indígena, golpeó y maltrató de otras maneras a los conversos indígenas, y presidió una brutal subyugación colonialista que se extendió al norte desde San Diego. Sin embargo, el Papa Juan Pablo II beatificó a Serra en 1988 y el Papa Francisco lo canonizó en 2005. Proliferaron las estatuas del santo. En el clímax de las protestas de 2020, alrededor de cinco docenas de activista indígenas de todas las edades se reunieron en el parque Padre Serra, en el centro de Los Ángeles. Un anciano tataraviam/chumash llamado Alan Salazar quemó salvia e invocó a los espíritus de sus ancestros. Un grupo de jóvenes activistas ató con cuerdas la estatua de Serra y la arrancó de su base. Entonces pusieron salvia y otras ofrendas en donde había estado la estatua, y convirtieron el pedestal vacío en un altar a la igualdad y la esperanza en el futuro.

Entre 1966 y 1976, el líder chino Mao Zedong lanzó lo que llamó “Revolución Cultural”, un periodo en el que, en nombre de dejar atrás los valores burgueses, cientos de miles de intelectuales, artistas y otras personas que reverenciaban su pasado cultural perdieron sus trabajos, fueron enviados a campos de reeducación, forzados a realizar trabajo esclavo, aprisionados o asesinados. Se instó a los niños a denunciar a sus padres. Incluso hubo muchos miembros del Partido Comunista que sufrieron. Hoy en China existen al menos dos museos de los que tengo conocimiento que cuentan una historia del periodo. El museo de Shantou honra a los muchos que perdieron sus vidas durante la Revolución Cultural. La iteración más reciente del Partido Comunista Chino pareciera aprobar el lugar. El cartel a la

entrada de este museo dice: “La Revolución Cultural fue un error”. Cerca de la ciudad de Chengdu, el conjunto del Museo de Jianchuan también señala el periodo en cuestión, pero comunica una lectura más estrecha y ambigua de aquel asedio de terror. En los cuatro pilares que soportan la entrada del museo se dice: “Recuerda la guerra para tener paz. Recuerda las lecciones para tener futuro. Recuerda los desastres para tener serenidad. Recuerda las costumbres populares para tener herencia”. Este lema parecería implicar que los horrores de la Revolución Cultural fueron necesarios para traer un presente sereno y pacífico.

No tengo dudas sobre la necesidad de preservar todos los aspectos de nuestra historia. Ciertamente, los muchos monumentos y museos dedicados al Holocausto judío de mediados de siglo XX no han prevenido los genocidios subsecuentes, pero preservan una memoria que es esencial para nuestra humanidad. Auschwitz y otros campos de concentración nazis se volvieron sitios de memoria poco después de la guerra. Los campos de exterminio de Camboya han sido memorializados en todo su horror; el lugar mismo en que las atrocidades fueron perpetradas se ha convertido en un espacio para la contemplación. Hay jardines y pagodas, pero también un templo lleno de cientos de cráneos. Cuando llueve, la tierra sangra pedazos de tela, dientes y fragmentos de huesos del millón y medio de personas que fueron asesinadas aquí. La memoria de la Guerra Sucia latinoamericana de los setentas y ochentas ha sido preservada en conmovedores monumentos a las decenas de miles de desaparecidos. Los museos de la memoria en Argentina, Uruguay, Chile y otros países latinoamericanos muestran reliquias y fotografías —y la verdad. Estos memoriales son necesarios para los sobrevivientes en todos estos lugares cuyas vidas fueron alteradas por siempre por estas atrocidades.

Mientras cambia nuestro escenario político, también va cambiando en la consciencia popular el sentido de lo

que que significan estos monumentos, estatuas, nombres de equipos, marcas y memoriales. En cualquier época la interpretación hunde sus raíces en la cultura política en el poder. Ella es visceral, está impresa en el ADN de quienes fueron afectados. Una pregunta importante es ésta: ¿debe cambiar la comprensión de lo que está bien y lo que está mal según cambia el soplo de los vientos políticos? ¿No pueden estar de acuerdo los seres humanos en que el colonialismo, la esclavitud, los campos de exterminio, la tortura y el asesinato en masa están siempre mal?

36

Por supuesto que los monumentos y sitios de memoria se corresponden siempre con aquellos que cuentan la historia. Pienso en el Memorial a la Guerra de Vietnam en Washington, D.C. Maya Lin diseñó una poderosa estructura de granito negro en forma de V que emerge desde la tierra en cada uno de sus extremos y se eleva hasta su punto más alto en su vértice. Sobre este muro, como frecuentemente le llaman, están inscritos los nombres de los 58,000 miembros del ejército norteamericano que murieron en Vietnam durante esa larga y, al final, impopular guerra. Familiares y amigos llegan para contemplar sus pérdidas. Muchos llevan calcos con los nombres de sus seres amados en pequeños recuadros de papel disponibles para ese propósito. La gente también deja ofrendas: todo tipo de cosas, desde baratijas de cualquier tipo hasta flores y poemas. Visitar este monumento es participar de una experiencia, y podría decirse que éste es un sitio de memoria exitoso.

¿Pero qué es de los vietnamitas que murieron en ese prolongado enfrentamiento? Pueblos enteros fueron bombardeados por un ejército invasor. A los niños se les echó napalm. Vastas áreas de tierra quedaron estériles durante décadas; nada creció. Sin importar cuán significativo sea el Memorial a la Guerra de Vietnam para los ciudadanos norteamericanos afectados por esta guerra, yo argumentaría que todas las vidas que se perdieron fueron preciosas.

Pero dudo que Maya Lin hubiera sido contratada si hubiera diseñado un monumento que honrara a los muertos vietnamitas tanto como a los norteamericanos.

Y esto nos lleva al centro del problema: los soldados norteamericanos en Vietnam fueron héroes para algunos, pero criminales para otros. O al menos, carne de cañón al servicio de guerras imperialistas o genocidas. Los patriotas vietnamitas eran considerados por algunos como nuestros enemigos, pero estaban defendiendo a su nación de la invasión. Es el significado dual de los monumentos el que crea el problema. Si tan sólo los aceptamos como buenos o malos, dependiendo de nuestro punto de vista, estamos haciéndonos eco de un discurso de “ellos y nosotros” que nos impide comprender la historia. Esta es la razón por la que, sin importar si derribamos estatuas o las retiramos a un lugar donde a su exhibición se les pueda adjuntar un análisis de su significado histórico, necesitamos una discusión a fondo que incluya información sobre cuándo se las erigió, quién lo hizo y con qué propósito. Son los poderosos de cualquier época —los vencedores, los dueños— quienes crean estos monumentos. Y cuando la gente los ataca, se están rebelando contra aquellos que erigieron las estatuas y contra aquellos de hoy que continúan sus políticas. Los que protestan se están sublevando contra el poder criminal, y eso es algo bueno. Es importante que no se subleven, consciente o inconscientemente, en contra de la historia.

Al pensar en nuestro monumento de Vietnam, me pregunté si en algún lugar se ha hecho memoria de una guerra honrando a los caídos de ambos lados. Encontré que hay dos monumentos así en el estado de Kentucky. El Monumento del Veterano, en Covington, erigido en 1933, y el Memorial de los Veteranos Confederados y de la Unión, en el Juzgado de Butler Country en Morgantown, erigido en 1907. Estos sitios honran a los caídos de ambos ejércitos en nuestra Guerra Civil. Quizás ello haya sido

posible por el hecho de que la Confederación y la Unión se reunieron como una sola nación. En nuestro mundo fragmentado y xenófobo, puede que sea pedir demasiado que rindamos tributo a los muertos de dos países diferentes en un mismo monumento.

38 Durante generaciones sólo se ha contado la historia del hombre blanco en el lugar de la última batalla de Custer y en el de otras batallas entre el ejército norteamericano y los pueblos nativos. En tiempos recientes, los grupos nativos han añadido sus versiones de la historia o erigido memoriales alternativos en lugares cercanos. También han logrado que un cierto número de museos importantes devuelvan artefactos tribales sagrados y restos humanos. A pesar de estos intentos de rectificación y de recuperación de la memoria, la versión de la historia del hombre blanco sigue siendo la predominante. Ella es casi siempre la que se cuenta en los libros de historia, en los museos de sitio y los monumentos.

Existen muchas otras formas en que las historias quedan incompletas en memoriales referidos a un evento histórico particular. La vida del presidente John F. Kennedy es honrada con una llama perpetua en su tumba del Cementerio Nacional de Arlington. En él se dice cuándo fue asesinado, y la historia oficial nos cuenta dónde y quién se cree que tiró el gatillo. Pero los detalles de este crimen desde hace tiempo nos han sido ocultados y son materia de disputa. ¿Quién contrató a Oswald? ¿Había otras personas involucradas? Puede que nunca sepamos las respuestas a estas preguntas e, incluso si las sabemos, es poco probable que se las refleje en un memorial público.

Aplaudo que equipos deportivos importantes cambien nombres que han sido causa de ofensa a lo largo de los años. Me da gusto que compañías como Quaker y Nestlé finalmente estén abandonando marcas comerciales que proyectaron por demasiado tiempo estereotipos sobre la

gente. Pero, en relación a las estatuas, espero que no borremos la historia por enmendar los errores históricos. Necesitamos reconocer nuestro pasado plenamente y en toda su complejidad. Ésa es la única forma en que podemos evitar cometer los mismos crímenes en el futuro. Y es la única forma en que podemos saber quiénes somos realmente.

Remover estatuas conlleva una incómoda relación con la censura y, como ocurre con la censura, el problema no siempre está completamente claro. Deploramos, por ejemplo una manifestación de Ku Klux Klan, pero podemos apoyar su derecho a que se lleve a cabo porque creemos en la libertad de expresión; y si prevenimos la expresión de aquellas ideas que odiamos, sabemos que se nos podría evitar la expresión de las nuestras. Por otro lado, algunas personas argumentan que la remoción de estatuas ofensivas no es una censura de la historia (como si no hubiera valor en la historia por sí misma), sino una descalificación de una historia que fue contada de forma miope o prejuiciosa. Memoriales como esos no estaban intentando reflejar la historia, sino honrar una parte de la historia y encumbrar esa parte por encima de otras.

Pienso en Cuba, donde la Revolución nunca ha permitido estatuas o incluso retratos de líderes vivos. Durante la vida de Fidel Castro, ninguna oficina pública lucía su fotografía y no había monumentos de él en lugares públicos. Esto se explicaba como una manera de evitar un culto de la personalidad como los que existían en China o Corea del Norte. El culto de la personalidad emana siempre intimidación. Sin embargo, la intimidación puede tomar muchas formas, como la de las estatuas de Jefferson Davis y Robert E. Lee a lo largo del sur de los Estados Unidos. Esas estatuas le hablan de forma diferente a los ciudadanos negros que a los blancos. La solución, según creo, debe adaptarse a la medida de cada situación. Sabemos que sólo podemos entender a una persona o un evento teniendo la voluntad de escuchar todas las opiniones.

Pero ya no es suficiente tan sólo con escuchar a los otros. Nuestras distintas respuestas al problema de las estatuas y monumentos nos enseñan que la forma en que ellos nos afectan dependen de quiénes somos, de cómo nos hacen sentir más que lo que nos hacen pensar. Se trata de nuestra empatía emocional. Siendo una niña, la Victoria de Samotracia me hacía sentir fuerte. Siendo una adolescente que se acercaba a la madurez, la mujer pionera me hizo sentir que podía superar todos los obstáculos. Se trataba de sentimientos, no de análisis sociales. Una persona afroamericana que viva en Richmond, Virginia, tendrá una experiencia por completo diferente al caminar frente a una estatua de Robert E. Lee que la que yo o cualquier otra persona blanca pueda tener. Esa persona se sentirá forzada a confrontar los honores que se rinden a ese hombre, que dirigió el ejército que defendía a los propietarios de los abuelos de sus bisabuelos. Los indígenas en California, confrontados por una estatua que celebra a Junípero Serra, van a sentir el dolor de las primeras misiones cristianas que esclavizaron a sus ancestros. Los indígenas en Nuevo México conocen a Juan de Oñate como el conquistador que mutiló y asesinó a los suyos. Se trata de un asunto de empatía emocional, algo mucho más profundo que la comprensión política o que decir las palabras “sé cómo te sientes”.

También está el peligro de que, si removemos una estatua o cambiamos el nombre de una mascota deportiva o una base militar, corramos el riesgo de creer que nos hemos librado de nuestro racismo y resuelto el problema de las manifestaciones públicas ofensivas. Estos gestos son importantes, pero son el inicio de un proceso, no su final.

Debemos encontrar maneras de sostener una conversación pública permanente sobre el racismo que incluya un aprendizaje de la empatía. Debemos explorar el rol que juega la época al moldear nuestros valores culturales; cómo diferentes momentos históricos facilitan diferentes lecturas



de la realidad. Debemos reflexionar sobre el poder, cómo se ejercita y se distribuye. Las influencias religiosas fuertes a menudo promueven la condescendencia, actitudes paternalistas hacia grupos específicos que resultan en que algunos seres sean considerados inferiores. Necesitamos derribar las estatuas que ofenden, pero construir lugares donde ellas puedan ser exhibidas junto a un relato de todos los lados de la historia y un espacio para la discusión abierta en torno de las fuerzas que las crearon. Sólo entonces podremos comenzar el viaje para convertirnos en una nación que se sienta como un hogar pleno para todos.



# Nuestro tiempo ha llegado (CON ALGUNAS SALVEDADES)

La activista norteamericana Tarana Burke acuñó la frase “yo también” [*Me Too*] en 2006. La lucha para construir conciencia cobró impulso, pero el slogan no se convirtió en un movimiento sino hasta el 21 de enero de 2017, el día después de que Donald Trump asumiera la presidencia de Estados Unidos. En ese día, más de un millón de personas marcharon en Washington, D.C., y cientos de miles lo hicimos en ciudades alrededor del país, expresando nuestro rechazo hacia un misógino que se deleitaba públicamente con su violencia hacia las mujeres, que participaba de una retórica y acciones racistas y que hablaba despectivamente de los migrantes, a quienes llamaba violadores y asesinos..., y que, a pesar de todo, sería nuestro presidente por los siguientes cuatro años.

Nosotros y nuestros aliados levantamos nuestra voz de oposición a una administración que cada vez más mostraba que añadiría actos de odio a las palabras de odio. Entonces, en octubre de aquel mismo año de 2017, el #MeToo entró en una fase adicional. Comenzó a hacer énfasis en nombres y rostros. Ya no sólo eran los rostros valientes de mujeres que se atrevían a hablar, sino también los rostros asombrados de hombres poderosos que habían ejercido su violencia durante años, de manera libre y flagrante, creyendo que, incluso con su conducta misógina, podrían quedar impunes.

44 Quizás el hecho de que tantos de estos hombres fueran muy conocidos haya sido menos importante que lo que este movimiento significó para perpetradores ordinarios que ahora tienen razones significativas para temer que los descubran. El patriarcado mantiene dóciles a las mujeres para empoderar a los hombres con un sentimiento de dominio que es falso, pero útil. La mayoría de las religiones del mundo respaldan esta desigualdad, y las estructuras cívicas tradicionalmente la han reforzado. Es digno de nota que la presión causada por el miedo está comenzando a moverse, de las víctimas a quienes sus victimarios han forzado a sufrir en silencio, a los victimarios que están comenzando a ser nombrados, acusados y removidos del poder.

Los clérigos católicos acusados de pedofilia ya no son los principales o únicos objetivos de mujeres y hombres furiosos. Y ya no hay un apoyo automático a los abusadores por parte de la opinión pública. El #MeToo ha comenzado a cambiar el balance de poder en uno de los legados más insignes del patriarcado. Quiero ser absolutamente clara: como feminista, y como sobreviviente de abuso sexual, aplaudo el poder de este movimiento que nos fuerza a tomar en serio la integridad humana. Conozco desde mi propio cuerpo cómo sufrir estos crímenes puede dar forma a una vida. Sé cómo se siente el trastorno de estrés postraumático, cómo afecta las elecciones y posibilidades. Se ha

castigado a muchos varones bien conocidos que desde hace mucho habían usado mal su poder. De manera más importante, se ha hecho mella en la antiquísima asunción de que todos los varones nacieron con beneficios naturales y justos, y de que todas las mujeres lo hicieron para vivir sujetas.

De pronto estamos viviendo una realidad nueva. Ella es incipiente e incierta, pero comienza a producir cambios. En algunas sociedades, cuando menos, puede que a las mujeres y niñas se les crea cuando dicen haber sido abusadas. La literatura científica está llegando a un público más amplio. Algunos departamentos de policía ahora tienen unidades dedicadas al abuso sexual, con formación especializada. Después de siglos de silenciamiento y trivialización, nuestras voces están siendo escuchadas. Las instituciones están siendo forzadas a rebajar o despedir a ejecutivos que durante años habían acosado sexualmente a sus subordinadas con la absoluta confianza de que podrían mantenerse impunes por su comportamiento. El mero rumor de una conducta sexual inapropiada —en las redes sociales, en los medios masivos o en los documentos judiciales— es suficiente para ponerle fin a las carreras de hombres que durante mucho tiempo habían vivido confiadamente por encima de la ley.

45

Como ocurre con todos los movimientos de este tipo, y especialmente con aquellos que intentan enmendar agravios históricos como estos, la ola del #MeToo ha sido imparable. Ha cruzado fronteras, enraizándose en casi todos los continentes. Y aunque la cultura e historia de cada país le ha dado forma al movimiento de diferentes maneras, la nueva conciencia ha conmocionado a culturas diversas. Las mujeres nos hemos empoderado gracias a una agencia recién descubierta. Marchamos y nos movilizamos por cientos de miles. Se ha vuelto visible que estamos liderando una importante revolución, una que no sólo contempla el género, sino al problema del poder de manera holística, y

que estamos combinando con otras luchas nuestras demandas por justicia de género: luchas que confrontan el cambio climático, la pobreza, el racismo, la necesidad urgente de una reforma educativa y de salud, y una política migratoria más humana.

46 En esta nueva situación se ha presumido que la víctima dice siempre la verdad. El perpetrador siempre ha merecido nuestro repudio, se trate de una persona que se burla de las mujeres, hace frecuentes comentarios lascivos y toca a menudo a las mujeres, o se trate, por otro lado, de un golpeador y violador compulsivo. Pero también es importante comprender las realidades colaterales. Los valores aceptados por milenios no cambiarán en una noche. Debe tomar lugar una reeducación amplia y consistente, cambios en la ley y en la percepción popular de lo que constituye un abuso.

La respuesta violenta frente a estos cambios también puede ser fuerte. Hoy la experimentamos por parte de la derecha religiosa, así como por la manera en que la administración de Trump validó algunos crímenes al decir que evidenciaban hombría, fuerza e incluso patriotismo. Aunque Trump ya no sea presidente, su legado sigue vivo. Mientras luchamos contra formas tradicionales de abuso, estamos forzadas a enfrentar sus nuevas manifestaciones. Ello no debería intimidarnos o disuadirnos, sino animarnos a trabajar más duro para hacer efectivo el cambio que sabemos necesario, lo cual también incluye asegurarnos de que estamos luchando por él de una manera bien pensada.

Los estudios muestran que quien abusa sexualmente es usualmente alguien cercano de su víctima: su padre, abuelo, hermano, tío, profesor, sacerdote, entrenador, doctor, o un amigo cercano de la familia. Siempre es alguien más poderoso. De acuerdo al departamento de salud y servicios humanos del gobierno de Estados Unidos, que es una fuente en la que a menudo se han encontrado un subregistro en este tipo de estadísticas, una de cada nueve niñas y uno de

cada cincuenta y tres niños experimentan acoso o abuso en las manos de un adulto. Estos números subrepresentan groseramente el problema. Otras fuentes nos dicen que una de cada cuatro niñas y uno de cada seis niños habrán sufrido acoso sexual cuando lleguen a la edad de dieciocho años.<sup>1</sup> Ochenta y dos por ciento de todas las víctimas menores de dieciocho son mujeres. Habrá cuatro veces más posibilidades de que esas víctimas abusen de drogas; cuatro veces más posibilidades de que experimenten trastorno de estrés postraumático cuando sean adultas, y será tres veces más probable que sufran depresión. De acuerdo a un estudio conducido por el Centro Nacional de Víctimas, 1.3 mujeres en los Estados Unidos (de una edad de 18 años o mayor) son violadas cada minuto. Eso quiere decir que 78 lo son cada hora, 1,871 cada día, o 683,000 cada año.<sup>2</sup>

47

El #MeToo está cambiando estas ecuaciones. En lugares donde, por generaciones, la palabra de una víctima carecía de valor cuando se la comparaba con la de su perpetrador, ahora se asume rutinariamente que es auténtica. La víctima es inocente a menos que se pruebe lo contrario. El perpetrador es culpable a menos que —en raras ocasiones— se pruebe su

- 1 I. Johnson, R. Sigler, "Forced Sexual Intercourse Among Intimates", *Journal of Interpersonal Violence*, vol. 15, núm. 1, 2000, pp. 95-108.
- 2 D. J. Kilpatrick, C. N. Edmunds y A. Seymour, *Rape in America: A Report to the Nation*, National Victim Center, Arlington, 1992. [Un reporte de 2019 de ONU México contabilizó 19.2 millones de mujeres sometidas en algún momento de su vida a algún tipo de intimidación, hostigamiento, acoso o abuso sexual. Según el mismo reporte, aproximadamente 32.8% de las adolescentes de entre 15 y 18 años ha sufrido alguna forma de violencia sexual en el ámbito comunitario; ese año, 40,303 mujeres sufrieron una violación sexual, y 682,342 fueron víctimas de hostigamiento, manoseo, exhibicionismo o intento de violación. Las cifras fueron tomadas de la *Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública* de 2019 y la *Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares* de 2016 (n. del ed.).]

inocencia, un golpe de timón que ha hecho un bien inmenso para la autoestima de las mujeres, pero que también ha producido su propia medida de tragedia.

48 Algo que se perdió en esta legítima explosión es el problema del patriarcado en sí mismo. Cómo él da forma a la sociedad, condicionándonos a cada uno de nosotros desde antes de haber nacido, haciendo que los varones habiten un sentimiento de legitimidad y que las mujeres se sometan a propuestas no deseadas, al extremo de que a menudo ambos crean que ése es el estado natural de las cosas, algo que debe ser llevado en silencio, una cruz que se debe compartir. El abusador inevitablemente carga el arma adicional del miedo: “dilo y te mataré a ti o aquellos a quienes amas”. A menudo la madre cerrará sus ojos frente a la violación de una hija por parte del esposo porque la dependencia económica la mantiene anclada a esa injusticia. Demasiado a menudo a ella misma es también una víctima, y así ha sufrido un daño en su propia habilidad para comprender la perpetración y la victimización. Pudiera serle más fácil ignorar la evidencia ante sus ojos que apoyar a una niña que llora pidiendo ayuda. Adicionalmente, los niños que son víctimas del abuso a menudo se sienten aislados y solos; las niñas y mujeres hoy tienen el apoyo de un movimiento por la sanación cada vez más grande.

Sin embargo, el patriarcado daña a los varones además de a las mujeres. El patriarcado enseña el abuso hacia las mujeres y lo valida, pero también erosiona la humanidad de los varones. Esto es algo que muchas de nosotras hemos dicho durante décadas, desde las épocas más tempranas del feminismo, y sin embargo nos ha sido difícil incorporar esta verdad en nuestras vidas. También es importante separar los crímenes del criminal. Este último a menudo puede ser re-educado y convertirse, a veces, en un efectivo defensor de la igualdad, sobre todo entre sus pares, mientras que el primero desde hace mucho ha sido una norma cultural aceptada.



Cuando el feminismo de la segunda ola hundi6 sus raices en Estados Unidos, se volvi6 popular el dictum “lo personal es poltico”. Pronunciabamos el slogan pero no 6ramos capaces de comprender su relevancia, y nos faltaban las herramientas analíticas y emocionales para aplicarlo a nuestras vidas cotidianas. Hoy, medio siglo despu6s, el #MeToo est6 permitiendo que veamos las relaciones entre lo poltico y lo personal.

Pero el #MeToo tambi6n ha cometido algunos errores trágicos. Puede acusarse a un hombre, aparece una v6ctima con un cruel testimonio, y la mayoría de las veces ello es suficiente para condenar al perpetrador. ¿Pero qu6 pasa con la evidencia y los matices? ¿Debe dársele el mismo peso al comportamiento inapropiado (toqueteos no consentidos, flirtreo insistente, discurso despreciativo, humor soez) que al incesto y la violaci6n? ¿Un 6nico insulto verbal merece el mismo castigo que a6os de abuso? ¿Y qu6 pasa con las mujeres da6adas que, por la raz6n que sea, exageran o mienten? Podemos simpatizar con ellas, pero lamentarnos de que dirijan sus miras contra alguien que no merece ser se6alado. Una vida de subordinaci6n puede disparar una necesidad de venganza en algunas personas poco equilibradas o que pudieran creer de verdad que han sido agraviadas.

Por supuesto que todavía existen los “intocables”, esos varones que, porque a6n retienen una cantidad desmesurada de poder, siguen estando arriba de la ley, cuando menos por ahora. La política protege a asquerosos perpetradores como Donald Trump, que puede presumir de haber violado a mujeres, ser electo presidente y mantener el apoyo de la mitad del electorado. Daniel Ortega, que viol6 a su hija adoptiva desde los once a6os hasta llegar a la edad adulta, continúa como presidente de Nicaragua, y es apoyado por ciudadanos hombres y mujeres que dicen que lo que un hombre hace en su vida privada no debería ser usado para juzgar su habilidad para dirigir un pa6s.

Tengo un amigo varón que fue acusado de hacer comentarios inapropiados o sugerentes a una estudiante en los años setenta. Cuarenta años después, esa estudiante, animada por el #MeToo y también posiblemente por un desequilibrio personal que tiene poco que ver con el incidente en cuestión, acusó a su antiguo profesor en las redes sociales. Otras mujeres se unieron a un potente coro que llegó al extremo de mandarle notas a la esposa de esta persona en que la amenazaban de muerte si no denunciaba a su marido. En los años anteriores, este hombre había contribuido a su comunidad de manera brillante y generosa. Cuando fue acusado, admitió haber hecho comentarios inapropiados y se disculpó por el daño que infligió, pero negó haber abusado físicamente de su acusadora. La estudiante, hoy una mujer, lo confirmó: ella nunca lo había acusado de violencia física. Sin embargo, la virulencia dirigida hacia este varón lo forzaron, a él y a su mujer, a dejar el que había sido su hogar durante décadas, cambió irrevocablemente sus vidas y los relegó a un olvido que nos quitó a todos nosotros sus muchos talentos.

Otro buen amigo era un importante cantante y compositor latinoamericano cuya obra expresó las aspiraciones y sueños de muchas generaciones. Un año o más después de su muerte, una integrante de su familia lo acusó de haber abusado sexualmente de su hermana cuando ella tenía diez y él veintisiete, edades en que, ciertamente, la niña habría sido una víctima inocente y él, alguien responsable por sus acciones. El acusado estaba muerto y no podía hablar por sí mismo. La presunta víctima dijo que el incidente no había ocurrido en la forma en que había sido contado. Y la historia se mantuvo viva gracias a un periodista de derecha que parecía decidido a arruinar la reputación del músico. Una combinación que, cuando menos, arroja dudas sobre toda la historia.

Conozco a estos hombres, reconozco que tuvieron un comportamiento inapropiado; después de todo, ellos son

productos del condicionamiento patriarcal. Uno inmediatamente respondió a las acusaciones en contra suya y luego dijo que no hablaría más sobre el asunto. El otro ya no está aquí y no puede hablar por sí mismo. Cualesquiera que fueran sus propias verdades, valoro profundamente sus vidas enteras y los creo capaces de reflexionar y cambiar. Creo que sus contribuciones pesan mucho más que cualquier insulto que pudieran haber inflingido tantos años atrás.

Hay otros casos en que las acusaciones iniciales se han desmoronado, aunque dichas acusaciones ya no puedan borrarse y continúen pesando en la reputación de la persona. Un ejemplo bastante conocido se relaciona con el director cinematográfico Woody Allen. Allen fue acusado por su ex esposa, la actriz Mia Farrow, de haber abusado sexualmente de la hija adoptiva de ambos, Dylan, cuando ella era una niña. A pesar de las negativas de Allen, sus películas comenzaron a ser rechazadas y su reputación sufrió un daño considerable. Algo que llevó a la gente a creerlo culpable fue el hecho de que otro de los hijos de la pareja, Ronan Farrow, llevó a cabo una investigación a profundidad en el caso de Harvey Weinstein que resultó en el excelente libro *Catch and Kill*. Si él creía en las acusaciones de su hermana, ¿quiénes éramos nosotros para dudar de ellas? Sin embargo muchos notaron que el testimonio de Dylan parecía ensayado. Ninguna evidencia forense ha sido probada en contra de Allen. Él voluntariamente tomó y pasó una prueba de polígrafo. Ahora parece probable que Farrow estaba usando una rabia largamente guardada en contra de un ex-esposo para arruinar su reputación.

El caso de Woody Allen también plantea la pregunta de si debemos o no rechazar la obra brillante de gente cuya política o comportamiento deploramos. Incluso si creemos que Allen es culpable, ¿debemos dejar de mirar sus películas? Continuamos leyendo los poemas del declarador antisemita Ezra Pound, los escritos del fascista confeso

Louis-Ferdinand Céline y los cuentos incomparables del archiconservador Jorge Luis Borges. Y ciertamente creo que debemos seguirlo haciendo.

52 ¿Qué debemos pensar de los casos en que hubo varones injustamente acusados o se exageró las acusaciones en contra de ellos? En primer lugar, no debemos permitir que esas acusaciones erróneas perjudiquen un importante movimiento por el cambio social. Cuando ocurre que la acusación es falsa o exagerada, necesitamos examinar la vida en cuestión tomando en cuenta cada variable posible. Si un hombre que ha trabajado por el bien toda su vida es acusado de obrar incorrectamente, ¿no debemos hacer espacio a la consideración de circunstancias extenuantes y la posibilidad de redención: la naturaleza y extensión del crimen del que está siendo acusado, la evidencia que apoya esa acusación y su voluntad para examinarse a sí mismo? ¿Acaso poseemos como sociedad las herramientas y sofisticación para considerar esos casos de manera balanceada? ¿O es que debe prevalecer la respuesta masiva? ¿No podemos aplaudir y apoyar al #MeToo por la abrumadora justicia que ofrece mientras reconocemos las injusticias que a veces han sido cometidas en su nombre?

Yo apoyo fervientemente el #MeToo y espero que alcance y haga caer a cada varón cuyo egregio abuso sobre las mujeres ha perpetuado el miedo, la sumisión e incluso la muerte. No guardo piedad para los hombres (o mujeres) que usan su poder para abusar sobre otros. Mucho menos estoy jugando aquí el papel de abogada del diablo. Pido que en nuestra campaña para enmendar tantos males no cedamos al mismo tipo de inhumanidad que deploramos. Debemos ser mejores que aquellos que nos dañaron. No tiene que ver con el olvido, y mucho menos con el perdón, sino con ser capaces de juzgar tomando en cuenta lo que es una persona entera. Nuestro discernimiento decisivo, pero atento, puede demostrar que comprendemos que

estamos en esto juntos. El abuso daña al abusador tanto como al que es abusado. Para crear el mundo que queremos y merecemos, necesitamos una sociedad que sea segura para las mujeres y que pueda contar con hombres con sentido humano.



# El homúnculo

Los pintores de la Edad Media no dibujaban a los niños como infantes sino como versiones diminutas de adultos: un niño varón —casi siempre se trataba de un varón— con cejas arrugadas que podría haber estado reflexionando sobre algún problema filosófico o financiero, con una relación entre cabeza y cuerpo que es la de una persona desarrollada. Este niño que parece adulto ha terminado por conocerse con el nombre de homúnculo, un término extraño que quizás le sería más apropiado a un tumor maligno que a una persona pequeña. Algunos definen al homúnculo como un niño feo, ejemplificando así el hecho de que ponerle el rostro de un adulto en un recién nacido borra la dulce inocencia que generalmente asociamos con la infancia.

Esto no tiene nada que ver con esos niños de los que se dice “se ve cómo será cuando crezca”. No. Esos pequeños tienen rasgos faciales que dejan en el presente un

tufillo del futuro: una nariz de forma extraña o una forma particular en sus cejas, una quijada sobresaliente o un ceño inusualmente grueso, pero con proporciones que aún son las de un niño. En el homúnculo de la pintura medieval, la cabeza adulta es demasiado pequeña como para pertenecer a un recién nacido. Además, el cuerpo es a menudo musculoso: un físico completamente desarrollado, más que los pliegues de grasa infantil que asociamos usualmente con un bebé o una criatura.

56

Se cree que esta tradición pictórica vino de la necesidad de los cristianos de pintar al niño Jesús como totalmente desarrollado, y no como un niño que pudiera compartir las cualidades físicas de cualquier otro recién nacido. La explicación tiene sentido. No sería la primera o la última vez que el cristianismo nos ha hecho perder el rumbo. En la Europa de la Edad Media la mayoría de los retratos fueron comisionados por la Iglesia, y es razonable imaginar que su ortodoxia habría coloreado todas las manifestaciones culturales. En el alba del Renacimiento ya no era sólo la Iglesia quien comisionaba las obras de arte, sino también la corte. Y los artistas cada vez fueron más capaces de dar rienda suelta a sus deseos de pintar la vida que los inspiraba, incluyendo a bebés con sus características y proporciones naturales.

Pero la idea de un ser humano en miniatura completamente desarrollado no desapareció por completo. Permaneció en ciertos ejemplos del arte popular y/o en la iconografía religiosa de diferentes partes del mundo. Uno de sus atributos en particular continúa encendiendo mi imaginación: la imagen de una persona pequeña, pero completamente desarrollada, que es colocada dentro de la imagen de la cabeza de otra, y que sin duda simboliza la creencia de que sólo otro cerebro sería capaz de pensar lo que pensamos. Es fácil comprender por qué esta creencia persistió durante siglos, hasta que la ciencia la volvió obsoleta.



Se trata de algo diferente del arte popular de las muñecas rusas. En ellas, cada muñeca contiene una muñeca más pequeña, pero cada una es una figura completa. No es para nada lo mismo que una cuya cabeza está pensando los pensamientos de otra. Quizá están más cerca a esta idea del homúnculo algunos de los pictogramas y los petroglifos de antiguo arte en piedra que pueden verse a lo largo de todo el suroeste de Estados Unidos, en donde imágenes humanas enormes contienen otras más pequeñas, ambas representando con claridad a adultos plenamente formados.

Cuando veo una imagen dentro de otra imagen, me viene a la mente el recuerdo del anuncio del limpiador Dutch Cleanser de mi juventud, en donde una pequeña neerlandesa sostenía una lata de limpiador que, a su vez, tenía a una pequeña niña neerlandesa con su lata de limpiador, y así hasta que la repetitiva secuencia se desvanecía en una mera insinuación de continuidad. Algunas imágenes se quedan en la consciencia de una. Sin embargo, ese anuncio era meramente decorativo, y no quería decir que una pequeña niña neerlandesa estuviera pensando los pensamientos de su homóloga más grande.

En el México de los años sesenta, un anciano de una remota región de la montaña de Puebla vivió con nosotros por algunos meses. Él sufría de tuberculosis ósea, y le dimos posada para que pudiera ver a un doctor que, al final, sólo pudo hacer que sus últimos días fueran más cómodos. Antes de quedarse con nosotros, don Rodolfo nunca había estado en un automóvil, experimentado la electricidad o visto cualquiera de los otros servicios que dábamos por sentados. Una noche lo llevamos al cine. La única explicación que tenía para esa gente que caminaba y hablaba en la escena gigantesca frente a él era que, de alguna manera, gente viva se había metido a la pantalla. En su larga vida no había estado en contacto con la información que le habría permitido una interpretación distinta.

De alguna manera, y fuera de sincronía con nuestros sistemas de pensamiento contemporáneos, más elaborados, esos actores eran homúnculos, en este caso más grandes que los adultos que estaban retratando.

58 El arte siempre ha creado su propia versión de la realidad. Ésta es una de las cualidades que lo hacen arte. Las pinturas rupestres de bisontes y otros animales, trazadas hace cuarenta mil años, enfatizaban el movimiento que pudo haber estado poderosamente presente en las escenas retratadas por esos antiguos artistas. Las máscaras africanas y otras formas de arte escultural exageran las cualidades —humanas o divinas— que son más importantes por el lugar que ocupan en el orden del universo. Los dioses y diosas de la India son retratados con muchos brazos que simbolizan sus poderes sobrenaturales. Picasso y los cubistas desplazaron y reordenaron los planos del rostro humano para indicar sus diversos ángulos. Los abstraccionistas están más interesados en la acción que en la representación estática de sus temas, mientras que los hiperrealistas intentan pintar tan parecido a una fotografía como les es posible. Los llamados artistas primitivos privilegiaban ciertos rasgos porque son más significativos en términos de la forma en que ven el mundo. Los críticos a menudo asumen que si un artista pinta de forma estilizada es porque ella o él no tuvo un adiestramiento formal o que por alguna otra razón es incapaz de ofrecer una imagen más objetiva. Yo supongo que tienen razones más significativas para pintar así.

Mientras tanto, el homúnculo vive en la historia y en mi imaginación: como explicación ha cedido el paso bajo la marcha del tiempo y los descubrimientos científicos, pero sigue permaneciendo como imagen evocadora cuya función aún no ha terminado.

# Llegar a ser Elizabeth Taylor

Cuando era una joven adolescente en Albuquerque, Nuevo México, iba los sábados y domingos al Cine Lobo cerca de mi casa, un cine pequeño y sin pretensiones al que mis padres me permitían ir sola. Yo fingía tener doce años para poder pagar diez centavos en la entrada. Pero para mí misma fingía ser más grande. Quería ser más grande, una mujer madura y glamorosa. Quería ser Elizabeth Taylor.

Hoy el pequeño cine de barrio ya no ofrece películas. En vez de eso es sede de servicios dominicales para una secta religiosa que se llama a sí misma Ciudad en la Colina. Hace setenta años, los fines de semana el cine era un imán para mí y mis amigos. Después de ver *Fuego de juventud* (1944) o *Mujercitas* (1949), yo era Elizabeth Taylor. Caminaba como ella, hablaba como ella y movía mi cabeza en la manera exacta en que ella lo hacía. Cuando los demás no lograban darse cuenta de mi transformación, yo los espera-

ba, expectante, dándoles tiempo para que me reconocieran. Cuando me encontraba a los demás, les lanzaba una mirada por debajo de las largas pestañas y las líquidas profundidades de los ojos violeta de Elizabeth.

Esos ojos violeta eran una cosa notable. Hacía muy pocos años que el technicolor había realzado las películas. La primera película que había visto era *Las campanas de Santa María*. Mi madre me llevó a verla cuando tenía cinco o seis años. Ingrid Bergman dominaba la pantalla con su belleza clásica. Pero esa película estaba en blanco y negro y no me sedujo para convertirme en Ingrid.

60 Nunca, desde esa época mágica, he encarnado con tanta inconsciencia a otra mujer. Mientras fui madurando, me identifiqué de manera mucho más realista y profunda con mujeres cuyas aspiraciones se acercaban más a las mías. Mis mentoras Elaine de Kooning, Laurette Sejourne y Nancy Macdonald. Mis heroínas Haydée Santamaría y Dora María Téllez. Voces proféticas cuyas ideas todavía resuenan en mi cabeza como Adrienne Rich, Audre Lorde y Anne Waldman. Rosalind Franklin, la mujer que vio por primera vez la doble hélice del ADN, aunque hayan sido dos hombres quienes se llevaron el crédito y ganaron un gran premio y ella haya muerto a los treinta y siete años por culpa de la radiación en su laboratorio. Y tantas otras mujeres ordinarias que han bregado en una lucha constante de resistencia contra las exigencias obscenas del patriarcado.

Pero identificarse con alguien no es lo mismo que llegar a ser esa persona. Esto último es algo que sólo puedes lograr cuando eres un adolescente que anhela encarnar el objeto inalcanzable de tus sueños. Cuando el deseo adolescente te toma en sus brazos y te sientes impotente para escapar de su seducción.

*Mujercitas* había cautivado mi imaginación siendo una novela. Cuando llegué a ver la película ya había leído el

libro una y otra vez. Yo quería ser Jo, la escritora, o quizás Meg, la hermana mayor. Pero cuando vi la película, me convertí en Amy, la artista que se iba a Europa para estudiar y cuya vida era, por mucho, la más emocionante. Me convertí en Amy porque Elizabeth Taylor era Amy, y yo me había vuelto Elizabeth Taylor.

Mi madurez temprana coincidió con la época de mayor gloria de Hollywood. Judy Garland, Grace Kelly, Marilyn Monroe y Audrey Hepburn fueron otros íconos del cine cargados de magnetismo con las que crecí. Me estremecía con la voz de Judy, crecí en la historia de Grace sobre cómo una persona común se había vuelto princesa de cuentos de hadas, lloré con la trágica muerte de Marilyn y añoré tener el grácil cuello de Audrey. Oh, cómo alcé mi barbilla y estiré mi cuello mientras me esforzaba a parecerme a Audrey. Pero ninguno de estos personajes me habitó como lo hizo Elizabeth.

61

La Elizabeth Taylor de *La gata sobre el tejado de zinc* (1958) o *Cleopatra* (1963) era aún más glamorosa de lo que había sido en sus primeras películas, las de la época en que ella y yo éramos más jóvenes. Sin embargo, para entonces yo ya no salía de los cines encarnando la identidad de una estrella.

Ya estaba comenzando a encarnar la mía.



¿Entonces dónde estaba  
ese lugar?

¿Te acuerdas de aquel juego en que girabas un globo terrestre o te parabas frente a un mapa desplegado del mundo, cerrabas los ojos y señalabas con el dedo? El dedo se posaba allí abajo, con suerte en la tierra firme más que a la mitad del océano, y tenías que nombrar y describir el lugar. Quizá se tratara de un ejercicio escolar. O de un juego en una fiesta. Podría ser que estuvieras escogiendo el próximo lugar al que irías de vacaciones, o incluso dónde te gustaría vivir. Aunque probablemente no se tratara de algo tan solemne o pensado para cambiarte la vida.

La geografía es una de esas materias que parecen haber sido abandonadas por nuestras escuelas por haberlas considerado innecesarias para la vida moderna. Gran error. Imagina qué tan bienvenido podría sentirse un refugiado de Sudán si pudiéramos mostrarle, no sólo que sabemos de dónde viene, sino también qué lengua hablan allí, cómo se ve su tierra,

decirle algunas palabras de bienvenida en su lengua y, lo que quizá sería más importante, hacerle saber que comprendemos por qué tuvo que emprender esa trágica huida. Imagina cuánto más sentiríamos al mundo un hogar común si se nos educara para respetar a otros pueblos y sus lugares de origen, y cuánto más nos sentiríamos respetados por los otros. Imagina cuán hospitalarios nos sentiríamos.

64 Era 1975, estaba en Canadá en una gira para dar conferencias, y de pronto me encontré en Fredericktown, New Brunswick. Una joven chilena asistió a mi conferencia. Hablamos, y me contó que ella y su esposo habían llegado allí como resultado del brutal golpe de Estado de Pinochet hacía menos de dos años. Me dijo que Canadá les había dado la bienvenida, pero que nadie en Fredericktown sabía dónde estaba Chile, qué lengua se hablaba allí o por qué se les había perseguido. Se sentía como si hubiera sido tomada por una fuerza mayor y depositada en un lugar donde todos sus vínculos con el país natal se hubieran evaporado en el aire.

Nosotros, los estadounidenses, hemos sido condicionados para creer que vivimos en el mejor país del mundo y que hablamos la lengua más racional. Cuando viajamos, a menudo nos limitamos a hablar más fuerte, asumiendo que ésa es la mejor forma en que otros nos podrán comprender. Si se nos compara con gente que creció en otros países, sabemos pocos lenguajes además del nuestro, o ninguno en absoluto. Una persona nacida en una pequeña nación, por ejemplo los Países Bajos, probablemente sabrá alemán, francés e incluso quizá inglés además de su nativo neerlandés. Muchos vietnamitas hablan francés y chino además de su propia lengua. Muchos sudafricanos hablan fluidamente el inglés y el afrikaans además de una o dos lenguas tribales. Desde hace tiempo el inglés ha sido un requisito para quienes nacieron en África o Asia, y hoy puede que también lo sean el chino o el árabe. Sin embargo, nosotros, los es-



tadounidenses, continuamos esperando que otros aprendan nuestra lengua y nuestro modo de vida más que intentar encontrarnos con ellos en sus propios términos culturales.

Esta sensación de estar en el centro del mundo, si no es que en el centro del universo, está tan generalizado que a menudo lo incorporamos en nuestro sentido del humor. Recuerdo los principios de la década de los ochentas, cuando vivía en Nicaragua. Amigos de mi tierra natal llegaron para experimentar la lucha social que estaba llevándose a cabo entonces. June Jordan, la gran poeta afroamericana, nos visitó, e hicimos algunos viajes juntos por el campo. Ella estaba interesada en escuchar las historias de la gente y en aprender las aspiraciones de cambio de los sandinistas. Un día, mientras conversaba conmigo, se refirió entre risas a Nicaragua como Nigeria. No sé si el nombre equivocado se le metió en la cabeza o si lo usó intencionalmente para hacer hincapié en algún punto poético o político. Supongo que se trató de esto último. Pero a partir de esto inició una broma privada en común: ella siempre se refería a Nicaragua con el nombre de Nigeria. June era muy sensible hacia temas relacionados con la identidad cultural, y comprendí que estaba burlándose de nuestra famosa ignorancia como norteamericanas.

65

Algunos lugares se prestan a sí mismos a un humor perverso. Timbuctú es uno. Lo escribo y no tengo idea de dónde está. Bután es otro. Una rápida búsqueda en línea me dice que es un remoto reino sin salida al mar en Asia del Sur que incluye la felicidad en el momento de medir su producto interno bruto. Otros lugares simplemente son desconocidos para aquellos de nosotros que han prestado poca o ninguna atención a otras partes del mundo. Hong Kong, ¿es un país o una ciudad en China? ¿En dónde está el pequeño Liechtenstein? Es raro que mencione a Uruguay sin que alguien me diga: "¿quieres decir Paraguay?" Y no puedo olvidar ese momento de 1969 cuando intenté

enviar un telegrama desde Cuba a mi familia de Nuevo México. La operadora de telégrafos estaba segura de que me refería al viejo México. Me tomó media hora entera convencerla de que Nuevo México era parte de los Estados Unidos, aunque hubiese sido robado de México.

Incluso dentro de Estados Unidos, ¿cuánta gente puede identificar la capital de cada uno de sus estados? No me sorprendería si hubiera muchos que no pudieran nombrar la capital de su propio estado. Y después están los lugares con nombres difíciles de olvidar como Surprise [Sorpresa], en Arizona, o Truth or Consequences [Verdad o Consecuencias], en Nuevo México.

66 Este último pueblo tenía antes el nombre mucho más convencional de Hot Springs [Aguas Termales]. Se trataba de una comunidad pequeña, empobrecida y luchadora en el sur del estado. El 30 de marzo de 1950, un popular concurso de radio lanzó una competencia de ensayo. Se convocó a enviar textos que alabaran las virtudes del pueblo natal. Un habitante de Hot Springs ganó el concurso y el nombre del pueblo cambió a Truth or Consequences. El nuevo nombre hizo que el lugar se hiciera más conocido, aunque continúe siendo una parte bastante olvidada del mundo. La verdad es que las aguas termales —ricas en minerales vigorizantes— ofrecen una razón suficiente para visitarlo. A pesar de sus visitas anuales hasta el momento de su muerte, y a pesar del hecho de que las autoridades le pusieron a un parque su nombre, Ralph Edwards, conductor del concurso, no le legó ningún beneficio duradero a Truth or Consequences.

Alejándonos de este concurso, el colonialismo ha sido la mayor arma de asalto en términos de robarle a la gente sus fronteras nacionales, su tierra, sus culturas, sus lenguas, su seguridad y sus formas de vida. Los europeos que “descubrieron” América vieron a nuestras comunidades indígenas como impedimentos para la conquista. Los indígenas tuvieron que recurrir a tratados —muchos de ellos igno-

rados o rotos— para intentar que les regresaran sus territorios. Muchos todavía luchan en reservaciones que han perdido la mayor parte de sus tierras. Aquí, en Nuevo México, los títulos de tierra todavía están siendo disputados por generaciones de autoridades posteriores, y las familias que los heredaron aún se rehúsan a sus reclamos.

En América Latina, a partir del siglo XV, los europeos —españoles, portugueses, holandeses y franceses— invadieron vastos territorios, destruyendo formas de vida de siglos de antigüedad desarrolladas por incas, mayas y otras culturas extraordinarias. En el siglo XIX, algunos hombres europeos con poder se sentaron a tomar un trago y alegremente dividieron África en un conjunto de estados clientelares, sin atención alguna a las diferencias tribales, culturales o lingüísticas. La invasión de Palestina por Israel ha producido generaciones de muerte y destrucción entre pueblos que comparten una historia y un lugar. Los sangrientos problemas que surgieron de la lucha entre Irlanda e Irlanda del Norte pueden atribuirse a un abuso similar que tiene bases religiosas. La angustia resultante de estas prácticas colonialistas ha diezmado a los pueblos desde entonces.

Y esta arbitraria manipulación de fronteras no terminó en el siglo XIX. Las guerras del siglo XX han creado otras divisiones que desgarraron vecindarios, e incluso familias. Las separaciones de Vietnam del Norte y del Sur, de Corea del Norte y del Sur, de Alemania Oriental y Occidental, y otras decisiones resultantes de políticas imperialistas y de los botines de guerra han creado una miseria sin cuento para aquellos que han encontrado a sí mismos en un lado u otro de estas líneas ficticias. Los mapas del mundo están cambiando constantemente para reflejar las más recientes fronteras.

El presidente Trump hizo el mismo tipo de daño al insistir en su muro —tanto en el muro literal como en el que

fue producto de su injusta política migratoria— entre México y los Estados Unidos. Con él dividió el territorio tradicional del pueblo Tohono O'odham, que vive en Arizona del sur y el estado mexicano de Sonora. Hizo la vida más difícil para los residentes de las ciudades fronterizas de México y Estados Unidos, que siempre han viajado libremente y viven y/o trabajan en ambas naciones. Produjo separaciones familiares, enviando a refugiados a un país de origen en el que enfrentarán la violencia y la muerte, y arrancando a miles de niños de los brazos de sus padres. Y trastornó la vegetación y la vida silvestre, que no sabe nada de divisiones vengativas.

68      Nuestro sociópata presidente no perdió oportunidad para castigar a otras naciones al servicio de su mantra “América primero”. Incluso una tragedia como la de la pandemia de coronavirus —o quizá especialmente una tragedia como ésta— le dio una oportunidad para dividirnos.

La mayoría de los libros de historia y geografía responden al interés de aquellos que los escriben. Y ellos casi siempre son escritos por personas que no son nativas y que tienen intereses ajenos. La mayoría de los folletos para turistas exageran las mejores cualidades de un país, su clima perfecto y su exótica cultura. ¿Quiere esto decir que debemos ir a un lugar, o incluso vivir allí por un tiempo, para conocer lo positivo y negativo de él? Con el acceso instantáneo de hoy a todo tipo de información, parecería que pudiéramos aprender sobre los lugares y gente más remota sin dejar jamás el propio hogar.

Entonces, nuevamente pregunto, ¿dónde estaba ese lugar? Nos corresponde saber el nombre de todos los lugares de nuestra comunidad global pero, quizás de forma más importante, también nos corresponde aprender algo de esos lugares, por qué son tan únicos y qué pueden ofrecernos sus habitantes al resto.

## Construyendo un mapa de nuestras vidas

El *New York Times* del 18 de febrero trajo la noticia de la muerte de Michael Hertz. Hertz fue el hombre responsable de los mapas del metro de la ciudad de Nueva York. Nunca había escuchado de él antes, pero mientras viví en esa ciudad pasé horas sin cuenta estudiando los mapas del metro, esforzándome para ver encima de otros pasajeros, o alrededor de ellos, mientras el vagón en el que iba se precipitaba por el camino y yo necesitaba saber si debía avanzar hacia la puerta. Siempre estuve agradecida por la claridad de aquellos mapas.

Las noticias que hablaban de la muerte de Hertz y recordaban su labor me hizo pensar sobre la existencia de mapas, de sus usos y abusos. Un obituario explicaba que un italiano llamado Massimo Vignelli había diseñado mapas para el metro de Nueva York en 1972. Los mapas eran elegantes desde el punto de vista artístico, pero difíciles de seguir. Así que siete años después se llamó a la firma de Hertz

para mejorarlos. Era un esfuerzo grupal. Nobuyuki Siraisi, un pintor y diseñador japonés que trabajaba para Hertz, viajó por cada línea del metro con los ojos cerrados para captar la sensación de cada curva en las rutas. A través de los años, diferentes arquitectos tomaron el crédito de estos mapas, pero el *Times* respaldó la contribución de Hertz. Después de muerto obtuvo, finalmente, su reconocimiento.

70 Los mapas nos dicen dónde estamos y cómo llegar a donde queremos ir. Probablemente son tan viejos como la vida humana en la Tierra. Los habitantes de las cavernas hicieron mapas de las estrellas y las constelaciones con dibujos en las rocas hace docenas de miles de años. Los griegos hicieron mapas de ciudades y pueblos utilizando tinta en pergamino algunos cientos de años antes de la época cristiana. La mayoría se basaban en la idea de que el mundo era plano.

En el segundo siglo antes de nuestra era, Eratóstenes, hoy conocido como el padre de la geografía, también era matemático y astrónomo, lo que le dio un conocimiento más preciso de las dimensiones espaciales. Durante su estancia como bibliotecario en jefe de la Biblioteca de Alejandría, escribió una obra en tres volúmenes llamada *Geographika* en el que describió e hizo mapas de todo el mundo conocido y dividió la Tierra en cinco zonas climáticas. Eratóstenes fue el primer cartógrafo en considerar al mundo como una esfera, y también el primero en poner retículas sobre su mapa y en utilizar paralelos y meridianos para relacionar unos lugares con otros. Su mapa tenía más de cuatrocientas ciudades con sus localizaciones precisas, algo que nunca se había sido hecho antes.

Hay evidencia de que otras naciones —China, Babilonia, la India— tuvieron mapas que se remontan milenios atrás. Todas las grandes exploraciones marinas se hicieron con la ayuda de mapas, algunos de ellos extraordinariamente precisos, mientras que otros desviaban a los antiguos marineros hacia destinos que no podrían haber imaginado.

Cuando llegaron a las costas de lo que hoy es Norteamérica, los europeos del siglo XV asumieron que habían llegado a la India. Por eso es que llamaron “indios” a la gente que encontraron. Los errores de la cartografía, tanto como sus certezas, dan forma a lugares y gente muy en el futuro. Y una mentalidad colonialista continúa definiendo muchos de los mapas que usamos hoy.

Yo tenía diez años cuando mi familia se mudó de los suburbios de Nueva York al paisaje desértico del suroeste norteamericano. Estaba fascinada por la tierra, su espacio, sus colores y sus posibilidades, que parecían interminables. Cuando era adolescente comencé a comprar mapas del Servicio Geológico de Estados Unidos, cuadrantes en escala topográfica de 1:24,000, también conocidos como cuadrantes de 7.5 minutos. En el medio siglo que separa 1947 de 1992, se hicieron más de cincuenta y cinco mil de esos mapas para cubrir los cuarenta y ocho estados contiguos del país. Se produjeron mapas similares para Alaska, Hawaii y los territorios estadounidenses.

71

Recuerdo que cada cuadrángulo costaba un dólar. Ordené los de las áreas en mi estado que quería explorar y los guardé debajo de mi cama. Sentía como si estuviera durmiendo sobre un tesoro escondido y soñaba con sus secretos. Los mapas eran grandes y difíciles de manejar para una persona joven como yo, pero los valoraba por encima de cualquier otra cosa que poseyera. Cuando aprendí a manejar, pude salir por mi propia cuenta y, sin el conocimiento de mis padres, exploré uno de aquellos cuadrantes siguiendo sus elevaciones y desniveles. Caminé partes del territorio con un detenimiento que no he llegado a tener desde entonces. En 2009 se produjo una serie actualizada de mapas topográficos en cuadrantes del Servicio Geológico de Estados Unidos, que se basaron en la serie de 7.5 minutos, pero se derivaban de un sistema de imagen global (GIS). Había llegado una nueva era.

Hay muchas compañías dedicadas a hacer mapas, pero la mayoría de aquellas que dominan el campo —Rand McNally, National Geographic y otras parecidas— se basan en la proyección de Mercator, que desarrolló el geógrafo y cartógrafo flamenco Gerardus Mercator en 1569. La proyección de Mercator se convirtió en el estándar para navegar porque permite trazar las rutas mediante una línea recta. Las proporciones de Mercator continúan siendo usadas hoy en mapas de carreteras lo mismo que en mapas del mundo. Son enseñadas en todos los niveles educativos. Y son enormemente problemáticas en términos de cómo representan las masas de tierra, los continentes y las naciones en relación unas con otras.

Mercator constituye un ejemplo perfecto de ideología colonialista e imperialista. Europa y los Estados Unidos tienen un tamaño desmedido, mientras que las naciones dependientes son retratadas mucho más pequeñas de cómo son. En una proyección de Mercator Groenlandia parece tener un tamaño similar a toda Sudamérica cuando, en realidad, Sudamérica es más de ocho veces más grande que Groenlandia. Alaska es representada con un tamaño más o menos similar al de los Estados Unidos continentales. Las masas de tierra cercanas a los polos, como la Antártica, también aparecen vastamente exageradas.

Para “corregir” esta falsa representación tenemos el mapa mundial de Peters, una proyección cilíndrica de áreas iguales con paralelos estándar en cuarenta y cinco grados. El Dr. Arno Peters lo presentó en 1974 en una conferencia en Alemania; clamó haberlo inventado, aunque lo hizo bastante después del descubrimiento de un mapa idéntico hecho por James Gall en la década de 1800. He entrecomillado la palabra “corregir” porque ningún mapa plano puede simular adecuadamente una esfera. El mapa de Peters tiene como resultado una distorsión de la forma, que se vuelve estrecha cerca del ecuador y se aplasta cerca de los



polos, pero tiene la gran ventaja de que todos los países tienen un área correcta en relación unos con otros. Los mapas no sólo representan el mundo. Dan forma a la manera en que nos vemos y nos imaginamos en ellos.

Hoy se considera que AutoGraph es la proyección más precisa de entre las que disponemos. En realidad, es tan perfectamente proporcionada que puede doblarse para formar un globo tridimensional. El arquitecto japonés Hajime Narukawa inventó la proyección en 1999 al dividir una superficie esférica en 96 triángulos equivalentes. La construcción de mapas es una tarea compleja que requiere las habilidades de los geógrafos, los matemáticos y los artistas, además de la voluntad de ir más allá de las ideas colonialistas tradicionales sobre la configuración del mundo.

73

Cuando se trata de hacer mapas y de otras ciencias, demasiado a menudo se mira poco a las artes. Mi esposa Barbara es una artista visual que hace algunos años produjo una serie de collages en papel. Ella llama a esta serie "Cartografía personal". Las obras se sienten vivas, con una sensación de viaje y de lugar emocional. Redes y caminos interceptan imágenes que hablan de la tierra de formas evocadoras. Cuando miro sus mapas, ellos me dicen más sobre dónde estoy que cualquier otra representación más científicamente "precisa".

Los sistemas GPS han cambiado la forma en que nos relacionamos con los mapas. Los conductores ya no dependen de un "copiloto", una persona que se sienta en el asiento del pasajero con un mapa de papel en la mano. En cambio, el carro tiene instalado un dispositivo GPS, o los viajeros usan el que están en sus teléfonos inteligentes. Escribimos nuestro destino y un mapa que se mueve nos muestra el camino. Si lo deseamos, una voz humana sin cuerpo también nos dará indicaciones. A veces esa voz pronuncia incorrectamente el nombre de un lugar. A veces el dispositivo piensa que queremos ir a Greenville, California,

en lugar de Greenville, Carolina del Sur. Pero a pesar de esas rarezas que aún tienen que ser corregidas, el GPS representa un progreso.

74 Sin embargo, nos corresponde no depender completamente de la tecnología. Hace algunos años Bárbara y yo nos encontrábamos en un autobús que retumbaba por un camino de tierra hacia la ruina romana de Butrint en la Albania postcomunista. Mientras acogíamos el paisaje, un compañero viajante buscaba frenéticamente nuestra posición en su dispositivo personal GPS. Al no ser capaz de acceder a Albania, su dispositivo le decía que no estábamos en ninguna parte. “No existimos”, exclamó él, ansioso. Su dependencia de la tecnología le había enseñado a creer en su dispositivo más que en su propia experiencia.

Los viajeros frecuentes a menudo ponen pines en los mapas para indicar en dónde han estado o dónde esperan ir. Hay algo satisfactorio en esta acción, aunque me temo que también alimenta la idea de que pasar algunas pocas horas en un lugar significa que alguien “pasó por Roma” o “ha estado en China”.

Descansa en paz, Michael Hertz. Nos has dejado imágenes que son tan útiles como bellas.

## ¿Seis grados de separación?

Los “seis grados de separación” se han convertido en un cliché, o al menos, en una metáfora de la idea de que la causalidad y la ciencia ligan a todos los seres humanos. Estamos rodeados por una gran cantidad de evidencia circunstancial que muestra el hecho de que nos tocamos unos a otros en formas que podrían parecer sorprendentes. La tan mencionada aldea global, igual que otras versiones de la solidaridad como estado deseable, se aparecen en momentos inesperados y lo hacen de las formas menos esperables.

Puede tratarse de una película o una novela en la que un ingenioso argumento nos lleva a caminos que se intersectan. Puede ser el descubrimiento de un cráneo de varios millones de años de antigüedad que revela similitudes con el moderno *homo sapiens* y a la conclusión de que nos desarrollamos en diferentes ramas del árbol humano más que en una única rama. Puede ser una experiencia personal,

sorprendente y preciada, a través de la cual llegamos a una conexión que enciende nuestra sorpresa o nuestra gratitud.

Cada cierto tiempo un pensador, un autor o un gurú de la cultura popular nos lleva a pensar sobre cuán “cercanos” estamos todos. En el mundo de hoy, todo nos recuerda qué tan cercanos nos hemos vuelto, desde la última moda en la psicología pop hasta la cada vez mayor densidad poblacional, pasando por Facebook y otras plataformas de redes sociales que pueden proveernos de mil “amigos” en casi nada de tiempo.

76

La idea de que estamos separados por seis grados ganó prominencia por primera vez después de la Primera Guerra Mundial, cuando el autor húngaro Frigyes Karinthy publicó un breve volumen de relatos llamado *Todo es diferente*. Uno de esos relatos se llamaba “Eslabones”. Karinthy creía en que el mundo moderno se estaba encogiendo gracias a una conexión cada vez más creciente entre los seres humanos. Postuló que, a pesar de las grandes distancias físicas entre la gente alrededor del globo, la densidad cada vez mayor de las redes humanas hacía más cortas las distancias sociales. Esto fue mucho antes del internet, con todas sus redes sociales, su correo electrónico, sus tuits y otras cosas por el estilo. Y, por supuesto, antes del COVID-19, cuando el distanciamiento social se convirtió en una medida de seguridad.

Los personajes del cuento de Karinthy comienzan a discutir esta idea y

(...) un juego fascinante nació de esta discusión. Uno de nosotros sugirió realizar el siguiente experimento para probar que los pueblos de la tierra están hoy más cerca de lo que nunca han estado (...). Seleccionaríamos a cualquier persona de entre el 1.5 billones de habitantes de la Tierra —cualquiera en cualquier lugar. Él nos apostó que, sin usar más de cinco personas, uno de los cuales sería un conocido personal, él podría contactar al individuo seleccionado sin usar nada excepto las relaciones personales.

De acuerdo a Wikipedia, Karinthy es considerado el origen de la noción de “seis grados de separación”. A su vez, esa noción impactó en la idea relacionada de la influencia de tres grados, que tiene que ver con la calidad de estas conexiones más que con su mera existencia. A partir de esto, matemáticos, sociólogos, físicos y otros han continuado expandiendo lo que ha terminado por ser conocido como teoría de redes. Como ocurre con tantas teorías que encuentran lugar en el discurso popular, esta teoría puede ser vista como una idea divertida o como un campo científico.

Sin embargo, a pesar del aparente encogimiento de la vida moderna, nunca hemos estado más separados. La clase, la raza, el género, la cultura, la dislocación, la edad, las habilidades físicas y mentales, las creencias religiosas y políticas, las dispares oportunidades educativas y el desigual acceso a la comida, la salud y la vivienda, nos dividen irremediablemente, a menudo de forma brutal. El exilio forzado y las grandes migraciones desarraigan a los pueblos de sus hábitats naturales, creando disrupciones en la lengua, las costumbres y el bienestar. Aunque las llamadas diferencias por temas sociales se han vuelto más conocidas en los últimos años —cómo nos identificamos sexualmente, nuestras creencias religiosas o manifestaciones culturales—, ellas aún disparan crímenes de odio y hostigamiento a gran escala. Me refiero a la gente a quienes se les ha hecho sentir ajenos, la antítesis misma de la conexión.

Aunque en Estados Unidos hemos tenido un presidente afroamericano y podríamos haber tenido uno mormón, estas identidades siguen siendo incómodas en la sociedad estadounidense mayoritaria. Mientras fue presidente, Obama recibió amenazas de muerte que eran cientos de veces más frecuentes que lo que había pasado con los previos ocupantes de su cargo. Cuando Hillary Clinton compitió por la presidencia en 2016, gran parte de la campaña en su contra se enfocó en su género, en formas tanto

burdas como sutiles. Y después tuvimos un presidente que personificó y fomentó la misoginia, el racismo, la xenofobia y todo tipo de discursos de odio; que nunca perdió una oportunidad para dividir a la gente, más que unirlos. Lo que es peor, provocó que sus seguidores se hicieran eco de estos sentimientos, y a menudo que actuara a partir de ellos. Es algo que muchos de ellos siguen haciendo, a pesar de que él haya dejado la Casa Blanca.

78

Siempre que los ciudadanos en los grupos económicos más privilegiados sigan deleitándose en los spas más caros del mundo al mismo tiempo que los integrantes de la clase media son expulsados para vivir en albergues de gente sin hogar y los pobres pasan hambre, la idea de que estamos separados por seis grados tendrá características de farsa. Puede que estemos conectados desde el punto de vista genealógico, pero estamos cada vez más separados en las formas que importan más. Para los privilegiados, las comunidades amuralladas mantienen a raya a las multitudes. Para un joven negro como Trayvon Martin, ni siquiera una comunidad amurallada le ofreció protección contra el asesinato a manos de un hombre que se creyó con derecho a matar por su miedo al Otro.

El fenómeno de los seis grados de separación nutre un cierto interés en las genealogías y ha producido varios populares programas de televisión. *Roots*, la miniserie de TV basada en la novela del mismo nombre de Alex Haley aparecida en 1976, cautivó a audiencias fascinadas por la idea de que las familias afroamericanas podían remontar su herencia directamente hasta sus orígenes africanos. *The Genealogy Road Show*, *Family Historian* y *Who Do You Think You Are?* son producciones más recientes en este género de reality show cada vez más popular.

También debe recordarse el progreso en la cristalografía y la biología. La terapia de genes promete curas a muchas condiciones y enfermedades graves, y aquellos que conside-

ran su potencial para ser el siguiente gran salto en la medicina continúan peleando por su uso y abuso con aquellos que, por motivos religiosos, se oponen a los necesarios experimentos.

La relativamente nueva ciencia del ADN ha liberado a prisioneros inocentes (incluyendo a muchos que habían pasado la mitad de sus vidas con cadena perpetua o que, trágicamente, fueron ejecutados antes de que pudieran ser declarados inocente de un crimen que no cometieron). Ha reunido a nietos robados con abuelas golpeadas por el duelo en el Cono Sur de América Latina. También ha permitido que los familiares de desaparecidos en Guatemala y otros lugares identifiquen los restos de seres humanos que habían sido asesinados y arrojados en fosas sin nombre.

79

Otros proyectos genealógicos tienen objetivos menos encomiables. La iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (mormones) ha utilizado su excelente base de datos genealógica, una de las más completas del mundo, para identificar a quienes fueron asesinados en el Holocausto judío y bautizar sus "almas" en la fe mormona, consiguiendo de esta forma fáciles "conversos" mientras enfurecía a los judíos que con justicia consideran que esta práctica es insolente en extremo. No es necesario añadir que construir grados de separación puede ser una herramienta útil para cualquier interés. Todo depende de quién hace la conexión, y con qué fin.

Estoy menos interesada aquí en investigar la ciencia o atacar la pseudociencia que en explorar las conexiones sociales y psicológicas que nos hacen cercanos o distantes de nuestros vecinos. Después de todo, pertenecemos a la familia humana. ¿Por qué necesitamos un juego de mesa para reconocer esto?

Por otro lado, la expresión "la sangre llama" parece explorar sentimientos que van más allá de lo meramente relacional. Las diferencias culturales tienen su lugar aquí también. Algunas personas darían un riñón o su vida misma

por un miembro de su familia. Otros lo harían por cualquier persona. Otros aún se preguntan cómo pudieron haber nacido en una familia de la que se sienten tan extraños.

En este respecto, el Cono Sur de Sudamérica ha sido escenario de una gran agitación en los últimos años. Mientras las abuelas y nietos que fueron víctimas de la Guerra Sucia de los años setenta se reconectan a través del banco de ADN establecido por las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina, la generación más joven debe enfrentarse con el hecho de que ha crecido en los hogares de aquellos que asesinaron a sus padres biológicos o fueron cómplices de sus muertes. Algunos han resistido el enfrentarse a aquellos a quienes siempre consideraron como sus padres. En otros, el resentimiento y la furia se han vuelto una carga casi excesiva.

80

Como dije, estoy más interesada en explorar las conexiones sociales y psicológicas que en investigar la ciencia. Me horroriza la ignorancia y la exclusividad que separa una valiosa lucha por la justicia social de otras, o que permite que un grupo de gente se mantenga ignorante respecto de las necesidades de otros grupos cuya explotación y/u opresión casi siempre obra en su propio beneficio.

¿Cuándo aquellos que luchan por la justicia económica se darán cuenta de que su lucha está íntimamente ligada con las luchas por la justicia racial, de género y por los derechos LGBTQ? ¿Cuándo aquellos que sufren por los crímenes de la ambición corporativa o el belicismo gubernamental comprenderán que el incesto, la violación y otras formas de la llamada violencia doméstica no son sino ejemplos más íntimos del mismo tipo de abuso de poder, pero vuelto fuera de control?<sup>1</sup> ¿Cuándo aquellos que impulsan la

1 Éste es considerado como un problema sin importancia por aquellos que apoyan a Daniel Ortega, el actual presidente de Nicaragua. Ortega fue uno de los sandinistas originales y continúa identificándose de esa manera. Incluso después de que se hizo conocido que



reforma migratoria relacionarán con ella otros problemas de justicia social? ¿Y cuándo todos estos grupos llegarán a comprender que sin justicia ambiental estamos todos condenados?

Creo que esta renuencia a comprender cómo lo que oprime a uno oprime a todos esta en las raíces de muchos de nuestros fracasos durante el siglo XX para lograr el cambio social. Si éramos marxistas, priorizábamos la clase. Si éramos feministas nos enfocábamos en el género. Si creíamos que el cambio era posible sólo en lo individual, enfatizábamos una o más versiones de la espiritualidad. Si pensábamos sólo en un cuerpo saludable capaz de motivar la interacción social saludable, poníamos nuestras energías en programas de ejercicio y prácticas holísticas. En retrospectiva, todas estas tradiciones tuvieron algo que ofrecer. Pero el sectarismo extremo nos impidió escucharnos unos a otros. Cada grupo afirmaba que habría tiempo para considerar las necesidades de los otros una vez que su victoria hubiera llegado. Ese tiempo jamás llegó.

81

La victoria de cada grupo inevitablemente ubica a otro en el infierno, el fondo de la pirámide social. Es como si debiéramos asignar a alguien como depósito de nuestra ignorancia y nuestro miedo, y como si al hacerlo intentáramos construirnos a nosotros mismos. Hoy el grupo mayoritariamente que más recibe estos sentimientos está constituido por los hombres y mujeres transgénero, y en menor medida por aquellos que se identifican como intersexuales (los individuos a quienes se les asignó un sexo al nacer, casi siempre masculino, y han crecido con una identidad socialmente impuesta en que no se reconocen).

había abusado sexualmente de su hijastra durante 19 años, muchos de quienes lo apoyan dicen que esto es un asunto "personal" y no tiene nada que ver con sus cualidades como líder político. Me parece que este argumento es absurdo.

Aunque esta gente haya comenzado a alzar la voz, a volverse visible en las periferias de nuestro pacto social, ello no significa que hayamos hecho un espacio para ellos. Cada día son marginados, hostigados, aprisionados o asesinados.

Si únicamente se interpusieran seis (o menos) grados de separación entre cada ser humano de nuestro planeta, la consecuencia debería ser que entendemos que lo que oprime, perjudica, hostiga o traiciona a alguno de nosotros nos oprime, perjudica, hostiga y traiciona a todos. Y de esta comprensión debería seguirse que también es importante nuestra coexistencia con los animales, las plantas, los océanos y el aire.

82 Los seis grados de separación son como un juego de mesa, un pasatiempo interesante o un alimento para algunos pocos momentos de reflexión descuidada. Sólo se vuelven más serios cuando los trasladamos a la vida diaria. Entonces somos llamados a poner a un lado los prejuicios y miedos condicionados socialmente, y a contemplar las hermosas consecuencias que nos esperan cuando rompemos con divisiones que se basan en el miedo.

# Nombrar a Paulo Freire<sup>1</sup>

El revolucionario libro de Paulo Freire *Pedagogía del oprimido* apareció en inglés en 1970. Ese libro puso en relación la educación con la cultura y cambió la forma misma en que yo veía la educación. Si concebimos los sesenta como lo hago yo —esto es, como algo que inicia a finales de los cincuenta y llega hasta fechas cercanas a 1975—, inmediatamente se comprenderá cómo ese libro fundamentó nuestras luchas por la justicia y la igualdad en una época en que los activistas sociales nos creíamos capaces de impugnar la opresión y acabar con la explotación.

Fueron tiempos apasionantes. La *Pedagogía del oprimido*, junto con otros textos revolucionarios como *Los con-*

1 Charla presentada al recibir el Premio al Proyecto Democrático Paulo Freire 2020 de la Universidad de Champan, evento virtual, 7 de julio de 2020.

*denados de la tierra* (1961) de Frantz Fanon y *El cuidado de bebés y niños* de Benjamin Spock (que originalmente se publicó en 1946, pero que reconfortó a un amplio número de mujeres en los sesentas), se unió al *Manifiesto comunista*, el *Pequeño libro rojo* de Mao y *El socialismo y el hombre en Cuba* del Che Guevara, y nos dio nuevas maneras de pensar la desigualdad y la liberación.

84

Durante los años sesenta, siendo una joven madre soltera, me habría sentido perdida sin la aproximación de Spock al cuidado infantil, llena de sentido común. Sin Fanon y Freire, y un sinnúmero de pensadores innovadores, mi mundo habría sido mucho más estrecho, habría estado circunscrito a la conformidad e hipocresía de aquel tiempo. En los Estados Unidos, la década de los cincuenta había catapultado al senador Joseph McCarthy a un siniestro poder, y antes había producido aquellas audiencias en que tantos ciudadanos fueron llamados a incriminarse a sí mismos y a los otros. La mayoría de ellos se rehusó y fue aprisionada, perdió sus trabajos, sufrió difamación durante años. La caza de brujas anticomunista, que en realidad fue una agresión contra cualquiera con ideas progresistas, limitó el respeto hacia la diferencia y la libertad de pensamiento. Su efecto helado se prolongó durante décadas.

Las restricciones que emanaban de este asalto de la derecha eran aún más severas para una joven mujer como yo, que apenas se acercaba a lo que sería su propia obra creadora. Los varones que regresaban de la Segunda Guerra Mundial habían obligado a las mujeres de clase media a regresar a la esfera doméstica (muchas mujeres negras trabajaban en casas ajenas en el servicio doméstico), y el capitalismo estaba ocupado inventando seducciones que pudieran hacernos sentir que estábamos en donde queríamos estar. Me gradué de la secundaria en 1954, y puede que les sorprenda saber que, en aquel entonces, en las escuelas públicas norteamericanas no se incentivaba a las

niñas de mi edad a estudiar ciencia o matemáticas. No fue sino hasta tres años después, cuando los soviéticos lanzaron el Sputnik, el primer satélite exitoso hecho por el ser humano, que nuestro sistema educativo comenzó a adiestrar a estudiantes mujeres, esperando con ello ayudar al país a ponerse al corriente. Nuestro acceso a esas áreas del conocimiento no estuvo motivada por la igualdad, sino por la competencia global.

La diferencia radical entre las ideas propuestas por Fanon, Freire y Spock, y aquellas de las filosofías orientales y los movimientos de autoayuda locales que en aquel entonces también comenzaron a ganar adeptos, especialmente entre los más acomodados, es que las primeras veían los problemas como socialmente determinados. Las soluciones contemplaban variables de clase, de raza y eventualmente de género, así como otras variables sociales. Los gurús religiosos y del New Age predicaban soluciones individuales, alegando que sólo al arreglarnos a nosotros mismos podríamos arreglar la sociedad. Aún más importante, las rutas espirituales exigían tener fe, mientras que las fórmulas científicas ofrecían evidencia racional de su posible funcionamiento. Y los movimientos liderados por un gurú dependen de estructuras verticales y recrean sistemas autoritarios y explotadores por naturaleza.

85

Aquel interés en las religiones orientales fue un preludio del posterior surgimiento del ataque hacia los hechos y la ciencia por parte de los adeptos de la derecha religiosa. Puede encontrarse verdades y prácticas útiles en el budismo y otras filosofías. Pero hay tanta crueldad en la separación entre opresores y oprimidos, o en la organización social autoritaria y su carácter explotador, que sólo las estrategias que en verdad se enfrentan a esta separación pueden desafiar de verdad a la desigualdad.

En las últimas décadas hemos visto un dramático aumento en la crisis climática, una descomposición de la

organización social capitalista, una pandemia mundial, un repunte en la brutalidad policiaca en contra de la gente de color y una administración neofascista en los Estados Unidos y muchos otros países. También observamos recientemente un reconocimiento internacional del significado de la violencia policiaca y poderosos movimientos populares que conectan todos estos problemas de manera simultánea y parecen determinados a protestar contra ellos hasta que se haya conseguido un cambio. Grandes masas de personas están exteriorizando una tormenta perfecta de furia y frustración. En este contexto, las ideas de Paulo Freire toman una potente relevancia.

86 El control de cualquier población inicia con el control de la educación pública. En los Estados Unidos podemos ver cómo décadas de destrucción intencional de las estrategias educativas progresistas han producido generaciones de estudiantes forzados a memorizar y a destacarse en exámenes de opción múltiple más que a desarrollar la capacidad de pensamiento crítico. Mucho antes del *No Child Left Behind*, y llegando inclusive hasta la visión elitista y privatizada de Betsy DeVos, el sistema educativo estadounidense ha producido cada vez más ciudadanos conformistas que ni siquiera son capaces de desafiar las políticas que afectan negativamente sus propias vidas.<sup>2</sup> Estas generaciones de gente pobremente educada explican a muchos de los que votaron por la presidencia de Donald Trump y continúan apoyán-

2 “No Child Left Behind” fue el nombre de una ley de 2001 que marcó el rumbo de la política educativa de George W. Bush. A pesar de que su nombre implicaba lo contrario, dicha ley redujo el presupuesto para la educación pública y dentro de la currícula de la educación pública del país enfatizó el aprendizaje de las matemáticas y la lectura en demérito del arte, la música y otros saberes similares. Betsy DeVos, secretaria de educación en el gobierno de Trump, siguió diezmando la educación pública (nota de la edición mexicana).

dolo a pesar de su comportamiento escandaloso y frecuentemente criminal. Si consideramos estas cosas, es aún más digna de nota la poderosa energía de las continuas protestas antirracistas en el último año de la presidencia de Trump.

Freire creía que se había distorsionado la naturaleza misma de la relación maestro/estudiante. Escribió que el aprendizaje verdadero no puede lograrse cuando se considera a los maestros como autoridad y se espera que los estudiantes repitan como loros sus ideas e instrucciones. Freire entendía el diálogo auténtico como un acto de amor, humildad y fe. El diálogo le da a la gente la independencia para experimentar el mundo y nombrarlo de manera apropiada.

87

Estas ideas pronto fueron adoptadas por las feministas de la segunda ola, que desde el principio se comprometieron en los grupos de autoconciencia feminista, y que después —en contextos académicos— reconstruyeron la configuración de las aulas y rompieron con las dinámicas tradicionales de la relación profesora/estudiante. Se creó toda una nueva experiencia de aprendizaje que llevó a encender la curiosidad intelectual de formas más democráticas, a estimular la exploración y a promover el cambio social.

Durante los últimos años, gente de todos los géneros ha comenzado a anteponer a sus nombres y grados los pronombres con los que prefieren ser nombradas, que van desde los antiguos “ella” o “él” hasta opciones distintas. Ya no permitimos que sean otros quienes nos nombren. Ya no hablamos de los mendigos, sino de personas sin hogar; no decimos que las personas *son* discapacitadas, sino que *tienen* una discapacidad. Reconocemos las necesidades y derechos de las personas trans e intersexuales.

Debemos darle crédito a los millones de jóvenes que hoy protestan por su capacidad para romper con condicionamientos conservadores y enfrentar a Estados que siguen

doctrinas de seguridad nacional y tienen fundamentos consumistas, clasistas, racistas, sexistas, homofóbicos, xenofóbicos y motivados en la codicia.

88 El movimiento Occupy, las bases populares de la campaña de Bernie Sanders, el Black Lives Matter, el #MeToo y otros movimientos han roto con la verticalidad de los partidos políticos y otros grupos verticales. Esto ha permitido que se escuchen más voces, y más diversas, que los más oprimidos entre nosotros demanden justicia, que caigan los monumentos que honran políticas opresoras, que se hagan algunos cambios en las tácticas policiacas, y que no pocos varones abusivos sean acusados y procesados por crímenes contra las mujeres. Aunque esta falta de verticalidad es más espontánea e inclusiva, ella también hace que organizarse para el cambio sea más difícil, porque no está puesta en conexión con la actividad legislativa y la elección de nuestros liderazgos políticos. Aún falta ver cómo se resolverá este problema.

Paulo Freire creía en que el problema central de la humanidad era que la gente no era capaz de afirmar su identidad humana completa. Concedía que cada uno de nosotros lucha por su humanidad, pero la opresión interrumpe nuestro viaje —y lo hace, claramente, aún más dramáticamente entre los pobres y marginados—. La deshumanización es equiparable a la objetificación. Freire comprendía que cuando el oprimido lucha por sus oportunidades puede fácilmente convertirse a sí mismo en opresor.

Podemos constatarlo cuando observamos las maneras en que Israel ha invadido territorio palestino y negado sus derechos. O cómo nuestros ancestros migrantes de Europa le hicieron la guerra a los indígenas americanos y después importaron africanos que fueron forzados a volverse propiedad que trabajaba en plantaciones del Sur. Hemos heredado una sociedad racista. En Estados Unidos, y desde el momento en que fueron secuestrados y traídos como



esclavos, los afroamericanos han sido deshumanizados de manera especial. Ni la Proclamación de la Emancipación, ni el movimiento por los derechos civiles ni los triunfos subsecuentes lograron en realidad hacerlos libres. La segregación, los linchamientos, las leyes Jim Crow,<sup>3</sup> la explotación y la opresión sostenidas, los encarcelamientos masivos y un constante vivir como destinatarios del racismo más extremo se han cobrado una cuota inenarrable. Hoy la violencia policial ha puesto ante nuestros ojos esta situación y la ha hecho estar otra vez en el centro. Los indígenas nativos, los hispánicos los asiáticoamericanos y otras poblaciones minoritarias tienen experiencias similares de sufrimiento histórico.

89

Freire también previno en contra de la “ayuda” de los opresores hacia los oprimidos, y hemos visto cómo falsas soluciones repiten su patrón en programas fallidos como los Cuerpos de Paz, la Alianza para el Progreso, las misiones cristianas y los bancos internacionales que atrapan a las naciones pobres en deudas insostenibles. Aquí, en mi país, demasiados liberales blancos dicen conocer cómo se sienten los pobres y la gente de color, un sentimiento que, aunque sea bienintencionado, es como una cachetada para aquellos que sufren discriminación institucional e individual.

Freire insistía en que, más que hablar por los oprimidos, los escucháramos. Lamentablemente, la escucha está ausente de las interacciones del día de hoy entre individuos, grupos sociales, y también de parte de aquellos que

3 Las llamadas “leyes Jim Crow” aparecieron después de la Guerra Civil en los Estados Unidos con el objeto de reforzar la discriminación y la segregación racial en contra de la población negra. La *Proclamación de la Emancipación* fue emitida por Abraham Lincoln el 1 de enero de 1853 mientras el país entraba al tercer año de la Guerra Civil. Allí se promulgaba la libertad absoluta de todos los negros de allí en adelante (nota de la edición mexicana).

se hacen pasar a sí mismos como nuestros líderes. Freire argumentaba que para de verdad comprender la opresión y la explotación debemos vivir como los oprimidos y experimentar lo que ellos experimentan. Aunque esta práctica puede no siempre ser posible o realista, ciertamente hay maneras en que podemos aproximarnos a la comprensión mutua de mejor manera. En la estela de tantos traumas nacionales recientes, la ausencia de una conversación pública honesta, profunda e inclusiva claramente nos ha impedido el comprendernos unos a otros y buscar soluciones viables a nuestros problemas colectivos. El fracaso para mantener una conversación así sólo ha incrementado el autoritarismo y la opresión hacia los más vulnerables.

¿Qué es la guerra expansionista e imperialista, si no el ejemplo más extremo de la falta de escucha hacia el Otro?

En el último capítulo de su *Pedagogía del oprimido*, Freire dibujó el mapa de un camino que explicaría cómo los oprimidos pueden liberarse a sí mismos. Explicó que los opresores emplean lo que llamó acciones antidialógicas, y que los oprimidos deben desarrollar acciones dialógicas para enfrentarse con ellos. Definió las acciones antidialógicas al incluir dentro de ellas la conquista, la manipulación, la creación de divisiones y reglas y la invasión cultural. Definió las acciones dialógicas al incluir en ellas la unidad, la compasión, la organización y la síntesis cultural.

Las ideas de Freire en 1960 son una guía sobre la que podemos construir si aprovechamos nuestras experiencias más recientes. Mientras se desarrolla la historia ganamos nuevo conocimiento. Aquellos de nosotros que nos comprometimos en las luchas de liberación nacional de la última parte del siglo XX recordamos cómo la unidad a menudo fue usada como excusa para ignorar las necesidades de grupos enteros. Cuando vivía en Cuba durante la década del setenta, las luchas antirracistas y el necesario análisis de género fueron sacrificadas frente a la percepción de que no

se debía permitir que nada obstaculizara la creación de un frente unificado contra la amenaza imperialista. La síntesis cultural también ha demostrado ser una meta ambigua. Hoy podemos ver que honrar y respetar la variedad de expresiones culturales es una mejor manera de recoger lo que hay de más valioso en cada una de ellas.

Después del brillante trabajo de Paulo Freire, filósofos, poetas y activistas sociales más recientes nos han ofrecido sus propios análisis. Y pensadores anteriores se han vuelto más relevantes. Además de Paulo Freire, yo reconozco deudas profundas con Sócrates, Galileo, Karl y Jenny Marx, Wilhelm Reich, Walter Benjamin, Elaine de Kooning, Martin Luther King Jr., el Che Guevara, James Baldwin, Audre Lorde, Haydée Santamaría, Adrienne Rich, Mark Behr y Lucy Lippard, entre otros. Algunos de estos hombres y mujeres nos han dado visiones originales que nos han mandado a direcciones completamente nuevas. Otros han proyectado una luz nueva sobre viejas ideas. Los más brillantes nos han permitido mirar sobre nuestra propia experiencia, confiar en nuestra intuición e imaginación y partir de sus ideas para hacer contribuciones filosóficas propias.

Hoy intentamos sobrevivir en medio de imbricados sistemas de opresión y corrupción que amenazan con arrasar con la vida humana. El uso excesivo de combustibles fósiles ha causado un grado de calentamiento global que ya derrite las capas de hielo en los polos, aumenta los niveles del mar, causa tormentas monstruosas y mata a millones de personas. Los gobiernos de las naciones que producen los mayores niveles de CO<sub>2</sub> se rehúsan a hacerse responsables por la destrucción que han causado. Las industrias alimentarias ya no se limitan a alimentar; se han convertido en operaciones multibillonarias sujetas a fluctuaciones de mercado en las que los animales son sacrificados inhumanamente. Las semillas se manipulan genéticamente y son causantes del suicidio de granjeros cuyas cosechas ya no

producen la abundancia que habían conocido durante generaciones. Adicionalmente, la pandemia y el subsecuente colapso económico de muchos países ha producido o intensificado una escasez y hambruna generalizada. El capitalismo avanzado es cada vez menos capaz de solucionar las necesidades humanas.

92

En los Estados Unidos, durante los años más recientes, la intensificación de la violencia policiaca y las políticas de mano dura han sido responsables de más asesinatos dentro de una larga lista que están motivados por el odio racial y el sentimiento, por parte de los policías, de que pueden salirse impunemente con la suya. La mayoría de las víctimas de estos crímenes son hombres negros, la mayor parte de sus victimarios son blancos. Es un eufemismo decir que el racismo está fuera de control. El Black Lives Matter rápidamente surgió para enfrentar la ocasión. Pronto se extendieron las protestas en contra de esta violencia cometida por quienes guardan la ley, y llevaron a la calle a cientos de miles para impugnar las tácticas policiales. Los monumentos racistas están siendo derribados y se están reevaluando estereotipos insultantes como los de Aunt Jemima o los de los equipos deportivos que se han llamado a sí mismo “Indios”. Hace pocos años se difamó a jugadores de fútbol que se arrodillaron mientras se cantaba el himno nacional como protesta por el racismo incuestionado de esta nación. Hoy quienes tienen que dar explicaciones son aquellos que se quedaron de pie.

Hay millones alrededor del mundo que marchan en solidaridad con nosotros. Esta rebelión es diferente de muchas en los años recientes: está más extendida, es más decisiva y persistente, más fuerte y se alimenta de una rabia que no será silenciada. Y todo esto comenzó a raíz de un presidente narcisista, sociópata y fascista. A pesar de décadas de destrucción sistemática del pensamiento crítico, la gente no ha perdido su capacidad de rebelarse.

Necesitamos a Paulo Freire como nunca antes.

Me siento honrada por recibir el Premio al Proyecto Democrático Paulo Freire 2020 de la Universidad Chapman. Primero, por lo importante que ha sido el pensamiento de Freire en la evolución de mi propio análisis de la sociedad. Y segundo, por la gran relevancia de Freire para el día de hoy.

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

# La tierra



Cuando pienso en la tierra, lo que viene a mi mente es el Suroeste de Estados Unidos: el gran desierto y los hondos cañones que me eran familiares durante mis años de adolescencia, cuando el lugar quedó indeleblemente marcado en mi conciencia. A la mitad de mi vida regresé a ese paisaje. Comprendí que lo necesitaba para mi salud física y emocional, para el acompañamiento de mi vida y para mi poesía. Mientras fui niña y adolescente experimenté esta tierra principalmente a través de la ventana de un coche. Al retornar aprendí a explorarla a pie, a caminar por los senderos de sus montañas, a contener el aliento frente a sus ruinas antiguas y su arte rupestre. Y la vida me trajo a una mujer que ama esta tierra al igual que yo.

Las ruinas antiguas y el arte rupestre son uno con esta tierra, una evidencia de las vidas de quienes se fueron antes que nosotros, de quienes vivieron con sus idiosincrasias y las dificultades que el día de hoy no tenemos que sufrir.

Hace diez mil años esta región pudo haberse visto diferente a como se ve hoy. Pudo haber sido más húmeda o más seca, más tropical o más fría, pudo haber sido afectada de forma más dramática por los elementos o estar escondida bajo un profundo mar. La gente que entonces vivió aquí fue moldeada por los caprichos de esa tierra en maneras que hoy nos destruyen. Ese conocimiento nos fue guardado en las ruinas y dibujos en las piedras que dejaron.

96

Hay una historia grabada en la piedra arenisca, moldeada por el viento y la arena y el agua. El gran desierto nos pide recordarla y deja en sí sólo las huellas más ligeras: sólo permite que sus historias permanezcan y sean transmitidas. Para encontrarnos como iguales con la tierra debemos alentar nuestro paso. El tiempo tiene su propio ritmo y temperatura aquí, de la misma manera que ocurre en cualquier otro lugar.

El agua de lluvia que se junta en los huecos de la tierra llamados *tinajas* nutre a animales diminutos, parecidos a camarones, con ciclos vitales de dieciséis días, y si una tinaja se seca antes de que el ciclo se acabe esos animales no se mueren sino que entran en estasis. Cuando vuelve a llover ellos completan sus ciclos, sin importar cuántos días les queden. En este calendario mágico, mis pasos se acompañan con mi aliento. Mis ojos son capaces de acoger vastos espacios y el cambio más pequeño en la textura de las piedras. Presto atención a las voces que hablaron aquí antes, hace tanto tiempo, y a veces puedo escucharlas.

Esas voces susurran los secretos del desierto. Sus contradicciones confunden a aquellos que no habitan su paisaje. Él dice "seco", mientras detrás de un cielo brillante a veces manda una ráfaga de agua que se apresura por un barranco, destruyendo todo a su paso. El agua se vuelve lodo. Los exploradores, sin saberlo, cadáveres. Y no hay una nube a la vista. En aquel mismo día, si alguien que atraviesa esas distancias no llevara suficiente agua, la des-



hidratación y la muerte podrían estarlo esperando en la siguiente vuelta. Un súbito torrente y la agonía de la sed son enemigos complementarios.

Los colores de esta tierra conforman una paleta que puedo ver con mis ojos cerrados. Malvas. Rojos naranja. Mil sombras de beige y castaño. El verde pálido del líquen, el verde gris de la salvia, el verde brillante de la cola de conejo. Las flores color fucsia de los brazos extendidos de la cholla y el amarillo pálido de la tuna que nace de un nopal o el rojo brillante de un erizo de fresa. El azul eterno del cielo. El suelo microbial guarda una llave para el futuro, y debo tener cuidado de no destruirla al pisar sobre su rico, castaño sustrato. Esas pisadas pueden durar allí décadas. La temperatura de este lugar es cálida, palpitante, fiera.

97

Subiendo por una grieta estrecha en la roca para emerger en la meseta del cañón de Chaco, miro abajo hacia Pueblo Bonito. Sus cientos de cuartos, docenas de kivas y muros parcialmente enteros son como una especie de modelo a tamaño completo que me cuentan sobre el periodo en que tenían una población vibrante. Acercándome a Albuquerque, ascendiendo desde el estrecho barranco de Tent Rocks y proyectando mi vista sobre formaciones rocosas labradas siglo a siglo por el clima, respiro la tierra en toda su solitaria belleza.

Cerca de Moab, en Utah, donde el viento y el agua han construido arcos y puentes en la piedra arenisca, un dibujo en un peñasco a la mitad de la planicie retrata una escena de parto reconocible en cualquier era. Las piernas de la madre están abiertas, el niño ha emergido, ambas figuras están rodeadas por gotas gigantescas: sangre, o quizás lágrimas. Toco sus líneas y siento la presencia de una mujer que vivió cientos de años antes. Nos conecta esta imagen, grabada en la roca hace tantos siglos.

Mis propias montañas Sandia, llamadas así porque a la caída del sol, cada tarde, brillan como la dulce piel interior

de una sandía, me retan desde el momento en el que regresé. El camino de La Luz inicia desde su base a siete mil pies de altura y termina en el punto más alto, a diez mil. Me tomó más de un año escalar por esa ruta, desde su base desértica y a través de varios ecosistemas hasta la punta. Cada vez que intentaba la hazaña logré llegar un poco más lejos. Una vez hice un picnic a mitad del camino y observé fascinada mientras dos alpinistas escalaban por una roca cercana. En las noticias de la tarde me enteré de que, a pesar de ser alpinistas consumados, dos doctores se habían encontrado con la muerte ese día.

98 En el trillo de La Luz observó maravillada la fuerza de mis piernas. Cuando estaba en la secundaria odiaba la clase de educación física, no me atraían los equipos deportivos, era tan mala jugadora que siempre era la última en ser elegida cuando los capitanes hacían sus elecciones. ¿Cómo podría haber sabido que mi deporte estaba ya en mi cuerpo entero? Cuando llego a la punta, y después repito la escalada una y otra vez, me siento como si fuera mía toda esta tierra.

Pero eso es precisamente lo que no se puede hacer: poseer esta tierra. Su poder viene de su resistencia a ser poseída, o incluso menos, conquistada. Sospecho que aquellos que presumen haber hecho “todas las cumbres de veinte mil metros”, o “conquistado las montañas más altas del mundo” tienen una relación con la tierra muy diferente respecto de la que yo tengo. Ni peor ni mejor, sólo diferente.

El Gran Cañón de Arizona se entrelaza con Bárbara y todos los años que hemos pasado juntas. Es al tiempo vasto e íntimo. También he ido allí con mis padres, todos mis hijos y varios de nuestros nietos. He caminado alrededor de su borde, explorado sus simas y viajado por su río más de una vez en una pequeño bote de madera, durmiendo en sus playas pequeñas y explorando algunos de sus cañones laterales. Más que cualquier otro lugar de esta parte del

país, el Gran Cañón muestra cada color del desierto, de los morados más profundos a los ricos rojos y cremas. Cuando Bárbara y yo nos enamoramos, manejamos a ese Cañón para comprar nuestros primeros anillos de compromiso.

Esta tierra, el gran desierto, es donde me encuentro a mí misma.



## La falsa dicotomía del desastre

Distinguimos entre desastres creados por el ser humano otros que fueron causados por la naturaleza. Pero se trata de una distinción falsa y, en último término, engañosa.

Cuando un edificio con una maquiladora en Savar, Bangladesh, se derrumba y mata a más de mil trabajadores, se puede culpar al arquitecto que aprobó los planos (indudablemente, por ganar dinero) y al gobierno que no pudo establecer normas de construcción o que, si existen, se rehusó a hacerlas valer (seguramente, gracias a algunos sobornos). También se puede culpar a las marcas de ropa en Estados Unidos y otros países occidentales, que recogen un beneficio exagerado y rara vez se han comprometido a mejorar las condiciones laborales bajo las cuales se hace su ropa, pues saben que las auténticas soluciones sólo los harían perder dinero. Incluso los ciudadanos, preocupados, asqueados y cansados de intentar que estas compañías billo-

narias tomen responsabilidad con sus empleados, pueden culpar a los individuos que compran la ropa. Hay culpa de sobra para repartir.

De manera similar, cuando el túnel de una mina se derrumba culpamos al conglomerado minero que año tras año se ha rehusado a atender las quejas por condiciones de riesgo y falta de medidas de seguridad. A veces esos desastres ofrecen una oportunidad para que la misma gente que ha tenido la culpa se haga un poco de publicidad a través de una serie de acciones por las que aparecen como héroes después del accidente. Los mineros han muerto, pero los ejecutivos pueden consolar a sus familias y hacer como que ofrecen ayuda.

102

Así ocurrió, al menos durante un tiempo, cuando el 5 de agosto de 2010 un túnel se derrumbó a mil cien pies bajo tierra en la mina San José de oro y cobre, en Copiapó, en el altiplano chileno. Treinta y tres hombres quedaron atrapados adentro. Por diecisiete días nadie supo si todavía estaban vivos. Entonces un destacamento de rescate escuchó un ligero golpeteo en el suelo, y una nota con las palabras “Estamos bien en el refugio los 33” fue amarrada al final de una sonda y enviada a la superficie. Un segundo túnel colapsó mientras aumentaba la tensión. La tragedia ganó la atención de la gente alrededor del mundo. Los ingenieros pusieron a prueba su creatividad, y uno encontró una forma de perforar un hoyo hacia el lugar donde los mineros esperaban lo que habrían imaginado como una muerte dolorosa y lenta.

Es verdad que Sebastián Piñera, el conservador presidente de Chile, contribuyó a este desastre minero. También otros lo hicieron. Tanto su gobierno como las lucrativas minas que son propiedad de su familia se rehusaron constantemente a mejorar las condiciones para los mineros. Pero durante el calvario de Copiapó, Piñera volvió la situación en su favor y se mantuvo en aquel lugar, completamen-

te visible para las cámaras de la televisión internacional, mientras consolaba a las familias y prometía que su gobierno no escatimaría esfuerzos para rescatar a los mineros.

En una ciudad improvisada construida con casas de campaña, sus habitantes contaron historias que aparecieron en periódicos de todo el mundo. Historias de esposas e hijos que afrontaban una espera agonizante. Y entonces, de manera sorprendente, los expertos en minería, ingenieros y otros lograron aunar esfuerzos. Cavaron un túnel, construyeron una cápsula con el tamaño necesario para que cupiera un único cuerpo humano y la lanzaron a través del túnel. Uno tras otro, los treinta y tres mineros fueron traídos de vuelta a la superficie. Aquellos con mayor responsabilidad por haber causado el desastre gozaron las mieles de una meta alcanzada. No hay duda de que se trató de un evento heroico. Todavía me recuerdo sentada toda esa noche, mirando una transmisión en vivo de aquellos hombres mientras salían de la mina.

103

Pero el tenor de la historia cambió apenas y los reportes comenzaron a olvidarse. Los hombres rescatados estaban vivos, pero la mayoría no pudieron regresar al trabajo, muchos tuvieron problemas psicológicos, ninguno recibió una atención médica adecuada y algunos quedaron afectados por un severo trastorno de estrés postraumático. Los programas de televisión los pusieron en primer plano, incluso en Estados Unidos, pero una vez que el accidente desapareció de las noticias no hubo nadie en el gobierno chileno que se preocupara por lo que había ocurrido con las víctimas o con sus familias.

Como siempre, nuestra atención pronto fue capturada por el siguiente evento urgente. Un año después, pocos de aquellos mineros habían logrado regresar a la mina. Más pocos aún habían encontrado otro trabajo. Sus vidas y las de sus familias habían sido destruidas. Chile mismo no estaba más cerca de legislar mejores condiciones para

los mineros. El presidente Piñera había logrado sus quince minutos de fama, y treinta y tres heroicos hombres habían perdido casi todo, con excepción de la vida.

Así ocurre con la mayoría de esos desastres causados por los seres humanos y relacionados con la ambición o la negligencia. Los grupos responsables tienen el dinero y las influencias necesarias para volver a favor suyo las tragedias de los otros. Quizás el ejemplo reciente más escandaloso aquí, en Estados Unidos, esté en el derrame de petróleo en el Golfo de México ocasionado por la plataforma Deepwater Horizon, propiedad de la British Petroleum Company.

104

El 20 de abril de 2010, una explosión destruyó el Deepwater Horizon, una de las plataformas de extracción de la British Petroleum en las costas de Louisiana, en el Golfo de México. Once hombres perdieron sus vidas. Pero esa trágica pérdida no puso punto final al desastre. Por ochenta y cuatro días fue imposible cerrar la fuga de petróleo resultante, que continuó escupiendo crudo y saturando las aguas del Golfo a un ritmo de miles de toneladas por día. El revestimiento viscoso asfixió la vida silvestre, obstruyó los pantanos de la costa y afectó severamente a un conjunto de industrias costeras, desde la pesca hasta el turismo.

Todas las agencias gubernamentales de supervisión prometieron que harían que British Petroleum limpiara el desastre, y la misma compañía se comprometió a hacerlo. A juzgar por los comerciales que se transmitieron una y otra vez por la televisión, ellos se quedarían “hasta que la limpieza hubiera terminado”, pues “nadie se preocupa más por la gente del Golfo que British Petroleum”. Menos de un año después del derrame, la compañía presumió que las industrias de pesca y turismo en el área se habían recuperado hasta los niveles anteriores al derrame.

Pero miremos algunas de las estadísticas que British Petroleum preferiría que ignoráramos. Fueron las especies marinas quienes sufrieron el mayor impacto. El área del



derrame una vez fue hogar de 8,332 especies. Durante una exploración aérea en enero de 2013, la física de la NASA Bonny Schumaker se dio cuenta de la ausencia de vida marina en un radio de treinta a cincuenta millas alrededor del pozo. En una distancia aún mayor, fotografías de películas muriendo debajo de una capa de petróleo ofrecieron el tipo de imágenes que pueden ilustrar estas tragedias. Se estableció una relación definitiva entre el derrame y la muerte de la comunidad coralina del Golfo.

Y hoy la gente continúa sufriendo. Además de las miles de muertes, para el mes de junio ya se habían reportado al Departamento de Salud de Louisiana 143 casos de exposición; 108 de ellos se relacionaban con trabajadores involucrados en el esfuerzo de limpieza, pero otros eran ciudadanos comunes y corrientes que vivían en el área afectada. Se cree que los químicos del petróleo y el dispersante fueron la causa de los malestares. Mike Robicheux, un doctor de Louisiana que trata a personas expuestas a sustancias químicas tóxicas, ha dicho que esta es la crisis de salud pública causada por envenenamiento químico más grande en la historia del país.

105

Después del accidente, el área experimentó un marcado incremento en desórdenes mentales y problemas de salud vinculados al estrés. La científica ambiental Wilma Subra reportó que en personas que habían pasado enfermedades relacionadas con el derrame se habían encontrado componentes orgánicos volátiles que estaban de cinco a diez veces arriba de los umbrales de seguridad. Sin embargo, si la experiencia pasada es un indicador, probablemente aún no hemos visto sino la punta del iceberg. Probablemente los problemas relacionados con la explosión del Deepwater Horizon continuarán apareciendo en las generaciones del futuro.

El impacto económico en la gente de la Costa del Golfo ha sido severo. Por un lado, los residuos del derrame continúan afectando el marisco, la pesca y el turismo. Por el

otro, las autoridades de Louisiana temen que la moratoria de perforación en el mar impuesta después del derrame dañe aún más la economía de las comunidades costeras. La industria del petróleo emplea alrededor de 58,000 habitantes de Louisiana y ha creado otros 260,000 empleos relacionados con el petróleo, lo que da alrededor del 17% de todos los empleos en el estado. Como ocurre con cualquier situación, debe encontrarse una forma de que la necesidad de empleo se equilibre con la grave problemática ambiental.

106 La opinión pública norteamericana tuvo una reacción en general crítica frente a la manera en que el presidente Obama y el gobierno federal se enfrentó al desastre de la British Petroleum, y una opinión en extremo crítica de la respuesta de esta misma compañía. British Petroleum dijo que ofrecería apoyos a largo plazo. Pero para marzo de 2012, la compañía estimó que el dinero total que había destinado a paliar las consecuencias del derrame rondaba apenas los \$37.2 billones, cuando sólo sus ganancias de ese año rondaban los \$25 billones. Quizá sea más problemático el hecho de que esta y otras compañías hoy continúen devastando el Mississippi y la costa del Golfo de Louisiana. Hasta donde podemos ver, existen playas donde una industria petrolera mal regulada está haciendo como si la tierra fuera suya. Existe toda una historia de tragedias de este tipo que son seguidas por el deseo de construir legislaciones en su contra, que a su vez son seguidas por maniobras políticas que vuelven imposibles las leyes.

Todo lo anterior ilustra por qué es una dicotomía falsa distinguir entre los llamados desastres naturales y los que se consideran responsabilidad humana. Los seres humanos son cada vez más responsables de los desastres climáticos, meteorológicos, industriales y relacionados por las guerras. Los seres humanos con poder son los más responsables de todos, no sólo por los desastres en sí mismos, sino por el impacto que tienen en los demás.

No es coincidencia que los más empobrecidos y vulnerables seamos los que tenemos mayor probabilidad de sufrir daños cuando se derrumba el túnel de una mina, colapsa una maquiladora, un campo se incendia o explota un yacimiento de petróleo. Podrá decirse que sólo la naturaleza produce terremotos. Pero eso se parece a cuando la Asociación Nacional del Rifle dice que sólo las malas personas provocan las balaceras que han sacudido nuestras escuelas y centros comerciales, y que las armas no tienen nada que ver con ellas.

No hay en los tiempos recientes ningún evento más importante que la pandemia del COVID-19 por su capacidad de demostrar con fuerza la tenue línea entre un desastre que parece natural en su origen y la indiferencia o falta de cuidado en que nosotros, como humanos, enfrentamos ese desastre. Mientras el coronavirus cubría el globo, las decisiones humanas determinaron quién recibiría el peor golpe, en dónde se enfermaría y moriría más gente y cómo afectaría el daño derivado a comunidades, negocios y el bienestar en general. Los países cuyos gobiernos dieron el paso para ofrecer ayuda enfrentaron mejor la crisis que aquellos cuyos gobiernos no lo hicieron. La experiencia fue completamente diferente para una familia con recursos, que podía irse a otro lugar por un tiempo, que para aquellos que vivían en viviendas atestadas, asilos de ancianos o prisiones. Aquellos con acceso a una atención médica eficiente tuvieron mayor posibilidad de sobrevivir que quienes no lograron conseguir hospital.

¿Quién permite que se construyan comunidades encima de fallas geológicas? Los desechos tóxicos nunca se depositan en vecindarios adinerados, sino donde juegan los niños pobres y sus familias beben agua. Las áreas residenciales que no pueden defenderse son invadidas por suelo contaminado. Incluso desastres “naturales” como los terremotos y los tornados afectan más a gente pobre que

a aquella que tiene dinero para construir hogares bien hechos en lugares más seguros, o a aquella cuyos hijos pueden asistir a escuelas con refugios adentro suyo.

Algunos desastres ocurren porque hay una combinación precisa de frío y calor, de viento y sequedad, corrientes de aire que chocan o una grieta que se derrumba. Otros pueden vincularse con mayor facilidad con la codicia humana: mineros que trabajan sin medidas de seguridad, pozos petroleros donde los gobernantes decidieron ignorar las alertas ante la inminencia de problemas, fábricas a las que les faltan incluso las condiciones más elementales de seguridad.

108      Decimos que algunas de estas tragedias son responsabilidad humana, y que las otras son naturales. ¿Pero cuál es la diferencia, cuando son los mismos quienes sufren el daño?

# Nuestro pequeño secreto

Es nuestro pequeño secreto.  
Nadie nos entendería.  
¿Y quién crees que te va a creer?  
Si les cuentas, te mato.  
Si les cuentas, mataré a quienes más quieres.  
Te lo prometo. Sólo una vez más.  
Sabes que te gusta.  
Sabes que quieres.  
Nuestro pequeño secreto.

¿Te suenan familiares estas amenazas o ruegos? ¿Recuerdas algunos parecidos? ¿Recuerdas a alguien diciéndote esto cuando eras niño o adolescente? ¿Recuerdas qué te hicieron antes de decirlo? ¿Le creíste? ¿Sentiste tanto asco o miedo que no sabías qué creer? ¿O el acto te trajo un placer desagradable, y el secreto compartido te hizo sentir especial por un momento pero te sentiste avergonzado en los años sucesivos por haberlo vivido así?

El poder tiene sus propias reglas. A menudo lleva consigo un abrigo que lo vuelve invisible mientras selecciona a sus víctimas y las manipula hasta lograr su permiso, o, al menos, las prepara para no decir nada. Cuando alguien con poder abusa sobre nosotros y después encubre el acto con un velo de secretos, volviéndolo algo que sólo puede compartirse entre el perpetrador y su víctima, es como si hubiéramos sido atacados dos veces: la primera, en el acto

mismo, y luego, otra vez, a través de la trampa por la que nos volvemos incapaces de pedir ayuda, de compartir el peso del abuso. Demasiados de entre los que piden ayuda no son creídos.

La vergüenza es una de las armas más insidiosas del poder. Esa arma vuelve posible el ataque subsiguiente. Nuestras sociedades invocan la vergüenza para hacer que la culpa se transfiera de la persona que comete el crimen a su víctima, y para mantener a la víctima dominada. Nuestros perpetradores usan nuestra vergüenza para hacernos sentir que el abuso fue nuestra culpa. Que lo deseábamos. Que pedimos que pasara. Que de alguna manera lo provocamos al dar señales equivocadas, vestir la ropa incorrecta, decir palabras equivocadas, al tener un comportamiento malo. Incluso puede ser que nos gustara y que tuviéramos vergüenza de admitirlo. Mantenerlo como un secreto es la única forma en que podemos tragarnos nuestra vergüenza, y por supuesto, es la forma en que protegemos al perpetrador.

La vergüenza siempre va acompañada de miedo, otra arma para mantenernos en silencio.

Y justo como la repetición incesante de una mentira puede hacerla parecer verdad, el abuso repetido puede sentirse como algo que merecemos, que es nuestra culpa.

El abuso puede venir en muchas formas, psicológico, intelectual, físico, sexual. A menudo todos vienen en el mismo paquete. Los niños más jóvenes pueden creer que simplemente las cosas son así. Si la agresión ocurre a menudo, nos acostumbramos y tendemos a creer en lo que nuestro abusador nos diga. Quizá pude haberlo detenido antes. Quizá pude haberle dicho a alguien que me creyera. Quizá esto pasa en todas las familias, sólo que nadie habla de ello. Después de todo, se trata de mi padre. O de mi abuelo, mi hermano, de un amigo cercano de la familia. Sé que me ama. Debe ser mi culpa.

Mientras no divulgue el secreto todo estará bien.

Yo era una bebé cuando mi abuelo materno abusó sexualmente de mí mientras mi abuela materna observaba. Yo todavía no tenía el poder de la palabra. Aunque el abuso en sí mismo entra y sale de mi memoria, dejó una huella impresa en mis células. Incluso hoy, a veces, puedo ver los ojos acerados de mi abuelo y la boca perezosamente hambrienta de mi abuela. No sé si pude mostrar mi asco, o cómo lo hice. Quizá estaba confundida. Quizá intenté resistir de alguna manera infantil. Quizá me mantuve inmóvil, esperando que terminara. Quizá me desconecté. A esa tierna edad no había nada que pudiera haber hecho o que pudiera haber impedido el incesto.

III

Me tomó casi medio siglo recuperar mis recuerdos en una sesión de psicoterapia y relacionarlos con una fobia que he cargado desde que tengo memoria. He llegado a entender un poco mejor esa fobia, pero ella continúa ejerciendo un efecto muy fuerte sobre mí. Mis abuelos murieron hace décadas.

El abuso siempre se relaciona con el poder. Los hombres poderosos (y casi siempre son hombres) se sienten con el derecho de usar a mujeres y niños impotentes para satisfacer sus intereses (porque se trata casi siempre de niños y niñas). Y esos intereses no tienen nada que ver con la satisfacción sexual. Tienen que ver con confirmarse su propio poder, a sí mismos y a los demás. Tienen que ver con el patriarcado, el sistema de milenios de antigüedad que privilegia la superioridad masculina, su dominio; el hecho de que los varones puedan hacer lo que quieran con mujeres y con niños y con gobiernos y con grupos de personas y con ideas, y que lo hagan en secreto si es necesario. El privilegio masculino está difundido entre los varones de todos lados y cruza los límites de clase, raciales y culturales.

El abuso no se limita a las relaciones domésticas, y no sólo los abusadores individuales mantienen a sus víctimas en la oscuridad mientras exigen su silencio. Naciones poderosas

invaden y explotan a las más pequeñas y con menos poder. Las instituciones manipulan a sus integrantes. La megacorporaciones explotan y abusan de sus empleados, clientes y consumidores. Durante generaciones la iglesia católica ha permitido a sus sacerdotes y a otros miembros de la jerarquía abusar de sus congregaciones, muchas veces de adolescentes y niños. Miles de víctimas han sido sacrificadas para proteger a la institución. Y aunque este abuso ha sido expuesto sobre todo en el catolicismo, existe en todas las religiones.

112 En 1954, la CIA derrocó al gobierno guatemalteco, que había sido elegido democráticamente. En 1973 hizo lo mismo con Chile. No fue la primera ni la última vez que esa agencia logró construir golpes de estado. Pienso en Irán, en Indonesia y más recientemente, en Bolivia. Todos ellos se llevaron a cabo en secreto. Informantes e investigadores tuvieron que trabajar durante años para rescatar y publicar los documentos secretos de la agencia que probaron esos crímenes. La información siempre llegó demasiado tarde como para prevenir el ataque o para salvar a las víctimas.

Hubo algunas excepciones notables. Durante la guerra norteamericana con Vietnam, Daniel Ellsberg se atrevió a copiar y publicar los llamados *Pentagon Papers*. Sus revelaciones, que mostraban la historia real del conflicto y su ocultamiento por parte de distintos gabinetes, le dieron al movimiento contra la guerra la fuerza necesaria para que él ayudara a terminar con la guerra. Pero la mayoría de la información de este tipo logra darse a conocer mucho tiempo después de que ocurran los hechos, cuando el daño ya está hecho e incluso, cuando la mayoría de los culpables han muerto o recibieron inmunidad. Ellsberg no habría podido hacer lo que hizo en el el clima político de hoy. En los Estados Unidos de hoy, se criminaliza a las voces así de valientes.

Tomó años de lucha en el congreso norteamericano para que los dueños de las compañías de tabaco se vieran forzados a admitir que fumar tiene efectos dañinos. Aún



puedo verlos sentados en una tensa fila frente al comité del congreso, forzados a contar un secreto que habían guardado durante generaciones. Se multó a las compañías de tabaco, aunque nunca con lo que habían acumulado mientras enfermaban a sus compradores hasta la muerte. Se les obligó a añadirle advertencias a sus cajas de cigarros.

En otra época de la vida política de Estados Unidos una reparación así era aún posible. Pero antes de que estos secretos fueran revelados, las agencias norteamericanas de espionaje, el ejército y las empresas construidas sobre la base de la codicia ganaron billones al tiempo que morían cientos de miles de personas. Hoy a los informantes se les despide, e incluso, a veces, se los lleva a la cárcel.

113

Los abusadores siempre dependen de los secretos para desarrollar sus ardides, se trate de un padre que abusa sobre su hija, un sacerdote que lo hace sobre un creyente, una corporación sobre sus empleados, una gran empresa sobre la población, o un poder imperialista sobre una nación que está en su esfera de influencia.

Los secretos, grandes o pequeños, nos obligan a ser cómplices. No nos mantienen seguros, sino que nos vuelven más vulnerables. No importa si estamos hablando de niños que fueron abusados por sus mayores, de mujeres abusadas por varones que dicen haber deseado lo mejor para ellas, de fumadores que creían en las compañías que por años les dijeron que no había pruebas de que el cigarro fuera malo para la salud, de ciudadanos a quienes se les ocultan las políticas que afectan sus vidas, de votantes que creen que la austeridad y otras medidas neoliberales son benéficas para todos.

Los secretos sólo benefician a quienes hacen algo malo, algo que ellos no quieren que los demás lleguen a saber.

La próxima vez que alguien te pregunte "¿puedes mantener un secreto?", puede que prefieras responder "no voy a poner en riesgo a otras personas". Aunque sea por solidaridad con quienes fueron dañados por un secreto.



Te dije que  
no terminaría bien

La temporada de gripe esparce un miedo que acompaña la nueva cosecha de virus de cada año. Algunos de esos virus se retirarán después de haberse enfrentado con la vacuna recomendada en ese momento; otros encontrarán alguna forma de causar muertes. Miles de personas morirán. Algunos de nosotros recibiremos diligentemente la vacuna de cada año. Otros se burlarán: "a mí esas cosas no me importan". Pero la gripe no discrimina.

Si se trata de una cepa particularmente virulenta —influenza, gripa aviar, SARS u otra cosa así de brutal e inesperada—, las muertes podrán llegar a las decenas o centenas de miles. Quizá incluso lleguen a los millones. Aunque estemos alertas, nunca estaremos realmente preparados para un ataque en verdad devastador, como la plaga que atravesó Asia, Europa y África en el siglo XIV y mató a cincuenta millones de personas. O como la pandemia de influenza de 1918. Esa

última fue tan severa en los Estados Unidos que disminuyó en diez años la expectativa de vida en ese país.

Mientras escribo, enfrentamos la COVID-19, que es causada por una forma de coronavirus. La Organización Mundial de la Salud acaba de clasificarlo como pandemia. Rápidamente se ha convertido en una crisis que afecta la vida humana y la economía del mundo entero. Parece que el coronavirus se originó en Wuhan, una ciudad de ocho millones de personas de la que pocos de nosotros habíamos escuchado antes de esto, y que de allí se dispersó rápidamente. El desprevenido gobierno italiano tuvo que aislar su país entero mientras intentaba contener la enfermedad. 116 Partes enteras de Japón tuvieron que entrar en cuarentena, y pronto pasó lo mismo con otras naciones. En todos lados se cancelaron los viajes y los eventos masivos, y se cerraron las escuelas y universidades.

Aunque nuestros bioquímicos tratan de adelantarse a lo que pueda ocurrir, sabemos que cualquier pandemia letal y con capacidad de difundirse sería capaz de acabar con una buena parte de la humanidad. Éste es el riesgo de vivir en una época que no supo cuidar de su aire, su agua y sus productos alimenticios; en que fuimos estúpidos en relación a casi cualquier medida preventiva para cuidar de nuestra salud; en que abusamos de los antibióticos y asumimos que las pandemias serían un problema para los que vendrían después, no para nosotros.

Algunos se permiten un poco de humor negro para sobrellevar las cosas. También la epidemia de 1918 produjo algo de eso. Los niños de entonces, más inocentes y despreocupados que los adultos, parecen haber saltado la cuerda con esta rima: “Yo tuve un pajarito / Enza se llamó / abrí la ventanita / y Enza se marchó”.<sup>1</sup> A aquellos que perdieron

1 En el original “Enza se marchó” hace juego de palabras con “in-fluenza”: “*I had a little bird / his name was Enza / I opened the window, / and in-flu-enza*” (nota del traductor).

familia y amigos no les habrá gustado esa ligereza. Para las víctimas de una pandemia, y para sus seres queridos, no hay broma o juego adecuado.

Muchas pandemias de la época de hoy se originaron en China. No estoy segura de por qué. Quizá porque es un país tan grande, con tanta gente. Quizá las precauciones allá no sean tan minuciosas. Pero nos estaríamos engañando si dijéramos que acá sí somos exigentes. Sea por la razón que sea, siempre es posible responder a esta pregunta de manera racista, no sólo en relación a los chinos sino hacia cualquiera que tenga rasgos asiáticos. Un amigo que es maestro en un colegio de la ciudad de Nueva York me cuenta que varios estudiantes de allí fueron atacados sólo porque ser asiáticos. Sobre todo en Estados Unidos somos propensos a dejar libres nuestros impulsos racistas.

117

Antes China era un país que imaginábamos misterioso y remoto. Hoy sobrepasa a los Estados Unidos en influencia económica, e incluso los más ignorantes de nosotros debemos tomarla en consideración. China también sobrepasa a mi país en solidaridad. Durante el inicio de la pandemia, después de que China contuviera la enfermedad en su país, envió a Italia un avión con equipo médico y personal especializado, justo cuando este último país se había aislado por culpa de la enfermedad.

La crisis del coronavirus me trae el recuerdo de otra pandemia, a su manera tan contagiosa como la que estamos viviendo. Hemos sufrido de esa enfermedad desde que tengo memoria. No tiene un carácter físico, sino filosófico y emocional. Se trata del cinismo. Una variedad de pesimismo profundamente incrustado: una sospecha, una falta de confianza, una fuerza negativa que lo llena todo de tal forma que quien ha sido infectado no puede sino ver en todo la peor situación posible. Quien la tiene pensará que es imposible que lo bueno pueda llegar a ocurrir, y que si ocurre sera sólo para convertirse algo peor que lo que tenía-

mos antes. Esos espíritus fatigados son capaces de difundir el desencanto sólo porque están seguros de que hay un desastre a punto de llegar. Entre ellos podemos contar a los cristianos que hablan de la proximidad del fin del mundo. También podemos contar allí a los políticos que siembran el miedo para mejorar sus posibilidades electorales, y a algunas personas cuyas infancias fueron tan terribles y dolorosas que ya no pueden sino esperar lo peor ante cada nueva situación.

Las pandemias respiratorias son visibles. La invasión del cinismo es invisible, y destruye todo de una manera muy distinta.

118

Vivimos en un mundo en que el cinismo no debería sorprendernos. La ambición y un uso desenfrenado del poder impiden que el avance de la historia resuelva problemas como la guerra, el hambre, los desplazamientos forzados y la proliferación de enfermedades que parecíamos haber erradicado. La mera visión de cómo se comportan nuestros supuestos líderes puede volver pesimista al más optimista entre nosotros. Es importante recordar que la expansión del cinismo beneficia a los políticos corruptos. Les será más fácil mantenernos dominados si logran sumergirnos en la desesperación. Por eso es tan importante mitigar, o mejor todavía, triunfar sobre las miradas cínicas.

Mi abuela era una maestra de la negatividad. Si no podía encontrar peligros en una situación, era capaz de inventarlos. Si accidentalmente se te caía algo sobre una blusa o una falda, de inmediato decía: “esa mancha jamás se le podrá quitar”. Si te sonabas la nariz, decía que tenías neumonía. Incluso si estabas contándole algo alegre, ella siempre predecía un desastre.

Recuerdo cómo en cierto verano viajé en tren de Nueva York a Maine acompañada de mi madre y su madre —es decir, con esa cínica abuela. Yo tenía seis o siete años, y estaba emocionada por dormir en la cama de arriba en nuestra cabina. Ese anhelo se desvaneció cuando escuché

el dictamen de mi abuela: "Por supuesto que no. Ella podría caerse mientras está dormida y entonces se rompería el cuello". Sólo hoy me puedo imaginar cuán infeliz debió haber sido ella como para tener una actitud así. En aquellos entonces simplemente me enojé con ella.

No hay que confundir la ironía y el cinismo. La ironía es una expresión inocua que utiliza expresiones que significan lo opuesto para lograr un efecto de humor o empatía. El cinismo es un rasgo de personalidad, la ironía es un afecto. Entre los componentes de la ironía usualmente encontramos el sarcasmo, la burla y la sátira. Si se les usa bien, pueden ser divertidos, e incluso pueden llegar a instruir. Como el cinismo, la ironía comenzó con los griegos. Ella inició como un recurso utilizado en el teatro trágico: el sentido completo de lo que decían los personajes aparecía claramente ante el público, mientras que quien lo decía no parecía darse cuenta. Pero mientras que la ironía puede insuflarle vida a una situación, el cinismo la destruye.

119

Los cínicos creen que el mundo está condenado de antemano. Los practicantes de la ironía creen que vuelven más interesantes las relaciones humanas cuando logran hacer visibles las situaciones más penosas. A diferencia de lo que ocurre cuando con el desarrollo de las infecciones, los cínicos sí pueden cambiar su forma de actuar. Elegimos las actitudes que tenemos. A través de mi propia vida he llegado a entender que es posible cambiar lo que elegimos, incluso a una edad avanzada.

Llegó el momento de exhortar a los cínicos a convertir toda esa energía negativa en actos cotidianos de solidaridad y resistencia: desde un saludo cuidadoso hasta la capacidad de responder positivamente cuando la gente expresa ideas de transformación, y se opone por la fuerza a las políticas criminales que están robándose nuestro futuro. Como soy escritora y tengo una relación cotidiana con las palabras, el cómo las usamos me es algo muy importante.





## Para darnos un nombre propio

Me interesa cómo nos nombramos a nosotros mismos, a los otros y a las cosas a nuestro alrededor. Pocas cosas me molestan más que el muy repetido “se dice”. ¿Quién dijo eso que citamos con tanto descuido? Creo que esas concesiones inconscientes están en la raíz del fácil consentimiento con que nuestra sociedad recibe las afirmaciones de tanta publicidad comercial. Demasiado a menudo la frase “los estudios muestran” refiere a estudios financiados por las mismas compañías que venden el producto analizado, sin reconocer que allí hay un obvio conflicto de intereses.

Una de las cosas que ocurre bajo el fascismo es que ciertas palabras dejan de estar permitidas. Si a uno lo atrapan usándolas puede ocurrir que lo despidan del trabajo, lo manden a la cárcel o cosas peores aún. Una lectura cuidadosa de la historia nos muestra listas enteras de palabras que estaban fuera de la ley en la Alemania nazi y en otros regímenes

autoritarios. La administración Trump también restringió a menudo el lenguaje. Una persona presente en una reunión sobre el coronavirus del Centro para el Control de Enfermedades llevada a cabo en 2020 contó que, en el momento de hablar de la pandemia, se había prohibido utilizar palabras como *vulnerable*, *asistencia social*, *feto*, *basado en evidencias* y *basado en la ciencia*, entre otras. Insistir en las palabras que en verdad nos representan es tan importante como resistir las restricciones que se imponen en nuestro uso del lenguaje.

122

La manera en que nombramos las cosas está influida por la época en que vivimos y por los usos y matices de la lengua, que son parte de una cultura en constante evolución. La manera en que nos nombrábamos se volvió especialmente importante en los Estados Unidos durante los años setenta a través de palabras como *chicano*, *latino*, *afroamericano*, *americano nativo*, *indígena*, *rebelde* y *feminista*, entre muchas otras. Hoy podríamos agregar a éstas las palabras *queer*, *no binario*, *trans* y *latinx*. Algunos de los términos que inventamos para nosotros mismos reflejan decisiones políticas saludables. Pero es importante que tengamos cuidado. Al adoptar algunos sin querer podemos adherirnos a definiciones identitarias colonialistas o que tienen alguna otra propiedad negativa. Por ejemplo, eso ocurrió cuando se dejó de utilizar la palabra *anasazi* porque significa “enemigo de la nación navajo”. En su lugar hoy se nombra a esos grupos como “indios pueblo”, aunque la palabra “pueblo” venga del castellano, es decir, de la lengua de quienes invadieron y conquistaron a muchas tribus. No he escuchado que esta contradicción se discuta mucho.

En la segunda mitad del siglo pasado también nos volvimos conscientes de cómo le habíamos impuesto al matrimonio un valor artificial. Las feministas se rehusaron a ser llamadas *señoras* o *señoritas*. En su lugar, en lengua inglesa inventamos el *Ms.*, que es más neutral. En los años setenta, cuando yo vivía en Cuba, *compañero* y *compañera* se volvieron comunes. Nos servían para referirnos a cualquiera que fuera

un colega, un amigo o un compañero de vida. Es triste que esa costumbre se haya ido borrando con los años. Tengo un poema que cuenta ese cambio y le rinde tributo a esa innovación del lenguaje cuya pérdida aún sigo llorando.

### Cuando la justicia se sentía en casa

Algo ha cambiado.  
Sólo los viejos amigos,  
aquellos que compartían los chicharos  
y el arroz blanco  
en las noches sofocantes de La Habana  
me dicen todavía *compañera*:  
designación dulce  
que significa camarada o amigo  
amante o familia  
en esos días luminosos  
cuando la justicia se sentía en casa  
con nuestro deseo.

123

Ahora, no pocas veces,  
es *señora*:  
regresión a la prehistoria  
cuando casada o vieja  
joven o vieja  
era de mayor importancia.

De todos modos, *compañera* y *compañero*  
están labrados indelebles  
en los troncos oscilantes de las palmas,  
en el granito de la Sierra Maestra  
y a lo largo de la costa oculta  
de una Isla que todavía grita libertad  
en los vientos huracanados.<sup>1</sup>

1 Reproduzco la traducción de Katherine M. Heeden y Víctor Rodríguez Núñez (nota del traductor).

Hoy la gente que no quiere adherirse a las viejas designaciones binarias (*ella* o *él*) ha llevado el problema de cómo nombrarse a sí misma a niveles mucho más complejos. En inglés se han inventado pronombres completamente nuevos, como un *they/them* singular y un *zi/hir*. En los espacios académicos estadounidenses es frecuente que la gente indique sus pronombres de preferencia después de haber dado su nombre. Desde el punto de vista lingüístico, a mí me cuesta trabajo usar el *they* cuando me dirijo a una sola persona. Al mismo tiempo, valoro esa resistencia frente a la absurda asunción de que sólo podemos ser un *ella* o un *él*. Es obvio que el arco de lo que somos es mucho más personal y complejo.

124

La manera en que nos nombramos a nosotros mismos va cambiando porque la comprensión más profunda de quienes somos produce, a su vez, una consciencia y una sensibilidad en constante transformación. Nombres como *negro*, *marimacho*, *puto*, *bollera*, *marrano*, *quedada*, *marica* y otros, pronunciados con odio por personas que quisieron denigrarnos, han llegado a ser reapropiados, reimaginados y puestos de cabeza por quienes fueron nombrados de esa forma. Por ejemplo, en ciertas situaciones un afroamericano puede usar *negro* para llamarse a sí mismo o dirigirse a otro afroamericano, y con ello expresa algo por completo diferente a cuando ese epíteto es usado por alguien con otro color de piel. *Bollera* ha sido reapropiado por algunas lesbianas cuyo aspecto físico puede ser más masculino o más femenino. Una mujer fuerte puede decirse a sí misma “gorda” y hacerlo con orgullo, pero esa misma palabra puede volverse un insulto en labios de otra persona.

En años más recientes, incluso la sociedad en general se ha ido volviendo más consciente del lenguaje racista y misógino usado en los comerciales y las letras de las canciones. Ha iniciado una discusión pública en torno a estos temas que se nutre de muchas posturas filosóficas y puede ir desde lo más condescendiente hasta lo más iluminador.

Pero vuelvo a Cuba. Durante los primeros años de la revolución, todos hablábamos usando más el *nosotros* que el *yo* en el momento de enunciar una opinión personal. Era un intento de identificarnos *con*, o de hablar *en nombre* de algún incorpóreo proletariado, y en retrospectiva lo siento vergonzoso e ingenuo. Cuando llegó el feminismo me volví consciente de la forma en que mi cultura hablaba de *los hombres* para referirse a los seres humanos, y comencé a incorporar la perspectiva de género en mi propia manera de hablar.

Como el español es un lenguaje con fuertes marcas de género, esto me ha sido más complicado en España y América Latina que en los Estados Unidos. Pero las feministas de esas partes del mundo también han encontrado maneras creativas de enfrentarse a los sesgos lingüísticos de género. En tiempos más recientes, cuando querían eliminar la marca masculina en el español escrito las latinoamericanas han comenzado a usar la *x* o la *e*, una combinación visual de los pronombres masculino y femenino, como una manera de indicar sustantivos neutrales que tradicionalmente terminaban en *a* o en *o*: por ejemplo, en *latinx*.

125

En el tiempo de mi vida, la manera en que las feministas hablan de sí mismas se ha ido volviendo más y más consciente e intencional. Ya no hablamos de que fuimos abusadas, violadas, golpeadas (como si la conjugación implicara algo que simplemente *pasó*, y que no tuvo a un perpetrador —o incluso como si la frase de alguna manera cargara de culpa a la víctima). Fuimos aprendiendo a decir “fulano abuso de mí”, “mengano me golpeó” — o me acosó, o que él se aprovechó, me humilló o me hostigó. Aprendimos a señalar a los responsables a través de la lengua, que es el primer paso para lograr una reparación. De manera similar, como ya dije arriba, no decimos que las personas son discapacitadas, sino que tienen una discapacidad; no decimos que están locas, sino que sufren un trastorno psicológico; no que son mendigos, sino que no tienen hogar (quizá, que

no lo tienen en este momento). En otras palabras, nos rehusamos a ser definidos por una condición que sólo describe una parte de lo que somos o por una situación personal por la que estamos pasando.

126

Cómo nos nombramos a nosotros mismos —literalmente, el nombre que nos dieron nuestros padres cuando nacimos, o el que decidimos adoptar después— es algo que puede tener implicaciones importantes en nuestra vida. Hablo desde mi experiencia personal. Antes de que yo llegara a este mundo, mi madre dio a luz a una niña más grande que sólo vivió unas horas. Su nombre era Margaret. Mi madre quedó embarazada de mí poco después de haber perdido a su primera hija; a menudo decía que sentía que me había estado cargando durante dieciocho meses, reuniendo así en uno los dos embarazos. Y también me puso el nombre de Margaret.

Me gusta mi nombre, pero a veces siento como si hubiera usurpado la identidad de una hermana que no conocí. Mi nombre completo es Margaret Jo. Resultó que el Jo no venía de una de las hermanas (la escritora) de *Mujercitas*, uno de mis libros favoritos cuando joven, sino de Josephine Lehman Davidson, la abuela materna que siempre me desagradó, y que me observaba cuando yo era bebé —porque de esto me di cuenta después— mientras mi abuelo materno abusaba sexualmente de mí.

Cuando era adolescente comencé a llamarme a mí misma con el nombre de Meg. Quería pretender que me habían puesto los nombres de Meg y Jo, mis dos hermanas favoritas en el clan de las *Mujercitas*. Sin embargo, ningún fingimiento logro reconciliar los nombres que me habían puesto con los personajes de aquel libro. Lo quisiera o no, me habían puesto los nombres de una hermana mayor muerta y de la abuela que detestaba. La gente que me conoce de una época anterior de mi vida a veces aún me dice Meg. Y a pesar de todos mis años en América Latina nunca

me volví Margarita. Ahora soy simplemente Margaret, una vez más, un nombre con el que me he llegado a identificar.

También mi apellido ha pasado por algunos cambios dramáticos. Nací como Margaret Reinthal, la única entre los hermanos que heredó el apellido de mi padre antes de que él y mi madre lo cambiaran a Randall. En algún lugar tengo una copia de mi certificado de nacimiento con el Reinthal tachado y el Randall escrito en su lugar. También produjo en mí una respuesta haber nacido con un apellido judío y con padres obviamente deseosos de borrar toda judeidad de su identidad. Pasé años intentando que mis padres admitieran la razón verdadera detrás de nuestro cambio de nombre. Lo sabía, pero quería que ellos me lo dijeran. Y, a pesar de no ser religiosa de ninguna manera, fui la única entre mis hermanos que se aferró a características que esperaba pudieran desafiar lo que sentí como una duplicidad por parte de mis padres.

127

Cuando me casé por primera vez, y en consonancia con las costumbres de esa época, tomé el apellido de mi esposo y me volví Margaret Jacobs. Cuando nos divorciamos, recuerdo haber pagado cien dólares para reinstalar el Randall. Cuando me casé con Sergio Mondragón en México, me volví Margaret Randall de Mondragón. De acuerdo con las costumbres españolas, las esposas eran "de" sus esposos, literalmente una propiedad, o por lo menos así era en sus apellidos. Después de que Sergio y yo nos separáramos, nunca volví a tomar el apellido de un esposo. Desde entonces me he mantenido siendo Margaret Randall. Barbara y yo hemos estado juntos por treinta y cinco años, pero nunca hemos hablado de mezclar nuestros apellidos o tomar el nombre de la otra. Somos individuos que se aman la una a la otra.

Cómo nos llamamos a nosotros mismos puede ser menos importante que lo que hacemos. Pero cómo nos llamamos también influye en lo que hacemos. Hemos llegado a

reivindicar identidades que reflejan mejor quienes después de haber comprendido el contexto histórico en que una fotógrafa quiso decir que era trabajadora más que artista (Dorothea Lange), aquel en donde una artista prefirió ser vista simplemente como artista, sin la connotación femenina (como ocurrió con la mayoría de ellas durante el siglo pasado), o aquel en que una poeta se rehusó a ser llamada poetisa.

Me digo a mí misma y las demás: ¡pon atención! Exige siempre que el lenguaje, en la medida de lo posible, no minimice, mal identifique, confunda, lastime, avergüence, hostigue o mate.



# Maquillajes

Nuestra sociedad valora el maquillaje. Hay maneras innumerables en que la gente, y sobre todo las mujeres, podemos quedar debajo del estándar de belleza en ese momento en boga. Podemos ser demasiado gordas, demasiado chaparras, demasiado altas, tener una nariz demasiado grande u ojos con la forma equivocada. Tener el cabello equivocado (usualmente, demasiado corto o demasiado encrespado) o una forma equivocada de vestirnos, lo que puede querer decir que somos muy masculinas o usamos ropa que no está a la moda. Todas estas condiciones han sido devaluadas socialmente, y causan que se nos devalúe por parte de quienes siguen los últimos consejos de la industria y quisieran creer que son mayoría.

Pero existen soluciones. La mayoría son caras, pero pueden hacerse sin salir de la casa. Todo lo que debemos hacer es mantenernos atentas a artículos de revista con

títulos como “pierde siete kilos en diez días”, “consejos para verte más joven”, “brilla desde adentro” o “vuelve a empezar a los 65”. Hay depilaciones y cremas para la piel, esmaltes para las uñas y lápices labiales. Hay permanentes y alaciadoras de pelo que seguramente arruinarán nuestro cabello, pero garantizan la salud de negocios de millones de dólares.

130 Hay programas de televisión que sólo tratan de maquillaje. La víctima (es decir, la elegida) aparece al inicio del programa, pálida y arisca, encorvada y resignada, con una sudadera tres tallas más grande, mallones y pantuflas gastadas. Su mirada dice que preferiría estar en cualquier lugar que no fuera el set, y su vergüenza nos dice que se sabe culpable de su apariencia inferior. Pero el equipo que va a maquillarla es entusiasta y confiado. Acompañado de un sugerente borbobón de música, toman a la mujer y se la llevan lejos de la vista de la audiencia.

Y las cortinas vuelven a abrirse justo antes de que termine el programa y antes de al menos siete comerciales que interrumpen anunciando todo tipo de productos de belleza. Estamos a punto de presenciar un milagro. Ahora la música se apresura, anticipante. Usualmente el esposo o los hijos de la mujer están allí cerca. Sus gritos de “¡Dios mío!” y “No lo puedo creer” seguramente le darán vivacidad al clímax. La mujer aparece, sonríe tímidamente, logra hacer algunos gestos de modelo y se da la vuelta completa para que podamos apreciar mejor lo que se hizo con ella.

Los colores atractivos y las líneas que adelgazan en su nuevo conjunto esconden los bultos más feos y la hacen ver más delgada y joven. Su nuevo peinado, que incluye un nuevo color y un nuevo corte en un tiempo sorprendentemente corto, le han restado cuando menos veinte años. Ella se para derecha, lo que siempre es útil en situaciones como ésta. El esposo corre a abrazarla y besarla, y tiene cuidado de voltear hacia la cámara y de aguantarse las lá-

grimas mientras exclama: “¡Ésta es la mujer con la que me casé!”. Los niños dicen que durante años quisieron que su mamá se viera así. Nadie menciona el montón de trabajo doméstico que todavía se le exigirá, o cómo hará para mantener su nueva rutina mientras continúa con sus tareas de madre y esposa.

Ninguno de esos arreglos se sostiene. Como la mayoría de los trucos de magia de los medios masivos, ellos dependen de un montón de secretos del oficio. Incluso así, esos programas siempre logran los mayores ratings. Todas las mujeres fuimos condicionadas para creer que necesitamos a un hombre y que sólo le gustaremos si somos delgadas, elegantes y alegres. Todos los hombres están condicionados para desear a ese tipo de mujeres.

131

Mientras crecía en la conservadora década de los cincuentas, me resistí a los mensajes estereotipados sobre las mujeres enviados por aquella sociedad. Recuerdo cómo prometía mi madre que cuando fuera mayor podrían “arreglar mi nariz”, y cómo me negué a esa promesa. Sin duda ayudó que me moviera en círculos de artistas. Usualmente vestía con una camisa y unos pantalones de mezclilla. Llevaba el cabello largo, a veces recogido en una cola de caballo o con un moño. En México me gustaban los brillantes huipiles que llevaban las mujeres indígenas de aquel país y de Guatemala.

Me maquillaron por primera y última vez cuando vivía en México, creo que en algún momento alrededor de 1966. Teníamos a un montón de visitantes, artistas y escritores que venían de muchos lugares del mundo atraídos por la revista literaria bilingüe que mi esposo de aquellos tiempos y yo fundamos y coeditamos a lo largo de toda esa década. Una de esas visitantes — la llamare La Poeta — era una mujer que, al contrario de la mayoría de sus colegas, se arreglaba el cabello y llevaba un maquillaje que podría haber sido hecho por un maquillista profesional.

Apenas llevaba una hora con nosotros cuando se ofreció a maquillarme. Mi primer impulso fue decirle que gracias, pero no, gracias. Pero fue muy convincente y me dio curiosidad. Pensé que por qué no. Así que ella y yo nos retiramos al segundo piso en donde, según dijo, no tardaríamos mucho en lograr mi transformación. No recuerdo a detalle sus intrigas. Seguramente incluyeron una base, lápiz labial, delineador y sombras. Sí recuerdo el entusiasmo de La Poeta mientras trabajaba conmigo. Era como si le hubieran dado un lienzo vacío y una paleta de colores.

132

Y recuerdo que descendí las escaleras hacia la sala una vez más para mostrarme ante los demás. Mi pequeño hijo, Gregory, que debería haber tenido siete u ocho años, se echó a llorar. “¿Dónde está mi mamá?”, gritó.

Subí corriendo las escaleras y limpié vigorosamente mi cara con una toalla. Borré la mentira lo más rápido que pude. Fue la última vez en que me desfiguré de esa forma. Mi amistad con La Poeta se enfrió después de ese día. Yo siempre supe que no me gustaban las industrias de la moda y el maquillaje que convencer a las mujeres (incluso se podría decir que las fuerzan) para que gasten millones que les permitirán amoldarse a una apariencia particular. Pero ahora había experimentado ese engaño en mi propia piel.

Las lágrimas de mi hijo fueron una poderosa reprimenda.

Hoy, cuando estoy en mi novena década, me enfrento con un reto distinto. Tiene que ver con cómo quiero mostrarme en mis fotografías. Como soy escritora, a menudo me piden hacerme un retrato que adorne la contraportada de algún libro o acompañe una entrevista. Siempre me pareció que las mujeres que mandan fotos donde aparecen veinte o treinta años más jóvenes son representantes de mi género bastante decepcionantes. Después de todo —pensaba—, deberíamos estar orgullosas de la evidencia del paso del tiempo que nos ha regalado nuestra experiencia.

Pero hay diferencias entre una imagen que muestra la belleza natural de la edad madura y otra que revela la flacidez de cada arruga, cada cabello no deseado y cada mancha de la piel. Últimamente me he enfrentado con esta pregunta: ¿utilizo una fotografía que me muestre como fui hace poco tiempo, cuando los signos iniciales de la edad ya se mostraban en mi rostro pero todavía podían considerarme una atractiva mujer mayor, o una foto tomada el día de hoy, cuando los inicios de una barba cubren la parte inferior de mi rostro y todo él es como una máscara de decadencia innegable?

Espero que siempre tenga la fuerza para mostrarme como soy, con todos los cambios delatores que me han regalado los años.



# La edad de las mentiras

Si dentro de cien años sigue habiendo vida humana y hay personas que investiguen nuestra época, puede que se refieran a ella como la Edad de las Mentiras, la que vino después de la Edad de las Luces o la Edad de la Razón. O, como se hace con las eras rodeadas de niebla prehistórica (como el Cretácico o el Jurásico), puede que digan que el nuestro fue el Periodo de las Mentiras. Para que eso ocurriera, los investigadores tendrían que haber guardado alguna noción de lo que es la verdad, y tendrían que saber cómo sortear las definiciones engañosas para encontrar lo que en realidad sucedió. Puede que eso no sea fácil: las mentiras engendran mentiras y el habito de la verdad se erosiona, a veces de manera permanente.

Incluso hoy, mientras escuchamos o leemos simultáneamente descripciones de nuestras vidas que sabemos equivocadas, incluso mientras habitamos realidades com-

pletamente diferentes a esas que falsamente nos retratan, nuestras acciones demuestran una tendencia a creer lo que se dice o se escribe de nosotros, más que a confiar y defender nuestra propia experiencia.

Una investigación hecha desde una época distante será aún más difícil.

Una cosa que es importante entender sobre las mentiras es que el poder las perpetúa y las protege. Cuando se le pone freno el poder tenemos muchas menos mentiras.

136 Miremos algunos ejemplos. Voy a limitarme a los Estados Unidos, aunque sea claro que mi sociedad no es única en su capacidad de engañar. Por ejemplo, un problema tan básico como la disparidad de los ingresos. Está la muy bien preparada mentira de que cualquiera que trabaje mucho puede tener éxito. Si eres pobre es porque eres flojo. En estos días incluso la que una vez fue clase media sabe que esto no es cierto. Y en los Estados Unidos la mayoría creemos ser clase media.

Literalmente a cada minuto los ricos tienen más, y los pobres menos. Para 2018, el 1% de los más ricos del mundo tenían más que el restante 99%. Pero aquí no se necesitan estadísticas para mostrar lo que nos está pasando (a menudo se las puede sacar de contexto o son, en sí mismas, representaciones falsas). El dolor es palpable.

Todos los políticos prometen que repararán esta injusticia de una manera u otra, y casi todos ellos mienten cuando desarrollan sus posiciones. Los que están en la izquierda ofrecen promesas exuberantes. ¿Cuántas veces hemos recibido una carta en el buzón que clama “¡McConnell se va!”, como si ese Himmler del senado ya hubiera sido derrotado, o estuviera a punto de hacerlo si tan sólo hicieras un pequeño donativo?<sup>1</sup> La derecha no se avergüenza de

1 A fines del año 2020, el Partido Demócrata enviaba casi un correo al día a sus afiliados alegando, falsamente, que McConnell, líder repu-



apilar mentira sobre mentira. Quienes aspiran a un cargo prometen que crearán empleos, que castigarán a las corporaciones “demasiado grandes para quebrar”,<sup>2</sup> que diseñarán de nuevo nuestro sistema impositivo o arreglarán alguno de sus muchos vacíos, que atraerán empresas o cualquier otro propósito más de entre muchos posibles. Los que se muestran poco sensibles con los pobres serán criticados por la mayoría de nosotros; los que tengan la retórica más inclusiva ganarán nuestros aplausos. Pero, al mismo tiempo, la desigualdad crece y los trabajos recién creados ofrecen cada vez menos y vienen con menos derechos. Sólo el 3.8% de los trabajadores estadounidenses están hoy sindicalizados, y mil intrigas ocultan el hecho de que los ricos continúan acaparrando dinero en detrimento del trabajo que lo crea. La crisis del COVID-19 ha arrojado al mundo a una crisis económica y de salud como la que pocos de nosotros vimos en nuestra vida. Aún está por verse qué consecuencias dejará esta crisis.

137

Sin importar su partido político, casi cualquier político desarrolla astutas maneras de hablar sobre cada uno de estos problemas. Cada uno de ellos promete el cambio, pero olvida mencionar que ese cambio llegará sólo si una mayoría lo vota en el congreso y un presidente lo convierte en ley. Las promesas de campaña se olvidan cuando llegan a sus puestos, y la naturaleza del sistema político norteamericano hace que sea casi imposible obligarlos a cumplir. Y las mentiras se han ido desarrollando poco a poco, hasta que la gente ya no sabe a quién creerle o qué creer.

blicano del senado, no iba a ser reelegido, y pidiéndoles dinero para asegurar que así sería. En realidad, McConell nunca estuvo en peligro de perder la reelección (nota de la edición mexicana).

- 2 En Estados Unidos, durante la crisis económica de 2008, bancos y compañías automotrices fueron rescatados por el gobierno bajo el argumento de que dejar que estas compañías quebraran habría representado una amenaza peligrosa para la economía del país (nota de la edición mexicana).

Dentro de este panorama continúan existiendo y profundizándose todo tipo de desigualdades secundarias. Las mujeres ganan ochenta y ocho centavos por cada dólar ganado por un varón y nadie paga nuestra labor “invisible” en los hogares. Las minorías (algunas de ellas serán mayorías muy pronto) continúan ganando menos y tienen un acceso cada vez más restringido a mejores trabajos. La COVID-19 ha disparado estas cifras: en diciembre de 2020, mientras escribo, treinta millones de trabajadores norteamericanos han perdido su trabajo.

138

La educación pública se vuelve cada vez más precaria mientras que escuelas privadas, estrafalariamente caras, adiestran a nuevas generaciones de líderes adinerados a las que se les enseña a mentir con una sofisticación cada vez mayor. Los más afectados votan por aquellos cuyas propuestas están más lejos de sus intereses sólo porque sus mentiras se presentan con mucha convicción. Y las mentiras continúan acumulándose. ¿Nos preguntamos por qué se dice que la seguridad social es un privilegio, cuando se paga con dinero que ganamos a lo largo de nuestras vidas y que fue sustraído de nuestros cheques?

Los estudios complicados, las estadísticas, las encuestas y las campañas de propaganda tejen todas juntas una trama que puede ser convincente, pero también deshonesta. No sorprende que haya tanta gente sin interés en votar cuando los resultados de las elecciones a menudo quedan determinados por mentiras flagrantes, intimidaciones, fraudes y obscenas cantidades de dinero.

Otro tema lleno de mentiras es el de la salud y el bienestar de la gente. La verdad es que en Estados Unidos tenemos dos programas de salud que en general han demostrado ser eficaces a lo largo de los años: Medicare y la Administración de Salud de los Veteranos. Ambos tienen problemas, y podrían ser simplificados y mejorados. Pero en lugar de modelar un sistema universal de salud a partir de alguno

de estos dos exitosos programas, hemos permitido que el miedo fabricado hacia la “medicina socializada” y nuestra dependencia de las compañías farmacéuticas y de seguros nos mantengan en un camino que les permite hacer negocios. La cosa se solucionaría sólo con extender el Medicare a cada ciudadano desde el momento en que nace. Podríamos pagar la cobertura universal eliminando el complicado sistema diseñado para hacer ganancias que tenemos hoy, con su montaña de trámites y su amplio margen para la corrupción. La crisis del COVID-19 desnudó las terribles desigualdades en nuestro sistema de salud. Como siempre, los que están abajo (doctores, enfermeras, camilleros, personal jubilado) han dado un heroico paso adelante y hacen lo posible para salvar vidas.

139

La tarea de educar a nuestros hijos también ha quedado atrapada en un pantano de encubrimientos e imposturas. Esperábamos que después de la ley No Child Left Behind, perversamente diseñada por George W. Bush, el siguiente gobierno se enfrentaría con seriedad a un problema que hace que nuestro país tenga cada año una peor calificación en la habilidad de enseñarle a pensar a los más pequeños. Pero nuestro sistema educativo sigue maniatado por un énfasis excesivo en pasar exámenes. A lo largo de todo el gobierno de Trump sufrimos a una pandilla que de manera intencional mantuvo sin auténtica educación a nuestros niños. Hay mucho daño por deshacer.

La seguridad nacional se ha convertido en otra excusa peligrosa donde caer en demasiadas mentiras políticas. Sin duda, el miedo es la mejor manera de mantener a flote las mentiras. Los mensajes se alternan: en un momento hay “pruebas dignas de crédito” de un nuevo ataque que está a punto de iniciar, en el momento siguiente se nos dice que no debemos preocuparnos, que estamos seguros gracias a la vigilancia ilegal y los allanamientos, que se han vuelto cosa de todos los días. Ese estado de tensión constante,

que se mezcla con maneras racistas de clasificar a la gente y con una nueva tolerancia hacia el uso de violencia letal por parte de nuestros garantes de la ley y el orden, no nos ha traído sino caos, un permanente estado de guerra, tortura ilegal, daños colaterales incapaces de conmover una maltrecha sensibilidad pública y un falso sentimiento de seguridad. Y una invasión digital sobre nuestras vidas, en muy buena medida invisible, nos vuelve cada vez más vulnerables frente a un sistema mentiroso.

Cada vez es más fácil mentir. Ellas se aceptan con mayor facilidad y quedan cada vez más impresas en el espíritu de mi nación.

140

Pero el arte puede exponer las mentiras perpetradas por un sistema. En el arte —en la música, la poesía, el teatro, las artes visuales— a menudo es posible encontrar verdades que los funcionarios preferirían que no supiéramos.

Lo que, desde mucho antes del 9/11, hemos necesitado es una conversación honesta y profunda sobre el rol de mi país en el mundo, de las maneras en que él ha dado a luz y dotado de armas a algunas de las fuerzas que hoy se enfrentan con nosotros, y de cómo un cambio en nuestra manera de actuar podría llevar a una paz sostenible. Necesitamos una evaluación honesta de nuestros crímenes de guerra, presentes aunque hayamos pontificado contra los crímenes de guerra cometidos por los otros. Muchas naciones (como Sudáfrica, Chile, Guatemala, Uruguay, Argentina, Perú, Bosnia y Ruanda, entre muchas otras) han establecido comisiones para la paz y la reconciliación o llevado a juicio a los responsables de atrocidades. Esos esfuerzos permitieron que la gente reemplazara las mentiras con verdades. Estados Unidos necesita embarcarse en una tarea así. Sin ella será imposible tener una memoria completa.

En todos lados los seres humanos desean el mismo tipo de cosas: libertad, paz, dignidad, trabajo, comida, un lugar donde resguardarse, tener salud, un futuro. La verdad es el

primer paso hacia todas ellas. Hay que identificar a los perpetradores, dando sus nombres y apellidos, como nos han enseñado los sobrevivientes de abusos sexuales. Hay que permitir que quienes fueron reducidos a víctimas hagan uso de la palabra para reescribir la historia oficial. Ese sueño se hará realidad solo a través de un intercambio humano que se juegue en un terreno justo. Por parte de Estados Unidos, los únicos pasos realistas tendrán que ir en la línea de la humildad y la autocrítica, lejos de su permanente actitud bravucona.

Pero la humildad y la autocrítica no se llevan bien con la telaraña de mentiras. Y hoy hay un asunto aún más grande y urgente que exige nuestra atención: el cambio climático global y el rápido agotamiento de recursos necesarios como el agua potable, la comida y el aire. La desigualdad, la falta de salud, la mala educación e incluso los estragos de la violencia y la guerra ocupan un segundo lugar si no tenemos un planeta sostenible.

141

La ciencia muestra con claridad que las emisiones de carbono producidas por el hombre están incrementando la temperatura de la tierra, derritiendo las capas de hielo, causando tormentas masivas y elevando de manera alarmante los niveles del mar. Hay gobiernos y organizaciones internacionales que llevan décadas hablando del cambio climático, pero con raras excepciones, este problema ha sido visto más como una pelota arrojada de gobierno a gobierno que como una amenaza innegable.

En la mayoría de las discusiones quienes tienen poder saldrán favorecidos y se sentirán con privilegios. Pero, a pesar de que crean que, de alguna manera, sus hijos y nietos podrán escapar de un escenario apocalíptico, a largo plazo ellos son tan vulnerables como quienes no tienen poder. Quizá ellos puedan aguantar un poco más mientras que estos sufren primero. Pero aquí hablamos de la pérdida de la humanidad, así como de lo que la humanidad ha producido: el arte y la literatura, la música, los avances científicos,

el conocimiento y el misterio. Y hablamos también de todos los animales, insectos y árboles que hay.

Nunca antes hubo tanto en riesgo.

Y nunca las mentiras se tejieron de manera tan experta. La llamada imparcialidad se ha vuelto la consigna de nuestro tiempo. Se le da a los negacionistas del cambio climático un lugar equivalente al de los científicos que investigan signos de peligro inminente. El mito de que todos debemos tener la misma representación permite la aparición de dudas mentirosas. “Protejamos al poder” es el mantra por el que vivimos hoy, y los pobres y desprotegidos se han vuelto prescindibles.

142

A menudo ocurre que cuando una mentira ha sido bien construida desmentirla se vuelve difícil. Una red de mentiras, concebidas, producidas y sostenidas por las estructuras gubernamentales, militares y corporativas más poderosas de la historia, es aún más compleja y más difícil de exponer.

Pero no es una tarea imposible.

Los líderes dictatoriales o autoritarios han sido derrotados, incluso si por un tiempo fueron todopoderosos. Se tratara de Hitler o de Stalin, de Pol Pot o Pinochet, de Cheney o de Trump. Ejércitos pequeños compuestos por valientes opositores lo sacrificaron todo por una causa que sabían urgente. Esos desobedientes atrajeron a otros y el bien triunfó sobre el mal: la verdad sobre la mentira.

Los sistemas políticos autoritarios se han derrumbado. La iglesia católica, con su intocable Vaticano, durante mucho tiempo toleró y protegió a una jerarquía todopoderosa que abusaba de mujeres y niños, y promulgó un código legal para controlar a grandes números de feligreses. Pero algunas voces valientes (muchas de ellas venían de esas mismas mujeres y niños) iniciaron una lucha en contra de la mentira, y hoy representan la fe de millones de personas.

Hoy, a lo largo del mundo, las mujeres se ponen de pie para luchar por la igualdad de género. El movimiento #MeToo se volvió viral y exigió responsabilidad a los va-

rones que se han sentido con el derecho a usar y abusar cotidianamente de las mujeres. El año de 2020 en que estoy escribiendo mostró la feroz determinación de las mujeres a través de manifestaciones y marchas masivas en el Día Internacional de la Mujer, el 8 de marzo. Y en México, al día siguiente las mujeres convocaron a una protesta que recuerda a Lisístrata al rehusarse a dejar sus hogares. Millones se quedaron en huelga sin siquiera usar las redes sociales. Protestaron por los feminicidios que matan a diez mujeres mexicanas cada día. Estimaron que su acción le había costado al país más de un billón de dólares.

Hoy somos testigos de un desmantelamiento de una práctica criminal. Él es lento y desigual, pero también eficaz.

143

Para atravesar esa fachada de mentiras, hoy en todas las áreas del esfuerzo humano los pensadores y hacedores enérgicos hacen uso de la educación y la organización, la ley y los argumentos. Y también hacen uso de verdades evidentes.

Al inicio de este texto evocaba una Era o un Periodo de Mentiras, parecido a la Edad de la Razón o el Periodo Jurásico. En tiempos de trauma extremo, aquellos que escogen la integridad a menudo están motivados por una reflexión sobre qué le dirán a sus hijos cuando ellos les pregunten qué hicieron cuando las grandes mentiras amenazaron la vida. ¿Qué se dirá de nuestra época si no somos capaces, como pueblo, de enfrentarnos a aquellos que nos están destruyendo?

La antropóloga cultural Margaret Mead (1901-1978) una vez dijo: “No duden nunca de que un grupo pequeño de ciudadanos reflexivos y con compromiso pueden cambiar el mundo: la verdad es que son los únicos que alguna vez lo han logrado”. El cambio ocurre cuando una persona, y después muchas, deciden que han tenido suficiente y toman un primer paso juntos. Ocurre cuando alguien se atreve a señalar que el emperador va desnudo. Y entonces otros se dan cuenta —quizá al principio son pocos. Después llegarán otros, y después serán muchos más.





## ¿Shakespeare era un poeta político?

Nunca he escuchado que alguien diga que Shakespeare era un poeta político o que escribió teatro de protesta. Simplemente, en su día se le apreciaba, como sigue pasando hoy, por su gran talento para crear personajes, presentar situaciones y contar historias que reflejan los gozos y dilemas centrales de la vida: el amor, el miedo, la muerte, los celos, los tabús y la lucha para mantenerse fiel a uno mismo. Y puso en práctica ese talento de manera maravillosa. Su vasta producción, su dominio del lenguaje y su capacidad para dar cuenta de los problemas del momento —que resultan ser los de todos los tiempos— han hecho que su obra perdure.

En la mayoría del mundo se considera psicológicamente profunda a la escritura bien hecha que retrata la lucha que tenemos con nosotros mismos y los otros. Se cree que ella funciona como un mapa útil para ayudar a que lectores y escuchas puedan entrar en contacto con sus pro-

pías vidas, aprender de experiencias ajenas y sensibilizarse hacia emociones que no siempre encuentran expresión en el discurso mundano del día a día. Pero en los Estados Unidos, a partir de la caza de brujas macartista<sup>1</sup> de mediados del siglo XX, los poetas y escritores que examinaban la relación entre poseedores y poseídos y hacían preguntas sobre la clase, el racismo y otras áreas de conflicto social terminaron por recibir la etiqueta de “políticos”. A menudo el término quería ser peyorativo. Es una situación ominosamente similar al tipo de censura que ha existido en estados duramente autoritarios, más que en aquellos que se proclaman democráticos.

146

En los Estados Unidos, decir que cierto tipo de poesía es política no es afirmar que pertenece a un género sino ponerle una etiqueta encima. Es hacerle una acusación que la limita y la ridiculiza. Es una forma de menospreciarla, así como se menosprecia a algunos poetas cuando se dice de ellos que son regionales o locales, implicando que merecen el título de poetas en su localidad pero no en un escenario más grande. “Poeta político” es un epíteto que refiere a un escritor mediocre cuya obra es, cuando mucho, propaganda, y en el mejor de los casos una escritura comprometida con ideas

- 1 Durante la Guerra Fría, que fue consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, el senador Joseph McCarthy (1908-1957) alegó que espías comunistas y soviéticos se habían infiltrado en las instituciones políticas, universidades, empresas cinematográficas y en otras áreas de la vida intelectual de Estados Unidos. Llamó a audiencias en donde citó e interrogó a gente acusada. Muchos denunciaron a colegas suyos. Otros no quisieron hablar. Muchos perdieron sus trabajos o fueron llevados a la cárcel. Algunos se suicidaron. Entre las muchas consecuencias de este periodo está el sentimiento de que tener un punto de vista progresista puede volverse un impedimento para vivir de mejor manera. El efecto gélido sobre la literatura norteamericana se mantuvo por muchos años después de que McCarthy mismo cayera en desgracia. El paño opresivo del macartismo aún pervive en algunos círculos académicos el día de hoy.

que son de alguna manera inferiores a las ideas que sí pertenecen a la poesía, pues, según se dice, este género debería estar más allá de consideraciones mundanas de ese tipo.

También hay gente que utiliza la etiqueta de “poeta político” de forma neutral, o que incluso pueden decirlo como un cumplido. Lo que ellos no comprenden es que todas las definiciones de este tipo circunscriben y limitan. A pesar de la existencia de siglos de exquisita poesía amorosa en todas las lenguas del mundo, cuando decimos que fulano “escribe poemas de amor” a menudo queremos decir que produce el tipo de versos azucarados que pueden encontrarse en las tarjetas de regalo de Hallmark. Cuando decimos que alguien es un poeta pastoral o paisajístico, queremos decir que su obra es contemplativa y tiene un tono menor, falto de los contrastes que resuenan cuando se escribe de temas distintos; no los imaginamos describiendo el drama de monumentales eventos climáticos o el efecto que el calentamiento global está teniendo sobre nuestro planeta. En una sociedad donde la política ha sido reducida a las groseras luchas de poder entre personas que tuercen el lenguaje y los hechos para su beneficio personal, llamar a alguien “poeta político” es una manera de estigmatizarlo.

147

Escribo sobre todo lo que me toca: del paisaje desértico de mi Nuevo México; de las realidades de ser mujer, feminista, lesbiana, madre, abuela y bisabuela a principios del siglo XXI; de la memoria, de cómo se la borra y de su impulso permanente; de la vergüenza, la crisis, la injusticia, el miedo, la muerte y mi experiencia de todos los días. La política pide atención en medio de ese abanico amplio y diverso. No la estrecha política partisana que caracteriza a ambos extremos del espectro (ésa es una expresión que le gusta decir a los comentaristas), sino los temas profundamente políticos que invariablemente heredamos y que influyen en las formas en que elegimos vivir. Mis poemas tienen más preguntas que respuestas. En ellos exploro el

tejido subterráneo más allá del camuflaje de los eventos del día a día. Como no hay nada ajeno a mi pluma, y ello incluye los problemas políticos, frecuentemente se me ha llamado “poeta política”.

Me rehúso a esa etiqueta.

148 El viaje de mi vida me llevó desde mi nacimiento en la época de la Guerra Civil Española (a la que a menudo se refieren como “la última guerra que valió la pena”), a una infancia en un suburbio neoyorquino de clase media alta, al oeste hacia Nuevo México con mis padres y hermanos en la década del cuarenta, a la adolescencia en el Estados Unidos pueblerino de los anquilosados años cincuenta, de regreso a Nueva York al final de esa década, en donde viví junto a los pintores del expresionismo abstracto y los poetas beat, y después a México durante la turbulenta década de los sesenta, a la Cuba revolucionaria en los setenta, a Nicaragua en los ochenta cuando una nueva revolución popular daba sus primeros pasos, y finalmente a un retorno a mi tierra natal, donde fui forzada a pelear contra una deportación ordenada por un gobierno norteamericano que consideraba que algunos de mis libros iban “en contra del buen orden y la felicidad de los Estados Unidos”.<sup>2</sup>

¿Habría sido posible que yo escribiera de forma acertada y convincente sobre mi época y los lugares en que he vivido si en mi obra no hubiera incluido observaciones políticas? Y sin embargo, también estaba absorbiendo culturas, lenguas, pueblos, costumbres y paisajes. Y todo ese tiempo seguí amando, siendo madre, maravillándome ante

1 En 1967, mientras estaba casada con un mexicano, adquirí la nacionalidad de ese país. Cuando regresé a los Estados Unidos en 1984, el gobierno invocó la Ley de Inmigración y Nacionalidad McCarran-Walter de 1952 para ordenar mi deportación por las opiniones expresadas en algunos de mis libros. El juicio duró cinco años y lo gané en 1989. La cita entrecomillada viene de una de las resoluciones en mi contra.

la naturaleza y siguiendo muchas otras pasiones. Todos esos elementos encontraron lugar en mi poesía, y la verdad es que encuentro lo que quiero decir precisamente cuando ellos se encuentran.

A inicios de 2020 el mundo fue asaltado por una plaga, una enfermedad parecida a la influenza y altamente infecciosa que enfermó a la gente y la mató a lo largo del mundo atravesando todas las fronteras económicas, sociales y políticas. El primer caso parece haber ocurrido en Wuhan, China, y fue un pretexto perfecto para culpabilizaciones racistas. Es bien sabido que los miembros más pobres y vulnerables de nuestra sociedad sufrieron mucho más que aquellos protegidos por la riqueza o el privilegio. Los apoyos llegaron de manera desigual e inadecuada. Se trató de una crisis de salud pública, pero también de una situación altamente política. Las estadísticas aparecían diariamente, pero fueron incapaces de contar una historia imparcial. Sólo mostraban una imagen influida por la desigualdad. Generaron un caos hecho de miedo, pero fueron incapaces de mostrar las formas en que la pandemia afectaba el mundo que habíamos conocido hasta entonces. La diferencia entre las formas en que la crisis se enfrentó por parte de las naciones que se preocupan por sus ciudadanos y aquellas otras que tienen regímenes neofascistas ilustró esa desigualdad en términos crudos y brutales. Entonces todo parecía político. Y la verdad es que todo era político, pero también profundamente humano.

149

Me encontré a mí misma escribiendo poemas desde y sobre la pandemia. Ellos surgieron de un oleaje sostenido de creatividad. A veces escribía dos o tres, o incluso más, en un solo día. Comencé a subirlos a Facebook. La gente comenzó a responder a ellos. Me pareció claro que estaba haciendo preguntas que otros se estaban haciendo, que buscaba respuestas y encontraba sólo listas de buenos deseos. Que estaba expresando miedos y esperanzas com-

partidos. El mundo cambiaba alrededor mío. ¿Qué tipo de mundo tendremos cuando hayamos pasado por esta devastación? ¿Lograremos atravesarla?

150 Pronto me di cuenta que tenía entre mis manos un libro. Le llamé *Estrellas de mar sobre una playa: los poemas de la pandemia*. Casi al mismo tiempo que los escribía, una maravillosa traductora en Buenos Aires<sup>3</sup> me preguntó si podía trasladarlos al español. En julio apareció una edición bilingüe en Editorial Abisinia de Argentina y Editorial Escarabajo de Colombia. En octubre, Wings Press publicó una edición en inglés para los Estados Unidos. Un par de estudiantes chinos en Minneapolis tradujeron varios poemas al mandarín. Hoy me continúan llegando peticiones para entrevistarme sobre el proceso de escribir esta colección y revistas de tres continentes continúan pidiendo permiso para publicar fragmentos de ella.

Ese conjunto de poemas refleja la política de la pandemia, y también el miedo que ella engendró, los pequeños actos de bondad entre individuos y los crueles actos de abandono por parte de las fuerzas poderosas en juego. El riesgo nos abre a lo que pudiera venir. Los prejuicios sociales, las tendencias culturales y los desenlaces inesperados tienen todos un lugar en el libro. ¿Se trata entonces de poemas políticos escritos por una poeta política? ¿O son, como todos los poemas que he escrito, reflexiones sobre la vida que conocemos en un particular momento del tiempo: la rendición de un testimonio, un dar rienda suelta a las visiones haciéndole espacio a la imaginación?

¿Cómo es que las palabras que siempre tuvieron significados neutrales adquieren otros negativos en la conciencia colectiva? Hemos visto cómo esto ocurre a menudo. El comunismo fue una de las muchas formas de organizar la sociedad, igual que el socialismo o el capitalismo. Después

de la victoria de la Revolución rusa y el Estado soviético, McCarthy y los que se le parecían consiguieron convertirlo en un estereotipo: el comunismo se volvió un cajón de sastre, un gobierno rígido y autoritario que no quería nada más que destruir el *american way of life*. Y esa connotación popular persistió mucho tiempo después de la caída de la Unión Soviética y la disolución del comunismo internacional. La palabra “liberal” ha sufrido una distorsión similar, y el neoliberalismo fue saludado como una política saludable cuando en la práctica se tradujo en dominación y explotación para millones. De manera similar, la globalización ha sido promocionada como una unificación entre los pueblos, cuando en realidad ha generado una brecha nunca antes vista entre los muy ricos y los pobres más miserables.

151

Se ha torcido la palabra “ideológico” para nombrar a la gente o las ideas de izquierda cuando su sentido original refiere a cualquier sistema de ideas, de derecha o de izquierda. Lo mismo puede ser dicho de la palabra “político”. Cuando la gente de derecha nos acusa de ser “demasiado políticos”, están diciendo que estamos demasiado a la izquierda, cuando en realidad ser político sólo quiere decir que se entiende políticamente el mundo. Cuando se dice que aquellos de entre nosotros que escribimos poesía somos “poetas políticos”, se nos está diciendo que nuestros poemas tienen un punto de vista de izquierda. La verdad es que toda expresión afirma un punto de vista perteneciente a algún tipo de tendencia. El discurso que evita tomar posición asume por sentado una que es, probablemente, conservadora.

Durante la presidencia de Trump se torció como nunca antes las palabras y los sentidos. “Antifa”, por ejemplo, que viene de antifascista, se convirtió en un epíteto. El término “cultura de la cancelación” todavía se aplica hoy a movimientos que derriban estatuas de líderes racistas y retiran nombres ofensivos de los equipos deportivos. La idea de la cultura de la cancelación implica que aquellos

de entre nosotros que estamos construyendo un cambio buscamos borrar la cultura o la historia más que proveer un correctivo necesario a esa plétora de estatuas ofensivas que denigran nuestro paisaje. Y yo sé demasiado bien cómo la palabra "feminista" ha sido degradada al punto de que toda una generación de mujeres que creyó en la igualdad se rehusó a ser identificada como feminista. Por la pura fuerza de la repetición las mentiras terminan siendo aceptadas como verdades. Es bastante malo que no hayamos sido capaces de recuperar la palabra "político" y de restaurarle su significado apropiado.

152

Si no podemos reclamar lo político como una parte natural de la vida, que al menos se nos permita condenar y rebatir la condescendencia con la que se usa esta palabra, como quizá lo habría hecho Shakespeare mismo.



# El dictador

Quizá cuando era niño intentó, desesperado, agradarle a un padre frío y distante. Quizá su madre haya intentado tratarlo con amor, enseñarle a ser empático, pero estuvo demasiado ocupada enfrentando los maltratos del padre. Quizá vio cómo su padre, un hombre de negocios exitoso, era admirado en la comunidad. Quizá fue acosado en la escuela y aprendió que, si se volvía el bravucón más peligroso, sus acosadores se mantendrían alejados: la debilidad era, claramente, una desventaja. La debilidad, o la apariencia de debilidad. Sus modelos masculinos quizá habrán sido, todos, sexistas, racistas, dominantes y en posiciones de control: todas, cualidades muy valoradas por los hombres que quizá habrá conocido...

O quizá nada de esto sea verdad. El futuro dictador pudo haber tenido una infancia perfectamente feliz. Quizá ninguna educación pudo haberlo llevado a un camino distinto. Quizá llevaba la enfermedad en los genes. El patriar-

cado crea un caldo de cultivo perfecto para comportamientos como el suyo, y los varones decentes deben pelear contra él, de la misma manera en que todos debemos pelear contra el miedo hacia "el otro" con que nos educan desde la cuna.

Sea cual sea el caso, el egoísmo agresivo debió haberle ayudado al futuro dictador a tener todo lo que deseaba. Es claro que por él logró alcanzar el poder, y que ese poder lo hizo sentirse bien. Que ninguna otra cosa lo haría sentir así.

154 Que, mientras creció, su éxito en sociedad, y la apariencia de éxito, le hicieron sentir que iba por buen camino. Que las mentiras y encubrimientos le ayudaron a convertirse en líder mafioso. Que se caso con la mujer más hermosa y complaciente que lo quiso soportar, y que la cambió por un modelo más joven y bonito en el momento en que ella comenzó a envejecer. Que a cada nueva mujer le compró los diamantes más grandes, los abrigos de piel más caros y ostentosos. Y que en la oscuridad también gozó con un menú propio de mujeres. Que creía tener derecho sobre ellas. Que dio por descontado que ellas se sentirían halagadas por sus propuestas. Que el futuro dictador le enseñó a sus hijos, especialmente a los varones, a ser tan parecidos a él como fuera posible para que también ellos tuvieran su propio menú de glamorosas mujeres.

Que cuando fracasaba en una operación de negocios, mentía y exageraba las ganancias que vendrían. Que consistentemente le echaba a otros la culpa por sus propios errores. Y que logró construir un imperio a partir de éxitos falsos, precarios pero brillantes.

Y que entonces el futuro dictador decidió que quería más poder, el poder necesario para ser dueño de una nación, o del mundo quizá. Contendió por el puesto más alto de todos. Nadie, incluyéndose a él, creyó en la posibilidad de ganar. Era demasiado heterodoxo, demasiado burdo... Pero para ese momento ya era experto en manipular el miedo de la gente y validar sus instintos más

viles. El racismo. El clasismo. El sexismo. La homofobia. La xenofobia. El deseo de humillar a los más vulnerables. Un lenguaje que la gente querría escuchar, imitar, utilizar, porque validaba sus sentimientos más incómodos. Y conforme las manifestaciones se acumulaban, el "Make America great again" se convirtió en un mantra que los seguidores de ese hombre repetían de forma cada vez más estridente.

El futuro dictador también jugaba con los anhelos más legítimos de la gente, con sus sentimientos de inferioridad y de inseguridad frente a los discursos arrogantes pronunciados por quienes estaban en el gobierno. A esa gente él le dijo que era una persona común y corriente, alguien frustrado con la política de los políticos, alguien que deseaba que la transparencia llegara a la Casa Blanca. "Sequemos el pantano", gritó, mientras se acomodaba cada vez más en el mismo lodo. Y al mismo tiempo perfeccionó su carácter taimado y su deshonestidad, hizo tratos en lo oculto, se asoció con grandes criminales e impuso la lealtad absoluta como su exigencia principal a sus más cercanos.

155

Para sorpresa de muchos, el futuro dictador ganó las elecciones. Aunque algunos dudaron, los resultados se terminaron declarando legales. Un sociópata se volvió presidente de los Estados Unidos. Lo hizo utilizando cada uno de los trucos que tenía guardados. Cuando se le criticaba esto o aquello, mentía. A fuerza de repetirlas, sus mentiras se volvieron verdades. Como ya era presidente, su poder se incrementó. Se rodeó de gente capaz de seguir sus órdenes sin argumentar o cuestionarlas. Fue reemplazando a sus consejeros a medida que lo criticaban. Rompió todos los récords de tan rápido que cambiaba a su equipo.

El dictador trató con el mismo desprecio a colegas y naciones. Se acercó a los otros dictadores del mundo, les llamó "my friends", dijo que eran "very nice people". Pocos tuvieron éxito al cuestionar esa manera de dirigirse a esa gente. El dictador escribió nuevas leyes que favorecieron

el lucro y la destrucción de los recursos naturales, el debilitamiento de los reglamentos de seguridad pública, la degradación de mujeres y minorías.

156 Pocos dentro de su propio partido se atrevieron a oponérsele. Pocos en el partido de la oposición tuvieron el poder necesario para enfrentarlo de manera efectiva. Los intentos de limitar el poder del dictador terminaron como malas representaciones teatrales en una temporada sin fin. Los medios impresos, hostigados por el enojo y las burlas del dictador, informaban de esas representaciones teatrales como si el resultado al que llevarían no estuviera decidido de antemano. Cada vez que lo hicieron, terminaron haciéndole publicidad gratuita al dictador. Cada vez que intentaron limitarlo, él reemergió con confianza renovada, más fanfarrón, y sí..., con mayor apoyo.

Pero aquí tenemos que hacer una pausa. En realidad el dictador no tenía confianza en sí mismo. Quizá era la persona más insegura en haber llegado a ese puesto. No importó. Bastó con que aparentara estar confiado.

Los demás líderes del mundo, con excepción de otros dictadores, comenzaron a hacer planes para evadir la relación con Estados Unidos y para aliarse con gobiernos más racionales. Esos planes se consolidaron cuando nuestro dictador sacó al país de la mayoría de los tratados internacionales y se rehusó a pagar nuestra justa contribución a las organizaciones internacionales. Dentro de nuestro país, la oposición política resultó incapaz de unirse alrededor de un candidato que pudiera vencer al dictador. En realidad no importó porque el dictador había desarrollado una amplia variedad de formas de "ganar" las elecciones para un nuevo periodo. Lo haría legalmente, de manera ilegal, o simplemente le diría a todo mundo que el auténtico ganador era él.

Todos los demás centros de poder en el país tenían miedo del dictador, desde las fuerzas armadas hasta el departamento de justicia, desde las grandes corporaciones

hasta los sindicatos. El dictador había logrado sustituir a los miembros del gabinete y los jefes de los ministerios con marionetas fieles a sus caprichos. Logró el nombramiento de los jueces necesarios para garantizar que el sistema federal de justicia favorecería la injusticia. E incrementó vastamente los márgenes de ganancia de las empresas, haciendo más ricos a los ricos y restándole poder a los pobres.

El dictador había desfigurado la educación y el sistema de salud hasta volverlos irreconocibles. Los parques nacionales fueron abandonados, algunos por el daño que sufrieron por las incursiones cercanas con *fracking*, otros porque ya no había presupuesto para mantenerlos. Los apoyos hacia las artes fueron reducidos al mínimo: los museos y salas de conciertos tuvieron que acudir a financiamiento privado para mantenerse abiertos, y muchos de ellos cerraron. Los barrios y las escuelas se volvieron lugares más segregados, las prisiones se privatizaron y se inundaron con gente de color, la indigencia llegó a máximos históricos. Cuando surgió la devastadora pandemia del COVID-19, el dictador y sus cómplices aprovecharon la situación para promover iniciativas que no habían sido capaces de implementar antes.

157

Pronto, en un tercio de las ciudades de Estados Unidos comenzó a escasear el agua potable. Las mujeres ya habían ido perdiendo el control sobre sus cuerpos: en la mayoría de los estados ya no podíamos acceder a abortos o incluso a servicios de salud reproductiva. Los graduados de escuelas secundarias se encontraron con menos oportunidades para seguir sus estudios y a los niños se les impuso una deuda de décadas por los préstamos educativos que sus padres tuvieron que contratar. Los desechos tóxicos invadieron los barrios pobres. En algunos lugares del país ya no era posible sobrevivir a un verano sin tener poderosas unidades de aire acondicionado: si ellas se rompían, la gente simplemente se moría. Y todo mundo estaba ocupado sólo en recoger lo que se iba rompiendo.

El dictador se declaró a sí mismo presidente perpetuo. Destruyó décadas de tratados mutuamente benéficos acordados con otras naciones. Sus acciones decidieron el futuro del cambio climático. Difamó, aprisionó y torturó a cada uno de sus adversarios; y terminó asignando a jueces vendidos en posiciones permanentes de poder. El estrés post-traumático colectivo que impuso sobre la nación afectó a generaciones y generaciones en el futuro. Cualquier voz que se le enfrentaba automáticamente fue caracterizada como un ataque que sólo lo hizo volverse más vengativo. Impuso un castigo rápido y total a cualquier nueva desobediencia.

158

Y, sin embargo, nadie decía que el dictador era un dictador. Decían que estaba enfermo, que era un narcisista, un mentiroso, que no estaba capacitado para el gobierno. Algunos llegaron al extremo de llamarlo sociópata. Pero no dictador. Después de todo, somos una democracia. Puede que haya problemas en nuestro sistema electoral, pero se trata de un sistema democrático.

No. Hitler era un dictador. Pol Pot era un dictador. Pinochet era un dictador. Los expertos dijeron que era importante no exagerar en la terminología. La crítica de su gobierno fue borrada de los libros de historia. Los manuales dijeron que el reinado del dictador fue un periodo autoritario, un paréntesis negativo, un tiempo en donde la economía se desarrolló bien, aunque las libertades civiles estuvieran amenazadas.

En nuestro sistema democrático no se le llama “dictadores” a los presidentes. Sólo se usa esa palabra para hablar de países donde un golpe militar ha derrocado al gobierno.

Pero esta historia no terminó como lo cuentan mis últimos párrafos. A pesar de los deseos del dictador, se votó que abandonara su puesto antes de que pudiera asegurarse de reclamar un nuevo periodo. Pero aún queda el peligro de que una historia similar pueda empezar otra vez.

## Alan Turing, o el miedo a la diferencia

Durante la Segunda Guerra Mundial, Gran Bretaña, junto a otras naciones europeas, se embarcó en una resistencia desesperada a la amenaza nazi. Ella incluyó esfuerzos secretos para la descodificación de Enigma. El código secreto alemán especificaba los ataques secretos minuto a minuto e incluía detalles de latitud y longitud. El código era restablecido a la medianoche de cada día, convirtiendo automáticamente en fracaso el extenuante trabajo del día anterior.

La inteligencia británica reclutó al criptoanalista Alan Turing (1912-1954) para que trabajara en el Proyecto Bletchley que trataría de romper este código aparentemente indescifrable. Turing, un matemático y lógico británico brillante pero con dificultades para socializar, es también considerado el padre de la inteligencia artificial y las computadoras modernas. Cuando todavía estaba en la universidad, escribió un artículo llamado "Maquinaria computarizada e

inteligencia". Su primera frase dice: "Me propongo reflexionar sobre esta pregunta: ¿las máquinas pueden pensar?". Ella nos da una cierta idea de cómo era su mente, incluso a una edad relativamente joven.

Además Turing tuvo éxito en romper el código.

No trabajó solo. Era parte de un pequeño grupo de pensadores (lingüistas, matemáticos, campeones de ajedrez, expertos en crucigramas y oficiales de los servicios de inteligencia) que trabajaban día y noche. El grupo de expertos trabajaba incansablemente a pesar de los obstáculos (incluyendo que ni los maestros del espionaje británicos, ni, al principio, sus colegas de Bletchley podían soportar a Turing). Sabían que cada equivocación significaría una prolongación de la guerra.

160

La torpeza social de Turing era parte de una imagen más compleja. Puede que él se ubicara en lo que hoy llamaríamos el espectro del autismo: era extremadamente literal en su comprensión de las conversaciones del día a día y la interacción social, y no se daba cuenta de su propio genio. Tendía a hartar a sus colegas porque se rehusaba a hacer como si no se creyera más inteligente que ellos. Y se desesperaba fácilmente con los tontos.

Turing además era un homosexual en una época en que la homosexualidad estaba prohibida por la ley, y, aunque no parecía avergonzarse de esa parte de su identidad, ella le dio a sus detractores suficientes motivos para hostigarlo, y eventualmente para atacarlo abiertamente. Cuando lo confrontaron, admitió su identidad sexual, y los representantes de la ley utilizaron esa confesión para destruirlo. Turing contó que sus años en Bletchey habían sido un "desierto sexual", pues estaba completamente implicado en sus esfuerzos para romper el código. Pero como en aquella época la homosexualidad era un crimen en Inglaterra, y la mayoría de los gobernantes de entonces eran también homofóbicos, Turing enfrentó una persecución y finalmente



fue declarado culpable de indecencia flagrante. Fue sentenciado, se le permitió elegir entre dos años en la cárcel o la castración química y optó por la última opción. El tratamiento de hormonas destruyó su salud (tanto física como mental) y cometió suicidio un año después.

Muchos años después se sugirió que el logo de Apple pudiera ser un tributo secreto a Turing, y que el mordisco en el logo pudiera ser una referencia a su muerte (se dice que cometió suicidio al comer una manzana impregnada de cianuro). Cuando se le preguntó si éste era el origen del logo, el fundador y director de Apple Steve Jobs dijo “Dios, nos encantaría que así fuera”.

No fue sino hasta 2013 que el gobierno británico, vencido por una petición de treinta mil firmas, promulgó la inocencia póstuma de Turing y, siguiendo los pasos de las comunidades científicas que ya habían honrado al científico a lo largo del mundo, reconoció de manera oficial su gran contribución frente al problema de la guerra y en el campo de la inteligencia artificial.

La historia de Turing fue fundamental para acabar con el dominio nazi en Europa, pero también fue trágica en lo personal y representativa desde un punto de vista social. Me descubro a mí misma extrapolando el descubrimiento de Turing a lo que hace la tecnología el día de hoy, y voy de su vida dolorosa a las formas en que demasiada gente que tiene cosas extraordinarias para ofrecer es marginada y hecha a un lado sólo por ser quienes son. En el caso de Turing, el gobierno británico lo necesitaba tan desesperadamente que lo dejaron hacer su trabajo hasta que, con su ayuda, ganaron la guerra. En ese momento se volvió descartable.

Demasiado a menudo la diferencia ofrece una excusa para marginar, insultar e incluso destruir a aquellos que nos regalan los más grandes avances científicos, revelaciones filosóficas y obras artísticas de genio. Los celos y el miedo se convierten en odio. Ninguna sociedad ha sido inmune

a esa crueldad irracional. La propensión del día de hoy al hostigamiento, incluso entre las personas más jóvenes, nos arrebató demasiados genios del futuro —o, simplemente, nos dejó sin demasiados seres humanos felices y en armonía con su medio. Y a menudo parece que los momentos de florecimiento intelectual son vulnerables a los juegos de poder y corrupción que llevan a imaginar a aquellos cuyo genio y vulnerabilidad los convirtió en objeto de nuestro miedo e ignorancia.

162 Pienso en este momento en Sócrates. Giordano Bruno. Juana de Arco. Spinoza. Y en tiempos más recientes, Allen Ginsberg, Daniel Ellsberg, Adrienne Rich, Temple Grandin, Edward Snowden, Chelsea Manning y Caster Semenya. Ser una persona queer; ser mujer, judío, comunista, negro o autista; no encajar en una identidad “normal”, o simplemente permitir que el propio brillo y la propia valentía se convierta en una amenaza para el *status quo*: esas diferencias producen en todos un miedo socialmente condicionado, una repulsión, un sentimiento de superioridad o una oportunidad de enorgullecernos de nosotros mismos al humillar a los demás.

Más que festejar el fortalecimiento colectivo de la diferencia, trágicamente intentamos calmar nuestros propios miedos al destruir a aquellos cuyas ideas o talentos amenazan lo que se nos enseñó como socialmente aceptable. ¿En dónde estaría hoy la humanidad sin el método socrático, la habilidad de Bruno para ver más allá de la ignorancia religiosa o la creencia en que los ciudadanos merecen saber sobre lo que los gobiernos hacen en su nombre? ¿Cómo se nos absolverá de la vergüenza de haber hecho pasar a una gran atleta como Semenya por la vergüenza de una prueba que verificara su género?

Un caso particularmente ilustre de discriminación es la manera en que la comunidad científica se comportó con Rosalind Franklin (1920–1958). Franklin era una química y cristalógrafa inglesa que hizo contribuciones fundamentales

para la comprensión de las estructuras moleculares finas del ADN. A pesar de trabajar en laboratorios donde las pocas mujeres que habían tenían que pelear para que su trabajo se tomara en serio, ella produjo la primera imagen que llevó a la confirmación de la doble hélice del ADN: la prueba sin la que todo trabajo futuro en el área habría sido imposible.

James Watson (n. 1928) y Francis Crick (1916-2004) vieron sus imágenes. Y en 1962, cuatro años después del descubrimiento de Franklin, fueron Watson y Crick quienes ganaron el Premio Nóbel de Fisiología o Medicina “por sus descubrimientos sobre la estructura molecular de los ácidos nucleicos y su significado en cuanto a la transferencia de información en materiales vivientes”, premio que compartieron con otro colega varón, Maurice Wilkins. No se hizo mención de la contribución de Franklin ni en la ceremonia de entrega ni en los discursos de los demás ganadores o en sus recuerdos en los años sucesivos. Rosalind Franklin murió de cáncer de ovarios a los treinta y siete años. Es posible que el cáncer fuera causado por sus experimentos con radiación en el laboratorio.

163

Me parece inconmensurablemente triste que hayamos pasado tanto tiempo escondiendo bajo nuestra crueldad a aquellos de quienes pudimos burlarnos por ser diferentes. La diferencia de clase, de género, racial o sexual es, todavía hoy, una excusa aceptable para la segregación social, las bromas crueles o la ausencia de oportunidades, que a veces incluso se extiende hasta la prisión, la tortura y el asesinato.

Pensar en Alan Turing, en su importante contribución para derrotar al fascismo, así como en su terrible soledad, su “elección” forzada de la castración química y su suicidio, me hace preguntarme por mis propios miedos a lo que es diferente. Me pregunto a mí misma si siempre puedo asegurar que tengo la valentía necesaria para denunciar las bromas que dañan, para enfrentar a la intolerancia y para abrazar a mis semejantes humanos cuando y donde es más importante.



# La decodificación del código maya y la creatividad a través del tiempo y los continentes

En noviembre de 2013, Barbara y yo viajamos por El Salvador, Honduras, Guatemala, Belice y México siguiendo una de las muchas rutas mayas (a través de todos estos países existen antiguas ruinas mayas y se descubren nuevos sitios arqueológicos todo el tiempo).

A lo largo de varios años he visitado sitios mayas a lo largo de Centroamérica y el sur de México: Palenque, en Chiapas; Chichén-Itzá, Uxmal, Cobá, los sitios más pequeños de la Ruta Puuc y de Tulum en Yucatan y Quintana Roo; Lamanai en Belize; El Tajín, Xochicalco, y los frescos vibrantes de Cacaxtla; Tikal, Quirigua y Yaxhá en Guatemala; los rostros de reminiscencias asiáticas en la estela de Copán, Honduras. Y no he hecho sino arañar la superficie. En el momento mismo en que escribo, las noticias de hoy traen la noticia de nuevas ruinas recientemente descubiertas en la selva tropical del Este de México. El nombre del

sitio es Chactún y cuarenta mil personas pudieron haber vivido allí entre los años 600 a 900 n.e. Hoy en día, sitios como éste son descubiertos varias veces al año.

En aquel viaje de 2013 añadí a mi lista una ruina más temprana y primitiva: Joya de Cerén, en El Salvador. A diferencia de las piedras monumentales de los sitios más conocidos, éste estaba construido con adobe. Una sucesión de explosiones volcánicas causaron el abandono de Joya de Cerén, pero las capas de tierra y lava nos enseñan cómo vivía allí la gente.

166

Desde hace tiempo he estado fascinada con los sitios de comunidades antiguas a lo largo del mundo. Pero los mayas evocan en mí un sentimiento especial de conexión. He leído todo lo que ha logrado caer en mis manos sobre este pueblo extraordinario. Ocho millones de personas, herederas de un magnífico legado, siguen viviendo en las aldeas, pueblos y ciudades que salpican el sur de México y Centroamérica.

Los orígenes de los mayas aún están rodeados de misterio. Algunos investigadores creen que sus ancestros viajaron hacia el sur desde Siberia, a través del Estrecho de Bering, hace alrededor de catorce mil años. Otros señalan evidencia de asentamientos mesoamericanos que se remontan al 18,000 a.n.e. La datación por carbono ha identificado grupos de cazadores-recolectores existiendo once mil años antes de nuestra era. Uno de los artefactos más antiguos conocidos de la nación maya es una pequeña punta de proyectil de obsidiana encontrada por un niño en un día de campo en San Rafael, en las colinas al oeste de la ciudad de Guatemala. Es muy parecida a la punta clovis. Una generación más antigua de estudiosos del mundo maya, entre los que estaba Sylvanus G. Morley, creían que los mayas fueron los primeros en domesticar el maíz. Y la lengua protomaya (hoy existen treinta lenguas de la familia maya) ya era hablado antes del 2000 a.n.e., en lo que llamamos Periodo Arcaico.

La innovación y resistencia del pueblo maya sobrevivió a la conquista española (a menudo descrita como el holocausto más devastador de la historia, con la muerte del noventa por ciento de la población americana), y aún hoy se enfrenta con la devastación cultural, políticas de exterminio, la pobreza y el racismo que hace blanco en los pueblos indígenas. Como arquitectos, los mayas no tienen igual. Sólo tendríamos que considerar las monumentales pirámides de Tikal que emergen decenas de metros por encima de la jungla. Y aquellas maravillas fueron construidas sin utilizar la maquinaria o las herramientas técnicas de nuestra época. Su estatuaria, su cerámica y su joyería muestran un genio para el diseño, así como para el uso de diversos materiales. Los códices tienen un lugar propio entre los grandes libros de las culturas del mundo. Es trágico que los españoles hayan quemado todos los que encontraron. Sólo se conservan cinco y nos han llegado parcialmente o con daños. Los mayas tienen el crédito de haber inventado el concepto del cero y sus calendarios tienen una exactitud ejemplar. También produjeron el primer chocolate procesado.

167

En cuanto a la literatura maya clásica, por su narración de los orígenes y su belleza literaria el *Popol Vuh* puede competir con la Biblia cristiana o cualquier otro libro sagrado. En su relato de la creación, los dioses crean primero a humanos de barro, después de madera, y finalmente de carne, pero ninguno de ellos sobrevive. Entonces los dioses miran al maíz como material capaz de producir seres humanos viables. Así nacieron sus primeros ancestros: por ello son gente de maíz.

Antes aún, los mayas descubrieron que si cocían el maíz con agua y cal viva podían hacer nixtamal, que continúa siendo la base para las tortillas en la Mesoamérica actual. No puede exagerarse la importancia del nixtamal. El maíz es naturalmente deficiente en niacina y aminoácidos esenciales. Una población cuya dieta estuviera constituida sólo

por maíz no tratado habría desarrollado pelagra y no habría sobrevivido. Cocinar el maíz junto a la cal realza el balance de aminoácidos esenciales y libera la niacina inaccesible de otra manera. Sin la invención de esta compleja técnica, la sedentarización en Mesoamérica habría sido imposible. Tristemente, las modernas modificaciones genéticas de esta planta están causando estragos en la salud y tradiciones de esta gente de maíz, y perturbando peligrosamente sus vidas.

168 Otro aspecto interesante de la historia dinástica maya es la presencia de mujeres en la larga serie de gobernantes honrados en los frescos y estelas de muchas de las antiguas ciudades. Esas genealogías enfatizan la guerra y la conquista, y los líderes varones son mayoritarios. Pero entre ellos aparecen dispersos nombres como Dama Jaguar Tiburón, Dama Yohl Ik'nal y Dama Seis Cielos, y pican mi curiosidad sobre quiénes fueron ellas y cómo gobernaron. ¿Lo habrán hecho diferente que los hombres?

Las décadas de violencia de Estado en Guatemala han arrancado a los mayas contemporáneos de sus tierras tradicionales y diezmado sus números. En México y Honduras los grupos criminales y cárteles de la droga han llevado la inseguridad a sus aldeas. Y sin embargo, permanecen. Y continúan preservando sus tradiciones, pasándolas de una generación a la que sigue. Hace siglos, la iglesia española quemó sus libros y prohibió su intrincada escritura, y sin embargo, en las últimas fases de la decodificación hecha por los académicos, los nuevos escribas mayas han logrado reimaginar el sentido de muchos jeroglíficos.

Aunque a menudo la marginación y la pobreza les han impedido adquirir una educación formal, muchos de los mayas de hoy han luchado para insertarse a sí mismos en los espacios académicos que son pertinentes para su propia historia y la historia del mundo. Rigoberta Menchú, una mujer maya de las tierras altas de Guatemala, recibió el Premio Nobel de la Paz en 1992. Su propia historia, contada en el



libro, *Yo, Rigoberta Menchú*, le da un rostro humano a treinta años de violencia institucional extrema de Guatemala, cuando cuarenta mil personas sufrieron desplazamiento forzado y fueron torturadas, asesinadas y desaparecidas.

El conocimiento sobre los mayas ha ido construyéndose lentamente, y no sin contradicciones y retrocesos. Como poeta, me fascina la historia, todavía inconclusa, de cómo se ha ido descifrando la escritura maya. A ella nos referimos cuando a menudo se habla del desciframiento del código maya. La tarea ha llevado siglos y ha atravesado continentes, y los avances han sido elaborados por investigadores de diferentes disciplinas: artistas, aventureros, e incluso niños. Es sorprendente que dos rusos —Yuri Valentinovich Knorozov (1922-1999) y Tatiana Proskouriakoff (1909-1985)— hayan contribuido de manera fundamental para lograr un avance definitivo, a pesar de haber estado muy limitados por el aislamiento represivo de la época soviética.

169

Vale la pena repetir su historia, pues ella nos enseña mucho sobre la pomposidad de ideas preconcebidas, el menosprecio paternalista por los logros de los pueblos considerados “primitivos” o que están más allá de la propia disciplina, el desdén nacido de prejuicios anticomunistas y las eminencias que al final terminaron siendo emperadores que caminaban desnudos.

Por muchos años, sir Eric Thompson (1898-1975), el antropólogo británico, fue considerado la autoridad principal entre quienes estudiaban la escritura maya. Él no poseía ningún título académico ni estaba adscrito a alguna alta institución de enseñanza. Pero durante un año estudió antropología en la universidad de Cambridge y por pura fuerza de voluntad llegó a dominar los estudios modernos sobre el mundo maya. En 1926 aceptó un nombramiento en el Museo de Campo de Historia Natural de Chicago, y desde allí ejerció una gran influencia sobre generaciones de investigadores del mundo maya. Finalmente Thompson

se concentró en descifrar los símbolos no calendáricos de los mayas. La historia de sus ideas y de su interacción con otros investigadores es larga y compleja. Algunas de sus ideas siguen siendo contribuciones fundamentales. Pero sus defectos —tanto académicos como personales— hicieron que los árboles le impidieran ver el bosque.

170 El primer avance real en el desciframiento del código maya llegó del menos probable de los lugares. La Unión Soviética de la época de Stalin era escenario de represión intelectual; aquellos que iban en contra de las ideas del dictador podían enfrentarse con la deportación al gulag o cosas peores aún. Si exceptuamos los avances vinculados al desarrollo del país, la innovación académica era casi imposible. Sin embargo, en 1952, en medio de estas restrictivas circunstancias, el investigador de 32 años en el Instituto de Etnología de Leningrado Yuri Valentinovich Knorozov publicó un artículo llamado “La antigua escritura de Centroamérica”.

Knorozov recibió una excelente educación superior y de especialización en el país marxista. Estudió muchas formas diferentes de escritura, incluyendo el sumerio, el chino, el japonés y el árabe. Sus profesores lo incitaron a concentrarse en la egiptología, pero sus intereses eran más vastos, y también comparativos. (Esto último es lo que finalmente lo llevó a retar los supuestos de Thompson).

En 1947 un profesor de Knorozov, Sergei Aleksandrovič Tokarev, le planteó una pregunta a su pupilo: “Si crees en que cualquier sistema de escritura producido por humanos puede ser leído por humanos, ¿por qué no intentas decodificar el sistema maya?”. Knorozov comenzó a aprender español y dedicó el resto de su vida a hacer lo que su mentor le había sugerido. Sus logros son aún más extraordinarios si consideramos que no fue sino hasta que era viejo, cuando Gorbachov finalmente aligeró las restricciones de viaje, que logró visitar Centroamérica, contempló las grandes ciudades de Palenque y Tikal y contempló inscripciones mayas

auténticas. Antes de eso, su conocimiento del lugar había sido ganado exclusivamente a través de fotografías.

En aquel tiempo, todo el medio académico aceptaba las ideas de Thompson, que emanaban de una incapacidad paternalista y eurocéntrica para concederle al pueblo que había hecho esos glifos la complejidad intelectual requerida para crear algo más que imágenes al azar. Sin embargo, algunos pocos investigadores (entre ellos Michael Coe [1929-2019], considerado desde hace mucho el mayor historiógrafo de los estudios mayas) leyeron el artículo de Knorozov y quedaron emocionados por él. Los rusos aceptaban la noción prevaleciente de que los glifos representaban sonidos o sílabas. Pero a partir de su amplio conocimiento de códigos de otras partes del mundo, Knorozov sabía que los signos podían tener más de una función. Comprendió que ellos podían a veces haber sido inventados para propósitos caligráficos, y que los signos fonéticos podían añadirse a otros morféminos para disminuir la ambigüedad en la lectura. Knorozov comparó algunos de los textos en los códices con los dibujos que los acompañaban. En lo que resultó ser un artículo innovador, concluyó que “el sistema de la escritura maya es típicamente jeroglífico, y no difiere en sus principios de escritura de otros sistemas jeroglíficos”.

171

Thompson pasó el resto de su vida tratando de desacreditar a Knorozov. Los prejuicios ideológicos de la Guerra Fría fortalecieron su desprecio. Pero la gran barrera para descifrar los glifos mayas había sido traspasada. Mentes frescas de una variedad de disciplinas que ya no estaban limitadas por la autoridad de Thompson comenzaron a contribuir con nuevas piezas del rompecabezas.

Tatiana Proskouriakoff, otra rusa, llegó a los Estados Unidos con su familia en 1915, y por ello no sufrió las limitantes ideológicas, la falta de tecnología o las restricciones de viaje que limitaron a Knorozov. Se graduó de una universidad norteamericana en 1930 con un título en

arquitectura, y terminó participando en un cierto número de expediciones arqueológicas en Centroamérica y produciendo miles de dibujos de elevaciones piramidales y de los glifos que las adornaban. Su gran contribución fue el trazado en alto grado de detalle de los registros dinásticos de Piedras Negras en la región del Petén, en Guatemala. También su obra fue central para el desciframiento.

172 Una docena de arqueólogos, antropólogos, lingüistas y otros especialistas más recientes sucedieron a estos primeros investigadores, y todos ellos contribuyeron de alguna forma en el desciframiento del código maya. Sylvanus Morley fue un puente hacia investigadores más contemporáneos como Coe, David Kelley, Floyd Lounsbury, Linda Schele y George y David Stuart, entre otros.

Me fascina la historia de Stuart. A la edad de tres años lo llevaron a su primer viaje a las maravillas arqueológicas de México y Guatemala. Sus padres pasaron cinco meses estudiando la ciudad de Cobá, y él jugó entre las ruinas, a menudo junto a niños mayas que tenían más o menos su edad. Mientras creció y regresaba acompañando a sus padres en nuevos trabajos de campo, comenzó a hacer dibujos de los glifos.

Cuando ya estaba en Washington D.C., en 1976, Stuart conoció a Linda Schele. Ella asesoraba la redacción de un libro llamado *Los misteriosos mayas*, un proyecto que los padres de Stuart realizaban para la National Geographic Society. En cierto momento, el niño de once años que se quedaba sentado en la mesa mientras sus papás trabajaban señaló uno de los dibujos y dijo “ése es un glifo de fuego”. Esa tarde, Schele invitó al niño a pasar varias semanas con ella en Palenque el próximo verano. Le pidió que la ayudara a corregir los dibujos de las inscripciones importantes en el sitio.

Un aspecto positivo inusual y extraordinario de los estudios mayas contemporáneos es que ellos han llevado a que gente de muchas disciplinas diferentes trabaje junta

—algunos de ellos, incluso, son aventureros que no se ven a sí mismos como académicos—, y ha animado reuniones en las que se escuchan y complementan viejos y jóvenes, profesores y discípulos y personas de campos que ordinariamente no se pondrían mucha atención. Las envidias académicas, tan dañinas para la investigación auténtica, no parecen haber estado presentes en aquellas reuniones. Los lingüistas, completamente subestimados durante la época de Thompson, jugaron un papel importante en el desciframiento, que comenzó a avanzar de verdad durante la década de 1980. Desde entonces ha ido avanzando a un ritmo vertiginoso. Para aquellos interesados en esta historia fascinante no hay nada mejor que *Breaking the Maya Code*, un documental de David Lebrun. Esta cinta de dos horas de duración sitúa el desciframiento en el contexto de nuestra propia historia y cultura, de forma que nos permite seguirlo como si estuviéramos íntimamente involucrados en él. A través de animaciones digitales, podemos seguir el desarrollo del desciframiento en un glifo individual.

173

Muchos descubrimientos apasionantes en el largo viaje para descifrar la escritura maya incitan mi sensibilidad poética. Uno particularmente interesante es que los antiguos escribas mayas no siempre dibujaban el mismo glifo de la misma manera. A menudo dejaban libre su imaginación y su sentido del juego. Se han encontrado glifos detrás o adentro de otros glifos, como una abreviatura artística del tipo más creativo. El trazado de los glifos también variaba de región a región y de lengua a lengua. Alrededor del ochenta por ciento de los glifos mayas ya ha sido descifrado, pero aprender una lengua es diferente de aprender su significado cultural o la manera en que se hablaba. En este tema hay mucho que falta por hacerse. Ese descubrimiento sólo podrá lograrse a través de una forma no competitiva de compartir información y una comprensión más completa de la historia y la cultura del pueblo maya.

Como poeta me siento fascinada por las diferencias entre las tradiciones orales y escritas, por la parte que juega la memoria en el desarrollo del lenguaje, por cómo la cultura influye en la lengua y la comunicación, por los roles que juega la conquista de un pueblo por otro y por muchas otras variantes. ¿Por qué algunas lenguas son glotales y otras son tonales? ¿Por qué algunas usan complejas reglas gramaticales mientras otras parecieran estar casi libres de gramática? En este momento del estudio de la historia humana es cada vez más claro que la complejidad cultural o filosófica de un pueblo no depende de la complejidad que percibimos en su lengua.

174

Nunca he entendido la distinción entre historia y prehistoria, que generalmente se basa en la existencia de una lengua escrita. Las imágenes son, para mí, un cierto tipo de lengua, e incluyo en ellas el arte rupestre presente alrededor de todo el mundo, los quipus andinos y, ciertamente, los glifos inventados por los mayas. Incluso las tablillas rongo rongo, que fueron encontradas en la Isla de Pascua (Rapa Nui) y presentan líneas de símbolos repetidos que no se asocian a letras o sonidos, son algún tipo de comunicación. Se cree que una vez ellas estimularon la memoria y permitieron a aquellos que las “leían” contar ciertas historias de su pasado tradicional en la memoria colectiva.

Un gran poema no es sino destilación de una comunicación como ésta.

# Cómo nos alimentamos

Los investigadores han rastreado nuestro “progreso” en todo tipo de áreas desde los orígenes más remotos de la vida humana en la Tierra. Como me interesa hablar de la comida, entrecomillo la palabra “progreso”. Ciertamente, hemos progresado en muchos aspectos de nuestra vida, incluyendo nuestra habilidad para preparar y preservar la comida, pero hay evidencia desagradable de que no hemos hecho esto en relación a lo que comemos. Probablemente la llegada de la agricultura cambió nuestras vidas más que cualquier otro logro. Sólo necesitamos imaginar lo que ocurriría si, en lugar de perseguir el lucro, todos nuestros agronegocios, desde los conglomerados más grandes a las granjas familiares más pequeñas, priorizaran un cultivo, una cosecha y una alimentación saludables.

Aunque hemos viajado un largo camino desde nuestros orígenes como cazadores/recolectores, que para sa-

tisfacer su hambre atrapaban y se alimentaban de lo que podían, de muchas maneras comemos de forma menos saludable hoy. Comemos sin atender a las temporadas. Y la modificación genética de las semillas y la polinización cruzada, el sobre-procesamiento, los colorantes, pesticidas y aditivos químicos, que inundan nuestra comida rápida, contaminan y eliminan los nutrientes que necesitamos.

176 Hemos extraído vitaminas y minerales de muchas comidas diferentes a lo largo del tiempo. Una vida más prolongada en los estantes y un empaque más atractivo han sustituido a esas comidas. Para el buen estado financiero de las empresas norteamericanas hoy, no es tan importante que comamos lo que es bueno para nosotros como que un producto alimenticio sobreviva a su distribución a través de distancias lejanas.

Hoy la obesidad es uno de las más insidiosas causas de muerte en los Estados Unidos. Casi tres millones de personas mueren cada año por tener sobrepeso, y la obesidad casi se triplicó entre 1975 y 2016. La American Medical Association ha clasificado esta condición como una enfermedad, por lo que merecería recibir los fondos de investigación que se le asignan a enfermedades como el cáncer. Y las comorbilidades asociadas con la obesidad —diabetes, presión sanguínea elevada, condiciones cardíacas y otras por el estilo— matan a cientos de miles de personas cada año y le cuestan a nuestro dañado sistema de salud gastos innecesarios de millones de dólares.

Y sin embargo, a pesar de lo poco saludable que es nuestro sistema alimenticio, podemos disfrutar de una variedad sorprendente de culturas alimenticias. Pudimos haber tenido la fortuna de visitar Bangkok, Tailandia, en donde pequeños panes rellenos de coco se derriten en nuestra boca. Pudimos haber ido a Puebla, México, en donde se hace el mejor mole. Si no tuvimos esa fortuna, puede que nuestra experiencia de la comida tailandesa (o mexicana, india, fran-



cesa, italiana, china, japonesa, peruana o de una docena de otras comidas del mundo) se limite a lo que da un restaurante local. Sea como sea, los sabores de comidas lejanas (y de platillos regionales de nuestro propio país) viajan desde muy lejos para ayudarnos a comprender y apreciar otras culturas.

Por eso, mucho de cómo vemos la vida y la vivimos día a día se relaciona con las comidas que comemos y la manera en que las preparamos. Nunca olvidaré cuando trabajaba en las tierras altas de los Andes peruanos, en donde la gente comparte su comida en un plato común. O los satisfactorios desayunos de arroz pegajoso envuelto en hoja de plátano que disfruté en Vietnam del Norte en mi trabajo de campo de 1974.

177

Recuerdos más complejos se relacionan con haber llevado a un grupo de mujeres norteamericanas a una granja cubana de conejos. Eso ocurrió durante la difícil década de los noventa, cuando aquel país sufría una severa crisis económica. Los conejos vivían en gallineros impecables situados a la altura de la cadera, y que sus desechos caían a través de una malla para alimentar una granja de gusanos abajo. A su vez, los gusanos mejoraban la tierra de cultivo. El día de nuestra visita, las granjeras (porque en su mayoría eran mujeres) habían estado cortando tomates y pepinos desde antes de que saliera el sol para darles una bella forma que simulaba una flor, además de ocuparse de otros detalles de un extraordinario festín. En esa cooperativa no se desperdiciaba nada. Pero los conejos seguían siendo conejos, pequeños y adorables, y varias mujeres del grupo se rehusaron a comerlos. Fue difícil explicar esa renuencia a nuestros sorprendidos anfitriones.

Los modernos subsidios a la producción alimenticia, un etiquetado confuso, prácticas crueles en el sacrificio de animales y el procesamiento de su carne y la manipulación política de las importaciones de comida son, todos, factores que distorsionan las formas en que nos relacionamos con

la comida. Puede que la novelista mexicana Laura Esquivel haya dicho más de lo que esperaba cuando escribió que “si regresamos a lo cósmico, nosotros los mexicanos somos hijos del maíz, y los estadounidenses han comido suficientes palomitas para que los veamos como primos”. Esquivel estaba haciendo un comentario irónico sobre la familiaridad y amistad más allá de las fronteras. Yo leo sus palabras como simbólicas de la tendencia norteamericana de tomar comida de verdad para convertirla en algo rápido, llamativo y con un contenido nutricional limitado.

178

Es cierto que distintas comunidades a lo largo del mundo dicen ser hijos del maíz. En el sudoeste de mi país nos emocionamos al observar una pila de mazorcas que nuestros antepasados de la etnia pueblo mordieron hasta dejar en el hueso hace ochocientos años. El tallo del maíz, con sus hermosas hojas verdes, panojas sedosas y hojas saludables, ha sido un símbolo de la fertilidad para mucha gente. Pero en años recientes Monsanto y otras corporaciones multinacionales con sede en Estados Unidos han diezmando la diversidad de semillas de maíz. Al modificar genéticamente la planta, estos manipuladores científicos, aliados con los vientos que llevan a todos lados las semillas alteradas, se han asegurado de que sólo sus semillas y sus pesticidas puedan ser usados por las generaciones del futuro. En India, durante las últimas décadas, decenas de agricultores se han suicidado porque perdieron una tradición de siembra y cosecha que eran su legado desde que podían recordar.

El maíz además ha tenido su parte en la pérdida del contenido vitamínico. Los nutrientes auténticos pueden encontrarse en el antiguo maíz multicolor indígena que hoy en Estados Unidos se vende casi exclusivamente como decoración para las mesas. Como un público condicionado por el comercio pide un maíz más dulce, las hojas del mismo son cada vez más blancas: se ha sustituido con azúcar

las propiedades que durante milenios dieron sustento a la gente para la que el maíz era el principal alimento. Ahora se le añade jarabe de maíz a casi todo, y de esa manera se incrementa la cantidad de azúcar que consumimos.

En Estados Unidos, la mayor parte de las veces la comida ya no cumple una función principalmente alimenticia, de sabia medicina, o incluso creativa. Se ha vuelto tentación, adicción, ostentación y manipulación empresarial. Sólo una minoría de nuestras escuelas públicas tiene desayunos mejorados para incluir frutas y vegetales y disminuir grasas y azúcares. La mayoría de las escuelas aún tienen máquinas de refrescos alineadas en sus pasillos, en las que la gente joven consume los populares refrescos y otras bebidas gasificadas que dañan sus dientes y aumentan la posibilidad de que sufran diabetes en edades tempranas. Cuando un alcalde de la ciudad de Nueva York propuso bajar la cantidad de bebidas gasificadas que se vendían en la ciudad, el escándalo fue inmediato: muchos sintieron que estaba afectando sus derechos individuales. Podría recordarse cuando el presidente Reagan aseguró que la catsup contaba como comida vegetal. Racionalizaciones como éstas no han hecho sino empeorar.

179

La comida rápida llena de grasas y azúcar es hoy la base de la dieta norteamericana, especialmente en los grupos de población en crecimiento que deben recurrir a McDonalds y cadenas similares para alimentar a sus familias. Un paquete BigMac —que viene con una hamburguesa BigMac, una orden mediana de papas fritas y un refresco mediano— contiene 1,100 calorías, cuarenta y cuatro gramos de grasa, 149 gramos de carbohidratos, 1,225 miligramos de sodio y sólo 39 gramos de proteína. Si se añade la catsup, el conteo de calorías sube aún más. Aquellos que piden un etiquetado donde una madre con una familia numerosa invita a “comprar lo sano” no tienen idea que lo poco realista que es su sugerencia.

Estamos jugando con fuego. Me fascinan muchas de las nuevas formas de comer: el vegetarianismo, el veganismo, el crudismo, la dieta paleo, los mercados de productores, el consumo local, la ingesta de porciones pequeñas, y así se podría seguir. Y yo estoy entre las personas afortunadas. En este momento mis ingresos aún me permiten elegir. Sin embargo, no soy inmune al plato ocasional de un restaurante lujoso o a un postre de tamaño exagerado. Los mensajes de los medios nos afectan a todos.

180 Como soy una mujer que crió a cuatro niños, y que ahora disfruta de diez nietos y dos bisnietos, además de ser feminista desde hace mucho, también me interesa bastante la relación que las mujeres tienen con la comida. Las madres experimentan la alimentación que dan a sus familias. Qué cosas no observará una abuela o bisabuela mientras ve comer a los miembros más jóvenes de su familia. En 1995 escribí un libro de poemas llamado *La mesa del hambre: mujeres, comida y política*. Se publicó dos años después por Papier Maché Press, una pequeña editorial que dejó de existir poco después. El libro se vendió en las mesas de saldo.

Todos los poemas de *La mesa del hambre* funcionan como tales, y al mismo tiempo son recetas. Durante el corto tiempo de vida del libro, leí poemas de él en restaurantes mientras cocineros entusiastas preparaban algunas de las recetas para audiencias que siempre tenían ganas de compartir sus propios platillos favoritos o contar sus historias con la comida. La comida y las mujeres, las mujeres y la comida: es una combinación adornada por el gozo, preñada de ansiedad y complicada por las formas en que el patriarcado agobia a las mujeres en todas las sociedades.

En la introducción de *La mesa del hambre* escribí:

El lugar, a veces nutricio, a veces incómodo, que le hacemos a la comida en nuestras vidas, y las prohibiciones y exigencias que nos llegan como flechas llenas de veneno, lanzadas desde el arco del patriarcado, [a menudo produ-

cen] un conflicto no resuelto, más doloroso o lleno de contradicciones que lo que podríamos articular.

Cómo asimilamos el bombardeo de imágenes: un niño esquelético cuyos ojos mortecinos y manos implorantes nos alcanzan desde países tan distantes de nuestra experiencia... La silueta del nutricionista, luchando repetidamente contra el deseo, o incluso la necesidad... Un comercial que anuncia pizza con relleno en la orilla, seguido por otro de una máquina para hacer ejercicio que nos garantiza bajar esa barriga o estilizar esas nalgas. Cuando la mirada va a la época anterior a la historia escrita, se dice que los hombres eran cazadores y las mujeres, recolectoras. La implicación de esta separación continúa definiendo lo que cada uno de nosotros aprende a ser. Sin embargo, hay algo que está mal en esas conjeturas. La recolección de comida en tiempos anteriores a la agricultura *era* una forma de caza. La relación de las mujeres con lo que nutre a generaciones sucesivas continúa incomprendida, desbalanceada...

181

En los Estados Unidos, en fechas tan recientes como el fin de siglo [veinte], la comida era, para la mayoría de las mujeres, un sinónimo del hogar. Para las mujeres negras, ese hogar a menudo le pertenecía a otra persona, alguien a quien estaban unidas por la más compleja de todas las relaciones de explotación. El trabajo, así como los hombres de clase media podían tomarse una o dos bebidas en la cantina local, y aprovechar la comida que venía con ellas. Las mujeres trabajadoras —muchas de ellas, prostitutas— también iban a los bares de ambos lados del Atlántico. Pronto sus hermanas más aristocráticas comenzaron a contar con salones de té y algunos pocos restaurantes donde podían comer en compañía de varones, pero ninguno en donde se les diera la bienvenida solas o acompañadas de otras mujeres.

Nuestras ancestras compartían sus recetas con otras mujeres. Aún hace falta valorar o, incluso, explorar en ple-

nitid estas historias, que fueron escritas con mano cuidadosa y pasadas de generación en generación. Siempre hemos cocinado y alimentado. Las mujeres pobres cocinan para otros. Las ricas contratan cocineras. Hoy, en la mayor parte de los lugares, los chefs altamente respetados en los restaurantes más caros siguen siendo varones, mientras las mujeres cocinan para familias propias y ajenas — aunque el qué, el cómo y bajo cuáles circunstancias varíen enormemente de cultura en cultura.

182

Las imágenes dicen mucho. El chef varón de un restaurante es retratado en un blanco immaculado, un chef tradicional lleva un sombrero que lo hace más alto y su irritabilidad sensacional es casi un requisito para ser famoso. A menudo, si es mujer, se la retratará limpiándose las manos con un delantal manchado mientras niños numerosos le jalen el dobladillo. Y sin embargo, deberá luchar para mantenerse bien peinada y con la cena lista para cuando su esposo regrese del ancho mundo. Casi en todas las lenguas los títulos mismos retratan una dramática diferencia: chef frente a cocinera, genio frente a monotonía. Así, el género se intersecta con la clase, la raza y la geografía, complicando aún más la relación de las mujeres con la comida.

Después de las casi tres décadas que me separan de *La mesa del hambre*, algunas cosas de las que escribí ya no pueden sostenerse. Más y más mujeres el día de hoy exigen una relación diferente con el mundo que incluye las áreas del mismo relacionadas con la comida. Hoy se reconoce a un cierto número de mujeres como chefs brillantes. La imagen de la mujer perfectamente peinada que recibe a su marido con la cena cada noche se ha ido erosionando en estos tiempos de cambio acelerado. Pero la anorexia, la bulimia y otros desórdenes alimenticios aún se ceban, sobre todo, en las mujeres. El género continúa afectando el papel que la comida juega en nuestras vidas. Aún nos seducen peligro-

sos productos dietéticos, engañosos planes para adegazar rápidamente y una industria de la moda que favorece tipos de cuerpos imposibles de emular.

Las niñas aún quieren sus Barbies, esos íconos de cuerpos imposibles. La manipulación de productos alimenticios sigue asediándonos, y las mujeres —abrumadoramente responsables de alimentar a nuestras familias— debemos enfrentarnos con etiquetas intencionalmente confusas mientras nos inundan mensajes contradictorios desde los medios masivos y las empresas que aumentan su ganancia al fabricar alimentos adictivos y poco saludables. Nuestros niños aún reciben a diario mensajes que los hacen desear la misma comida rápida que los condenará a vidas con mala salud.

183

Los poemas-recetas de *La mesa del hambre* tratan de mi propia cultura alimenticia, pero también la de otros; de cómo la relación con mi madre se construyó a partir de la comida; de un plato que una vez preparé para la mujer que es hoy mi esposa, y los tres años que le costó admitir que no le gustó el plato ni le importa la forma de prepararlo, y también de muchas otras cosas. Quiero cerrar este ensayo con un poema que es una receta para hacer *baba ghannouj*, un plato de Medio Oriente que mezcla la berenjena, la mantequilla de ajonjolí, el perejil, el ajo y el limón, y que a menudo se sirve con rebanadas de pan de pita:

### Manjar de mujer golpeada

La berenjena grande, oval, morada  
está serenamente loca en su soledad.  
No a solas simplemente, o requiriendo más espacio,  
sino sola en la plenitud de su circunferencia.  
Flotando, amoratada, llameante de terror.

Pínchala con el tenedor por todas partes  
y métela directamente en la parrilla de un horno

a 400 grados fahrenheit. En 45 minutos  
se habrá replegado sobre sí misma, y su piel lustrosa  
será una masa de arrugas derrotadas.

Cuando se enfríe lo suficiente para tocarla,  
arráncale la pulpa  
y bátela con un cuarto de taza de mantequilla de ajonjolí,  
bastante ajo machacado, perejil cortado finamente,  
sal, pimienta y el jugo de al menos dos limones.

184

Ahora su brillo azul oscuro ha desaparecido, su plenitud  
apenas se recuerda. Pero esta exquisitez  
—afrodisiaca fría—  
puede ser servida en un cuenco pequeño  
y rodeado de galletas finas o de tostadas Melba.

Antes de servir, rocíalo con aceite de oliva  
por encima. Los invitados gozarán  
del sabor exótico que compartes con ellos  
y el aperitivo —mejorado para su propio bien—  
no se quejará jamás.<sup>1</sup>



## Comer fuera

“Cenar fuera” es una frase aún más elegante. Las dos se refieren a tomar alimentos en un lugar que no es la propia casa. A veces se trata del hogar de un amigo, pero más a menudo es uno de los millones de lugares públicos donde se come, establecimientos en que se paga para que nos cocinen y nos sirvan comidas que hemos elegido aunque no hayamos cocinado.

Asados y lugares de comida vegetariana, marisquerías y cocinas veganas, con barras de ensalada y de sopas, restaurantes de cinco estrellas, cafeterías, restaurantes a la antigüita, carritos de comida, lugares donde se valora el servicio y se espera que al final se dé ese fetiche omnipresente llamado “propina”. O quizá, donde la atracción principal es que todo está automatizado: en este momento me vienen a la mente los Autómatas neoyorkinos de mediados de siglo, donde, al echar unos centavos a través de una ranura, una

pequeña puerta de vidrio saltaba, y detrás de ella nos esperaba un sandwich, un tazón de sopa o una rebanada de pastel. A finales de la década del cincuenta, el abuelo de una amiga nos llevó a verlos, puso una cantidad parecida de monedas en cada una de nuestras manos y nos observó mientras decidíamos en qué los íbamos a gastar. Incluso en los Autómatas, la gran mayoría de las personas no tenían lo suficiente para cenar. Siempre ha sido un lujo “comer fuera”.

186

Los relatos sobre los restaurantes están envueltos en las complejas historias de la demanda cultural, la migración y el deseo. Ya hubo restaurantes en el imperio romano. Se ha encontrado evidencia de ciento cincuenta y ocho barras donde se servía comida congeladas en las ruinas de Pompeya. Probablemente muchos habitantes estaban saboreando sus manjares cuando una carga furiosa de ceniza caliente detuvo una cuchara en camino a alguna boca abierta.

Es una cosa más o menos reciente que se permita a las mujeres sin compañero comer en lugares en que se sirven alimentos. Hasta la mitad del siglo XIX ellas estuvieron excluidas de los mismos restaurantes donde los hombres hacían sus comidas de trabajo. Hasta muy entrada la década de los sesenta del siglo XX había muchos bares de los Estados Unidos donde no se permitía la entrada a las mujeres. En aquella década comenzamos protestas que eventualmente nos dieron acceso a locales como el McSorley's Old Ale House, en el bajo Lado Este de Nueva York, y en 1970 aquel establecimiento de ciento dieciséis años se vio forzado a admitirnos por primera vez. Todavía hoy, los clubs para caballeros siguen excluyendo a las mujeres. Y la segregación racial en el sur de Estados Unidos manchó el honor de todos los restaurantes, desde los más elegantes hasta las farmacias con fuentes de soda, hasta que la aprobación en 1964 del Acta de Derechos Civiles volvió ilegal esa exclusión.

En China, los lugares donde se prepara comida se conocen desde el siglo XI. Probablemente se desarrollaron a

partir de las casas de té que ofrecían alimentos a los viajeros que recorrían esa vasta tierra. Se dice que el primer café parisino abrió sus puertas en la feria de Saint-Germain de 1762, y cincuenta años después hoy hay cuatro mil en esa ciudad. Sólo bien entrado el siglo XVIII, en una fecha bastante reciente en relación a esta historia, aparecieron en Estados Unidos lugares para comer que no fueran parte de un hotel. Lo que en este país logramos en cuanto a innovación comercial, lo perdimos en estilo: aquí se desarrollaron las franquicias que eventualmente llevaron los McDonalds, TacoBells e International House of Pancakes desde las calles de Ulán Bator hasta la Amazonía brasileña.

Los restaurantes de comida mexicana no existen en México, ni los restaurantes de comida china existen en China. Como dijo una poeta, mientras sonreía amargamente ante su audiencia, en Beijing nadie dice "let's go out and eat chinese".<sup>1</sup> La novedad de una manera particular de cocinar, o de lo que se hace pasar por ella, sólo puede existir en los lugares donde esa forma de cocinar es única y exótica.

187

Las comunidades migrantes ayudan a la permanencia de lo mejor de sus comidas de origen, que trasplantan desde hogares lejanos. Puede que los ingredientes auténticos sean difíciles de conseguir, así que desarrollan sustitutos. Generación tras generación, el menú de un restaurante puede hacerse más amplio para adaptarse a las preferencias del país en que se vive, permitiendo el nacimiento de lo que llamamos "moderna comida fusión". En los lugares donde se sirve comida de otras culturas deberán hacerse adecuaciones por la dificultad del visitante para comer especias picantes o el asco local ante lo que en casa se considera exquisito. Recuerdo haberme detenido en una autopista

1 Sawako Nakayasu hizo este comentario en una lectura de poesía a la que asistí y que ocurrió en la Universidad Naropa, en Boulder, Colorado, a inicios de la década del dos mil.

en Tailandia en donde las mujeres estaban hirviendo arañas fritas de grandes tinajas de aceite. ¿Exquisitez o reto juguetón? Ambas, desde el punto de vista de un turista.

188 La mayoría de nosotros fuimos formados por los menús de nuestros hogares en la infancia, igual que por las carencias o la abundancia que allí conocimos. Mi madre, que odiaba cocinar, pero se enorgullecía de algunos pocos platillos, prefería el atún enlatado y un queso anaranjado que parecía plástico, el pan blanco en rebanadas y los vegetales sobrecocidos. Sin embargo, a mi papá le encantaba sacar a la familia para las comidas del domingo, y a menudo fuimos a lugares interesantes. Ya que estábamos sentados alrededor de la mesa, invariablemente nos animaba a “ordenar lo que se nos antojara”. A pesar de todo, sabíamos que había que poner atención en los precios porque si alguno de nosotros pedía algo de lo más caro, en el camino de regreso se dirigiría a nuestra madre y comentaría: “...y ella tuvo que elegir el plato más caro de todos”.

En aparente contradicción —mi hogar de la infancia estuvo lleno de mensajes confusos, sobre la comida y sobre todo lo demás—, la expansiva generosidad de mi papá salía a la luz cuando derrochaba su dinero con auténtico deleite. Cuando yo tenía quince años, visitamos Nuevo Orleans y nos llevó a Antoine's, que se había fundado en 1840 y era en aquel tiempo el restaurante más conocido de la ciudad. Recuerdo que nos tomamos un desayuno barato en Orange Julius —en donde servían un extraño brebaje en una espesa copa donde se mezclaba jugo, leche y un huevo crudo—, porque, según dijo, teníamos que ahorrar para los manjares de la tarde. Ahora que recuerdo estas cosas, me pregunto si en realidad disfrutaba comer en Antoine o simplemente creía que había algo glamoroso en hacerlo.

Cuando ya eran mayores, mis padres iban casi a diario a comer a Furr's Cafeteria, en Albuquerque. Todavía puedo verlos caminar lentamente en la fila familiar, poner

en la bandeja compartida un filete de pollo frito, una pequeña ración de vegetales y un pedazo de pay de manzana. Saludaban a los empleados por su nombre y de verdad apreciaban esa reconfortante comida y esa atención afable. Para aquel entonces, sus paladares se habían cansado de la extravagancia en los sabores y también, de los precios.

Mi abuelo materno, que abusó de mí cuando era muy pequeña, también me llevó por primera vez a la ostionería de la Grand Central Station. Pensar en ambas cosas aún hace que hoy se encoja mi estómago.

Mientras crecía, muchas mujeres de nuestra hipócrita sociedad creían que la delgadez se apreciaba por encima de todo. Y como tantas otras víctimas de un sistema de valores como aquel, mi madre, elegantemente menguada, me animaba a vigilar mi peso incluso en los momentos en que me ofrecía comer otro postre. Siempre me decía que era cosa de tener voluntad. Peleé con la gordura durante la mayor parte de mi vida hasta que llegué a una época, cuando llegaba a mi octava década, que mi cuerpo decidió ponerse cómodo consigo mismo. No hay otra manera de describirlo. Un día dejé de comer más de lo que necesitaba. En unos pocos meses ya había perdido dieciocho kilos. No estaba haciendo dieta. Mi pérdida de peso no era intencional o desesperada. Era como si mi cuerpo lo hubiera decidido: si no puedes hacerlo, supongo que tendré que hacerlo por ti.

Sin embargo, me encanta hornear y cocinar. No hay nada como el olor de un pan recién horneado, que llena la casa.

Cada uno de mis cuatro embarazos me trajo un ansia insaciable por ciertas comidas. Con Gregory se me antojaban las guarniciones de espinacas con crema que servían en un restaurante alemán llamado Luchow's, no muy lejos de mi pequeño apartamento neoyorkino en los años cincuenta. El restaurante estaba muy por encima de lo que podía pagar, pero eso no me desalentaba. Me recuerdo golpeando con los dedos el fino mantel de lino mientras fin-

gía examinar el menú, para después ordenar dos pequeñas guarniciones que hacía durar todo lo que me era posible. Los meseros me daban la bienvenida con recelo confuso, pero yo seguí frecuentando ese lugar hasta pocos días antes de dar a luz. Cuando estaba embarazada de Sarah, compraba aguacates maduros, los cortaba a la mitad, removía su enorme semilla y llenaba el huevo con una marca particular de aderezo para ensaladas color anaranjado neón que compraba en la tienda. Después sacaba una cucharada tras otra, con cuidado de no derramar ni un bocado. Mientras esperaba a Ximena y a Ana, añoraba por los pequeños tacos al pastor que sólo podían comprarse en uno de los puestos nocturnos de la capital azteca. Aún puedo ver el ancho cuchillo cortando pequeños pedazos de carne del trompo y dejándolos sobre diminutas tortillas de maíz. He leído que los antojos durante el embarazo indican una deficiencia en vitaminas o minerales. ¿De verdad será así? Esa carne de puerco no me remite a una necesidad, sino, más bien, al deseo y a las ganas de apapacharme.

Otros momentos en restaurantes regresan a mi memoria. El día que dejé la ciudad de México, que había sido mi hogar durante los últimos ocho años, y abandoné ilegalmente aquel país para llegar a Cuba a través de Checoslovaquia, mi entonces pareja y yo nos detuvimos para comer en un Sanborn's. Escogimos el de la Casa de los Azulejos, en el centro de la ciudad. Yo tenía un platillo favorito: las enchiladas suizas. Desde entonces no he vuelto comer en un Sanborn's —en cualquiera de ellos— sin recordar ese dramático día, cuando me pregunté si volvería a ver mi amada ciudad otra vez.

En Cuba, durante el severo racionamiento de los años setenta, a veces teníamos la suerte suficiente como para conseguir una reservación en El Conejito, un restaurante cercano a nuestro departamento donde cada uno de los platos estaba hecho de conejo. Estofado de conejo. Conejo

a las brasas. Un paté de conejo servido con galletas sería llevado al centro de la mesa mientras mi bolso cuadrado de piel sintética descansaba medio abierto en mis piernas. Yo había forrado con plástico ese bolso y sólo lo usaba en ocasiones como esa. Cuando todos los miembros de la familia se habían saciado, me pasaban lo que les quedaba en el plato y yo guardaba las sobras en el bolso. A veces alcanzaban a durarnos una semana.

Los restaurantes son un lugar donde los ricos, o simplemente los que pueden permitirse comer fuera, entran en contacto con algunos de los trabajadores peor pagados del mundo. El personal que atiende esos lugares cada vez más se compone de gente empobrecida y de distintos colores de piel, migrantes y en situación ilegal a la que le sería difícil encontrar otro trabajo. Como a menudo ganan mucho menos que el salario mínimo, deben depender de propinas para su magros ingresos.

191

Cuando el World Trade Center de la ciudad de Nueva York fue atacado el 11 de septiembre de 2011, el restaurante Windows on the World, ubicado en los pisos 106 y 107 de la torre norte, fue un escenario abrumador para la muerte, igual que en todos los pisos superiores. Pero hubo una diferencia importante entre los empleados de ese restaurante y la gente que trabajaba en las casas de bolsa y las otras oficinas de esos edificios. Los cocineros y meseros de Windows on the World eran, en su mayoría, migrantes indocumentados. Sus familias tuvieron que llorarlos en silencio y no pudieron solicitar la ayuda financiera que se le ofreció a las familias de otras víctimas.

El cliente de un restaurante exclusivo, que paga varios cientos de dólares por una comida, no tiene nada en común con la persona que sirve su mesa. Sin embargo, se necesitan el uno al otro en ese extraño baile que llamamos “vida moderna”.





## ¡Adiós al libro?

Hace algunos años, una amiga me escribió para contarme que se acababa de publicar su novela. ¿En dónde puedo conseguir un ejemplar? Aquí te mando un enlace, me respondió ella. Cuando lo seguí, descubrí que el libro sólo estaba disponible en Kindle. No había ninguna copia física. Ésa fue mi primera experiencia con lo que se ha ido volviendo común: un reemplazo gradual de los libros físicos por sus impostores digitales, algo parecido a la clonación, pero en una clave más pequeña.

Podrá decirse que estoy chapada a la antigua. Me gusta leer libros de verdad, objetos materiales con páginas a las que puedo darle la vuelta, portadas que me atrapen, letras entintadas que a veces guardan incluso un débil aroma del oficio centenario de la composición de libros. Sé que hoy es raro el libro que se produce en imprentas de tipos móviles con algo que se parezca, aunque sea un poco, a tinta para realizar im-

presiones. Pero los facsímiles producidos en masa, sobre todo los bien diseñados, me permiten fantasear otra cosa.

Después de todo, la lectura a menudo se relaciona con el fantaseo. Nos transporta a tierras distantes, tiempos anteriores a los nuestros, o al futuro, con gente con la que no habríamos tomado contacto si no fuera por las historias preservadas por escrito, ideas que agonizan o nos causan deleite. Respuestas a preguntas que no sabíamos que teníamos.

194 Sé que las versiones electrónicas de los libros —en Kindle, Apple Books, Nook...— nos entregan el mismo contenido. Lo hacen incluso de manera más rápida. En lugar de atiborrar una enorme maleta con ellos, puedes viajar con varios cientos de títulos guardados en un pequeño dispositivo. Puedes hacer que la letra se haga más grande o más pequeña, cambiar el fondo blanco para que sea negro acompañado de letras blancas o de distintas variantes de gris, dependiendo de tu capacidad de visión, o de qué tanta luz hay a tu alrededor. Y al tocar una palabra o frase, puedes explorar su historia y su significado en diccionarios, vocabularios y enciclopedias que enriquecen la experiencia.

Pero algo me molesta. Puede que se trate de las maneras en que, para mí, la forma se encuentra con el contenido cuando el vehículo que los entrega es lo que espero de él. Desde los antiguos rollos de papiro hasta las contemporáneas páginas de papel empastadas en una tela elegante, las características físicas de los libros han pasado por una rica historia. Comparemos la escritura en los márgenes con las notas digitales. Reflexionemos sobre el tacto de un forro de tela, de piel, o incluso de papel, en oposición al frío sentimiento de un dispositivo digital. Imaginemos lo que la esencia material decía de los rollos de papiro, las inscripciones cuneiformes, los glifos tallados en la piedra o los códices de los mayas. Seguramente su forma material era tan importante como el contenido que podía leerse allí. Y existe una suntuosa tradición de libros de artista, objetos

únicos con una historia propia que contar. Enredarse en la esquina de un cómodo sofá contra una pila de almohadas en una fría noche de invierno casi requiere un libro de verdad en una mano. Entiendo todas las ventajas que ofrecen los dispositivos digitales, pero denme un tomo hecho a la vieja usanza.

¿Será que a mi edad ya no me encuentro a gusto con el progreso? No. Cambié mi vieja cámara por un modelo digital. Extraño mi cuarto oscuro, pero aprendí Photoshop cuando llegó el momento. Utilizo un teléfono celular, e incluso me deshice de mi línea de teléfono fijo. La pandemia del coronavirus me empujó a aprender sobre plataformas digitales para realizar virtualmente mi trabajo. Hago mucha de mi investigación en línea, y dependo del correo electrónico para conectarme con el mundo.

195

Esto me lleva a los periódicos digitales. ¿Por qué los valoro, mientras que los libros digitales me decepcionan? Creo que tiene que ver con el hecho de que espero que un periódico cambie constantemente, que hable del momento, sea inmediato y relevante para el aquí y el ahora. Los medios que informan de manera digital vuelven posibles respuestas comunitarias que a veces pueden florecer bajo la forma de una discusión a gran escala.

Pero con los libros marco un límite. Espero no vivir lo suficiente como para tenerles que decir adiós. ¿Será que esto me pasa porque soy escritora y, aunque aprecio que mis editores hagan disponibles mis palabras en todas las plataformas, doy la bienvenida a cada libro físico como si fuera un bebé recién nacido? Gozo con lo que los diseñadores hacen con el material en bruto que les ofrezco, desde la portada hasta el formato interior. Siempre estoy dispuesta a ver cómo sus talentos se acompañan con el mío para producir algo elegante, que incite, para que los lectores puedan sentir placer al acercarse. He sido una persona afortunada. Bryce Milligan, el maravilloso editor de Wings

que diseña y produce mis volúmenes de poesía, me ha hecho grandes regalos, particularmente una edición limitada encuadernada a mano de *As If the Empty Chair / Como si la silla vacía*, mi colección de poemas para los desaparecidos de América Latina, y de *Time's Language: Selected Poems 1959-2018*, que fueron elegidos de entre treinta y uno de mis libros de poesía. La Duke University Press, donde he ido publicando mis libros de ensayo, se superó a sí misma con volúmenes como *Only the Road / Solo el camino: Eight decades of Cuban Poetry*, y con mi autobiografía *I Never Left Home: Poet, Feminist, Revolutionary*. Para el volumen que lo acompaña, *My Life in 100 Objects*, busqué una editorial que sabía que sería capaz de reproducir sus cien imágenes a color. Quedé muy emocionada cuando la New Village Press tomó el proyecto, y ése también es un objeto hermoso.

También he sido afortunada en tener muchas ediciones de mi obra a lo largo de los años que han sido bellamente diseñadas en México, Ecuador, Argentina, Colombia, Brasil, Venezuela, Chile, Holanda, Turquía y Japón, entre otros países. Cada país tiene diferentes tradiciones y estilos en su manera de hacer libros. Amo las solapas que tienen muchas de esas ediciones, y que dejaron de estar a la moda en los Estados Unidos.

Y como amo los libros, también amo las librerías, especialmente las independientes que enriquecieron nuestras comunidades antes de que las cadenas acabaran con ellas, y que hoy existen sólo en números reducidos. Puedo pasar horas en esos lugares maravillosos asistida por gente que conoce los libros y los ama. Nunca siento que me apresuran como si estuviera en una venta de bodega. Sé que muchas de esas tiendas reciben títulos de editoriales que se especializan en literatura de mujeres, obras de América Latina y literatura experimental. Sé que las grandes editoras ofrecen un precio preferente a las cadenas, influenciando de esa manera lo que un país llega a leer. A través de esa co-

lución, el gusto lector de Estados Unidos ha sido formado, de manera sutil pero concluyente, para reflejar las necesidades de una sociedad corporativa, consumista, violenta y adicta a la guerra. Ellos quisieran convertirnos en títeres de su sistema. Parece que las editoriales y librerías independientes son una de las últimas líneas de defensa.

La invasión de las grandes cadenas fue de la mano del final del financiamiento gubernamental para las bibliotecas, y de la eliminación de los programas escolares de arte y música, que tuvo el objeto de que los estudiantes gastaran todo su tiempo aprendiendo a hacer pruebas y a sacar nombres y datos de su memoria. El aprendizaje de cómo se piensa ha sido reemplazado por la memorización repetitiva. Como resultado, hubo un descenso en el lugar que Estados Unidos tenía en relación a la innovación, la creatividad y la calidad con que se educa a nuestros niños. Y nuestros "expertos" aún no logran encontrar la razón de esto.

197

Mientras el siglo pasado iba desapareciendo, la ciudad de Albuquerque, con menos de un millón de habitantes, contó con The Living Batch, que durante décadas fue una de las mejores librerías del país. Tuvo a Salt of The Earth, una maravillosa librería que también fue sede durante años para importantes lecturas y conferencias. Tuvo a Full Circle, una de las librerías de mujeres con mejor surtido, y después, también a Sisters and Brothers, una tienda que ofrecía literatura gay y lesbiana. Tresspasser Williams era una tienda en donde los niños podían ir a sesiones semanales de cuentacuentos y encontrar su libro perfecto, sin importar su edad o sus gustos. Cada una de estos maravillosos locales sucumbió eventualmente bajo las presiones de la venta capitalista de libros. Hoy sólo nos queda Bookworks, una librería independiente acogedora y bien surtida que hace lo mejor que puede para llenar el hueco de lo que hemos perdido.

Poco después de la desaparición de tantas buenas librerías independientes, Barnes & Noble y Borders —las

cadenas que las hicieron desaparecer— tuvieron que enfrentar la competencia de Amazon.com, la gigantesca tienda donde se puede comprar de todo, desde libros hasta electrodomésticos. Entonces también las cadenas se volvieron víctimas de una época cambiante.

198 Amazon es un fenómeno sobre el cual es difícil discutir. Odio el poder corporativo que ejerce sobre editoriales y precios, cómo los autores y editores independientes son ignorados o explotados, y los títulos sensacionalistas que promueve. Odio observar cómo una única y poderosa entidad controla la forma en que adquirimos nuestra comida y nuestros saberes. Al mismo tiempo, aprecio que haya un sitio en donde se pueden encontrar libros nuevos y usados, donde al menos algunas de las ganancias benefician al comprador y en donde los lectores pueden reseñar y recomendar libros. Aprecio mi propia página de autora en Amazon, que enlista tantas ediciones de mis títulos a lo largo de los años.

En el capitalismo, el progreso a menudo significa una menor atención a temas vinculados con la originalidad, el arte de hacer bien las cosas y el orgullo por los productos hermosos. Aunque la producción en masa abarata los costos y ayuda a que esos productos estén más ampliamente disponibles, la mayoría de lo que se ahorra va directo a los bolsillos de las grandes industrias, dejando al consumidor desprotegido y con poco qué hacer. Un hecho mucho más peligroso, y menos discutido, es que las corporaciones que controlan la producción también fabrican necesidades, alimentan el interés general en las cosas que benefician a los negocios. También se trata de hacer que la gente compre cosas que la harán menos capaz de pensar, y de volverlos más dependientes de lo que les venden los dueños de las empresas.

Puede que mi dependencia de los libros físicos sea un último y desesperado acto de desafío que recuerda una época diferente, en la que los pensadores independientes

podían empezar una pequeña editorial con mayor facilidad y publicar textos que jamás habrían pasado más allá de los porteros de Random House o Simon & Schuster. Un tiempo en que podía llamar por teléfono a mi librero y pedirle que me ordenara un título capaz de atraparme, o cuando podía vagar entre estantes llenos de objetos inesperrados, rebeldes y mágicos.

Sí, creo que éste no es sino el pequeño manifiesto de una mujer: recuerdos para ser honrados y puestos en libertad. No se trata de negar el progreso o de volverse incapaz de ir al ritmo de esta época. Me va bastante bien en todas esas áreas. Éste es mi pequeño monumento personal a la integridad de la palabra formada en la página: una experiencia palpable e indirecta, libre de la coerción consumista.





¿En qué estarían  
pensando?

Desde el momento en que los artistas comenzaron a dibujar, pintar y esculpir la figura humana, buscaron modelos para que posaran para ellos. En la historia del arte a la que nos enseñaron a prestar atención, la mayoría de esos artistas eran hombres, y la mayoría de sus modelos, mujeres. Algunas mujeres consiguieron una fama modesta al posar para artistas famosos: entraron a nuestra conciencia como musas. Así ocurrió con Camille Claudel, que era la modelo favorita de Auguste Rodin; con Berthe Morisot, que posó para Edouard Manet; y con Dora Maar, que lo hizo para muchos de los cuadros de Picasso. A menudo la relación entre artista y modelo fue complicada o explotadora, como ocurrió con Gauguin y las mujeres polinesias.

Claudel era, ella misma, una artista, y además una muy talentosa. Sin embargo, mientras estuvo viva sólo fue conocida como el tema de las obras de su amante. También

Georgia O’Keeffe y Frida Kahlo fueron artistas extraordinarias. Aunque primero fueron conocidas como musas del fotógrafo Alfred Stieglitz y el muralista Diego Rivera, respectivamente, con el tiempo su arte fue tan reconocido como el de sus esposos, si no es que más todavía. No es coincidencia que O’Keeffe y Kahlo vivieran, ambas, en el siglo XX, cuando se comenzó a poner atención en las mujeres artistas. Cuando se comenzó a poner atención a las mujeres. Y no quisiera dejar esto como una declaración inerte. Esas mujeres aún tuvieron que ser el doble de talentosas, y trabajaron el doble para ganar ese mínimo de atención que eventualmente las llevaría a ser reconocidas.

202           ¿En qué estarían pensando esas modelos, sentadas en largo silencio mientras los hombres esbozaban sus imágenes en lienzos o en piedra? ¿Se habrán roto los silencios por conversaciones más allá del “mira un poco más a la derecha” o el “por favor mantén sus labios abiertos”, o incluso del “avísame si necesitas un descanso”? ¿Alguna de ellas imaginó que su mano empuñaba la brocha o el cincel, una elección propia de colores y formas? ¿O la mayoría pensaba en el hogar y los hijos, el plato que le cocinarían a sus familias, las ganas de volverse a vestir?

Cuando rondaba los veinte años gané un poco de dinero extra modelando para clases de arte en la Universidad de Nuevo México. Una de ellas era el estudio de escultura de Herb Goldman. Otra era un curso impartido por una profesora visitante, Elaine de Kooning, amiga y mentora a la que después acompañé a Nueva York. Elaine sabía de mis ganas de tener entre las manos una pieza de carbón o de tomar el pincel yo misma, de intentar por mí misma una reproducción en lugar de seguir modelando, de ser sujeto más que objeto. Después de la primera sesión, arrancó un pedazo de papel café de un gran rollo, y me dijo que lo intentara. Quince años después, en mi juicio de inmigración en El Paso, Texas, el fiscal me acusó de “haber mode-

lado desnuda para clases de arte en los años cincuenta". La implicación era que yo era una puta. Nunca me volví una artista visual, pero ese momento en que Elaine me animó a intentarlo fue una escala importante en mi viaje hacia la capacidad de actuar independientemente.

Los artistas —en su mayoría, varones, pero cada vez más también mujeres— producen imágenes icónicas, prototipos de esas figuras que llegamos a identificar con una época o cultura particular. Un milenio y medio antes de nuestra era, Nefertiti era la Gran Esposa Real del faraón egipcio Akhenatón. Como se le descubrió en su taller, creemos que el busto pintado de ella fue obra del artista Tutmosis en el año 1345 a.n.e. Como niña, a menudo escuché que se describía a Nefertiti como la mujer más hermosa del mundo, y la verdad es que su clásica figura se convirtió en mi referencia de belleza femenina. No mucha gente conoce hoy el nombre de Tutmosis, pero Nefertiti es conocida a lo largo de todo el mundo.

203

El multifacético artista italiano Leonardo da Vinci pintó la *Mona Lisa* en 1503. Es la figura femenina más famosa del arte occidental, y se la considera una obra fundamental del Renacimiento italiano. Se cree que su modelo fue Lisa del Giocondo. Sabemos que Da Vinci era homosexual, por lo que la relación entre artista y modelo probablemente fue segura y profesional. Quizá la *Mona Lisa* sea la obra de arte más visitada, más comentada, más cantada y más parodiada que jamás haya sido exhibida en un museo. La expresión de la modelo es tranquila y su boca proyecta una sonrisa a punto de desvanecerse. Siempre me ha sido difícil comprender la atracción por Lisa del Giocondo.

En algún momento cercano a 1665, el pintor neerlandés de la Edad de Oro Johannes Vermeer hizo un retrato de una niña con un arete de perlas. El retrato llegó a ser conocido como *La joven del arete de perlas*. La modelo era sirviente en la casa del artista. Desde el momento en que

él la tomó como modelo, probablemente se dedicó a esa labor más que a la limpieza o la cocina. Quizá también fue amante de Vermeer. Siglos después, la alianza de ambos inspiró una novela y una película. Sabemos que la joven y anónima modelo no pudo haber esperado ninguna de estas cosas: las películas ni siquiera habían sido soñadas entonces... Mientras posaba para su amo, quizá se dijo a sí misma que esas sesiones eran infinitamente más sencillas que el trabajo doméstico. O quizá no. Quizá, como todas las jóvenes al servicio de hombres mayores, estaba preocupada por lo que él podría intentar a continuación.

204 Poco antes de morir, el pintor español Diego Velázquez produjo su famosa *Infanta Margarita Teresa con vestido azul* en 1659. La joven aparece en un vestido lujoso que la hace ver el doble de gruesa. Es un retrato típico de los que se comisionaban por miembros de las cortes de Europa: la personalidad de la modelo a veces logra respirar entre todos esos atavíos y símbolos de nobleza. Me imagino que la pequeña Margarita Teresa soportó pacientemente mientras posaba. Después de todo, había sido educada para esas exigencias.

Un siglo y medio después, Francisco de Goya hizo dos retratos de la misma mujer, en idéntica pose. Son conocidas como *La maja desnuda* y *La maja vestida*. En aquel tiempo, en España estaba mal visto pintar mujeres desnudas, y Goya fue interrogado por el tribunal de la Inquisición. No tenemos registro del juicio, así que no sabemos lo que allí ocurrió, pero las pinturas gemelas han sido reverenciadas desde entonces. La palabra *maja* invita a pensar en una mujer de la clase baja. Se cree que la modelo de ambas pinturas, que ahora cuelgan una al lado de la otra en el Museo del Prado de Madrid, fue Pepita Tudó, la amante de Goya. ¿En qué pensó ella mientras descansaba en ese sillón? En cada uno de los cuadros hay un destello diferente en su expresión: parece estar un poco más cómoda en la versión en que está desnuda.

Hay artistas que deforman o fragmentan las imágenes de sus modelos. Ése es el caso de muchas de las mujeres del español Pablo Picasso. Sus famosas *Tres figuras*, pintadas en 1921, entregan la imagen de tres mujeres. Son corpulentas y fornidas. Dos se mantienen de pie, mientras que otra está sentada. En cuanto a su comportamiento, parecen bastante pasivas. Uno puede imaginar que están allí sólo para que las use el artista. A través de su larga carrera, Picasso utilizó a muchos modelos, hombres y mujeres, para distorsionarlos a su voluntad. En su periodo cubista descompuso a sus modelos en ángulos y planos. Eso los volvió irreconocibles, aunque durante años convirtiera a esos cuadros en la encarnación perfecta del arte moderno.

205

El colombiano Fernando Botero Angulo es otro pintor que distorsiona a sus modelos. Es conocido como un artista figurativo, pero toda la gente que pinta es gorda, de manera casi grotesca, y sus cuerpos enormes se balancean en pequeños pies. Botero pinta a hombres y mujeres de esta manera, pero sus retratos de mujeres contradicen de manera aún más obvia el ideal de belleza femenina. Su estilo ha sido llamado “boterismo”. Esas partes corporales magnificadas presentan su crítica política, a veces su humor. Cuando se le preguntó por qué había desarrollado este particular estilo, dijo que uno adopta esa posición de forma intuitiva, y más tarde intenta racionalizarlo o incluso justificarlo.

Botero no es el primer artista cuyo trabajo exagera o distorsiona la forma humana. Doménicos Theotokópoulos, pintor, escultor y arquitecto griego del Renacimiento español mejor conocido como El Greco, gustaba de alargar las figuras que pintaba. Así lo hizo también el escultor suizo de inicios del siglo XX Alberto Giacometti. El artista irlandés Francis Bacon estrechaba y comprimía sus modelos para adecuarlos a su única concepción. El estadounidense Grant Wood se ganó la fama instantánea con su pintura *American Gothic*, que muestra una granja con una

ventana larga y estrecha en su nativa Iowa. De pie frente a la ventana hay un hombre y una mujer de cuyas caras alargadas dijo el artista: "me imaginé a la gente del gótico americano con rostros estirados que pudieran acompañar esa casa". Los modelos de Wood fueron su hermano y su dentista, a quienes retrató como un granjero y su hija, vistiéndolos como si fueran "daguerrotipos de mi viejo álbum familiar". A menudo, lo que identifica a un artista ha sido su forma de proyectar la figura humana, no como la vemos, sino como su pasión quiere contar su historia.

206

Los grandes retratos no sólo han sido obra de pintores, sino de fotógrafos. Uno de ellos es la *Madre migrante* de Dorothea Lange, hecha en 1936 cuando la fotógrafa norteamericana estaba documentando la Gran Depresión. Sabemos que la persona que retrató se llamaba Florence Owens Thompson. En ese conocido retrato ella mira hacia la lente encarnando la esencia de su pobreza y su desesperanza. Los dos niños acurrucados en ella voltean a otro lado. Ni siquiera vemos sus rostros.

Muchos artistas varones retrataron a sus madres. James McNeill Whistler lo hizo en 1981. Llamó a su retrato *Arreglo en gris y negro núm. 1*, pero hoy se le conoce con el nombre de *La madre de Whistler*. El pintor neerlandés del siglo XX Willem de Kooning pintó a su madre una y otra vez: se cree que ella era la mujer en que él pensaba cuando hizo su serie sobre mujeres a mediados de los años cincuenta. Aunque hayan sido abstraídos más allá de cualquier fácil de reconocimiento de la forma humana, se puede reconocer la voraz boca abierta y el feroz comportamiento que tanto miedo le daba a Kooning cuando era niño. También mi amiga Elaine de Kooning, esposa de Willem, fue conocida por sus retratos. Pintó docenas de hombres y mujeres, famosos o amigos, viejos o jóvenes. Cada uno es una obra maestra. Soy afortunada de que me haya dibujado en siete pequeños bocetos en blanco y negro. No puedo recordar

en qué estaba pensando mientras posaba para esos dibujos. Probablemente estábamos contándonos chismes del mundo del arte, como acostumbrábamos a hacer.

Cuando llegué a la ciudad de Nueva York, al final del verano de 1958, encontré trabajo posando para un artista llamado León Golub. Siempre quería que me desnudara, aunque me pintara con un imaginario tutú de bailarina. Golub era educado y amable. Después de cada sesión matutina de dos horas, me daba un vaso de jugo de naranja recién exprimido y me despedía después de darme dos dólares. Ya no recuerdo qué pasaba por mi mente mientras posaba para él.

¿En que habrían pensado aquellas musas de artistas famosos mientras las dibujaban, las pintaban o las esculpían? ¿En qué pensaba yo en la quietud de aquellas horas mientras posaba para las clases de arte de Nuevo México o Nueva York? En la mayor parte de los casos ya no puedo acordarme. Todo lo que sé es que en algún rincón oscuro de mi ser yo añoraba ser la artista y no el tema retratado.

Con el tiempo logré dar ese paso.





## El gen de la simpleza juguetona

Mientras escribo, mi esposa y yo cumplimos juntas treinta y cuatro años. Vivimos juntas desde 1986, pero sólo pudimos legalizar nuestra unión en 2013, cuando el matrimonio igualitario fue aprobado por la ley. No imaginábamos que la ceremonia civil nos iba a conmover tanto. Uno de los detalles que recordamos con deleite es cómo nos formamos para que nos dieran nuestra licencia en el Palacio Municipal de Brooklyn. En la fila, una pareja de afroamericanas, de complexión muy gruesa, estaban divirtiéndose adelante de nosotras. Ellas y su grupo de amigas estaban pasándola bien. Una llevaba una gorra de beisbol llena de extravagantes botones. La alegría y simpleza de todas era contagiosa. Parecía combinar la expresión de un amor que había sido ilegal hasta hacía muy poco con una sana dosis de capacidad para hacer fiesta a partir de cualquier situación.

Barbara y yo hemos trabajado mucho por una relación en la que ambas nos sentimos muy afortunadas, y hay muchos aspectos de ella que la han hecho sólida. El compromiso. La confianza. La transparencia. La sensibilidad artística y el aprecio por la obra de la otra. El apoyo mutuo. La generosidad de espíritu. La posibilidad de depender en la otra. El acuerdo común frente a los grandes temas de la vida. Y una cierta facilidad para enfrentar sus ires y venires. Pero si nos pidieran nombrar un aspecto particularmente importante de nuestra relación, sospecho que ambas diríamos: la simpleza juguetona.

210

No es fácil definir esa simpleza, ponerla en palabras. O la tienes o no. Si la tienes, no necesitas explicarla. Y si no la tienes, ninguna explicación funciona. No se trata de volverse trivial o de hacer payasadas. Seguramente tiene que ver con la capacidad de jugar. A menudo se relaciona con bromas que sólo nosotras creemos graciosas. A veces nos hace estremecer de risa, arribar a un paroxismo de placer, cuando las lágrimas saltan de nuestros ojos. Es, al mismo tiempo, inesperada y necesaria. Y extremadamente íntima. Es un comportamiento que nos acerca, alivia el dolor y ocasionalmente hace uso de un humor negro que sólo podemos mostrar con la otra porque para cualquier otra persona le parecería sexista, racista, xenofóbico o que incurre en alguna otra de esas posturas que rechazamos con vehemencia. Podemos hacer ese tipo de bromas con la otra porque sabemos que no estamos sumergiéndonos en esa cloaca, sino burlándonos de quienes sí lo hacen. Quizás exorcizamos una niñez nutrida de cierto racismo al encontrarnos con ella en las frases donde aún vive para reírnos en su cara molesta.

Conforme vamos envejeciendo, oímos cada vez menos. Aunque pueda ser molesto, también da la oportunidad para conversaciones escandalosas. Nuestros comentarios mal escuchados a menudo ofrecen nuevas oportunidades para

la simpleza. Tenemos problemas de comunicación, como cuando una de nosotras exclama: “¡Santo Dios, pensé que habías dicho que ‘caminó setenta dildos’”, o cuando la otra escucha “tócate en grande” cuando el consejo había sido “toca cuidarse”, y entonces nos morimos de risa. Otros problemas relacionados con nuestra edad casi siempre hacen aparecer la simpleza, más que la exasperación o el enojo. Se trata siempre de convertir la discapacidad en una oportunidad para el juego.

Nos hemos preguntado si nacimos con un gen para la simpleza, o quizá si nuestro condicionamiento social, tan distinto —Barbara tuvo que enfrentar un medio de clase trabajadora muy conservador y fundamentalista, yo, uno liberal y de clase media—, nos llevó, a pesar de todo, a vivir vidas gemelas.

211

Cuando nos conocimos, la mayoría de nuestros amigos se sorprendieron por lo urgente de la atracción que sentíamos. El deseo se liberaba en torrentes. A través de los años nos acostumbamos a un ritmo más tranquilo, pero la intensidad permanece. Cuando una de nosotras estuvo fuera por un tiempo, la otra invariablemente sufre una sequía de simplezas. Cuando estamos juntas de nuevo y la simpleza retorna, las dos experimentamos un alivio enorme. De la misma manera, cuando una se enferma, la simpleza puede resentirse por el dolor, la poca energía o el cansancio. Y entonces ambas la extrañamos.

Disfrutamos a los amigos que son simples, incluso en relación a las cosas importantes, aunque también tenemos amigos muy queridos a quienes les falta ese gen. Pero aquellos que toman las situaciones demasiado en serio, o que se toman a sí mismos demasiado en serio, terminan por aburrirnos o exasperarnos. Esto es cierto incluso si nuestra conversación gira en torno de políticas inhumanas, la guerra, el abuso hacia las mujeres y las minorías, las prácticas criminales hacia los migrantes, el acoso y otras

brutalidades por el estilo. No es que no nos demos cuenta de que discutimos cosas serias. Lo hacemos, y de manera muy profunda. Pero si no podemos cambiarlas, sí podemos, por lo menos, reírnos de ellas. El humor negro puede aliviarnos. ¿Por qué? La verdad es que no sé.

Quisiera poder dar un ejemplo de esta simpleza que ayudara a explicarla con claridad y a mostrar cómo funciona. Cómo la usamos sin abusar de ella, sin pasar esa frontera invisible. Hay allí cierto grado de sofisticación. Me es difícil dar ese ejemplo, porque él podría reducir o invalidar el concepto. Cuando se intenta compartir una broma privada, a menudo una se encuentra pasando el doble de tiempo explicando por qué ella es graciosa. Y sin embargo, ningún escucha se ríe.

Quizá podría hablar de culturas donde me di cuenta de que esa simpleza era parte de la vida cotidiana. Aunque quizá les sorprenda, una de ellas es Vietnam. En otoño de 1974, seis meses antes del fin de la guerra de Estados Unidos con ese país, la Unión de Mujeres de Vietnam del Norte me invitó a viajar por toda la parte superior de aquel país. En esos entonces Vietnam estaba dividida en dos, y el norte estaba en las manos firmes de los comunistas.

Me llevaron en jeep desde Hanoi hasta el paralelo 17, y hacia adentro del territorio liberado de Quang Tri, mientras nos deteníamos para hablar con mujeres que operaban artillería anti-aérea, con personas que habían pasado años bajo túneles subterráneos, con jóvenes mujeres cuyos esposos y hermanos estaban en la línea de fuego. Yo quería escribir un libro sobre las mujeres vietnamitas en la guerra. Me ofrecieron un guía y un traductor.

A menudo escuchaba cómo quienes me recibieron hablaban entre ellos. Se reían mucho más de lo que habría imaginado. ¿Estaban contándose bromas a la mitad de esa trágica guerra? Cuando se los pregunté, me tradujeron con

grandes esfuerzos las cosas graciosas que se estaban contando. Una de las bromas tenía que ver con las bombas “descendiendo como caca”. Me observaron, quizá esperando que me riera con ellos. Seguro me vieron desconcertada. Tuvieron que pasar años para que entendiera que aquellos compañeros vietnamitas estaban usando el humor negro y la simpleza para desarmar la tensión diaria en que vivían.

Cuando Barbara, que fue maestra de nivel medio durante veinte años, me contó sobre una broma dicha por uno de sus estudiantes navajo, identifiqué ese mismo componente de simpleza en su humor. Quizá la simpleza juguetona sea una forma en que los grupos que viven constantes dificultades se enfrentan con el dolor. Hoy puedo entender su utilidad.

213

Se dice que los tiempos desesperados necesitan medidas desesperadas.

Puede que la simpleza sea a la desesperanza lo mismo que la lucha social es a la frustración de contemplar la destrucción de nuestra madre tierra y la devastación de sus pueblos. Aún no hemos logrado revertir esa tendencia, así que esperamos que la simpleza juguetona nos ayude a tomar el relevo.



## Lo que ellos pudieron haber dicho

Esta pandemia mundial me ha hecho pensar en los amigos y familiares que he amado y que ya no están aquí. Quizá porque espero que el virus pudiera llevarse a muchos. Si, como parece posible, la cantidad de muertes rebasa los millones, algunos de ellos probablemente serán personas que conozco. Hoy pienso en algunos de los amigos a los que ya no les tocó esta crisis, con su angustia, su miedo y su inseguridad. Escucho sus voces, y me imagino lo que habrían dicho.

Mi padre habría sido obstinadamente optimista. Siempre fue así. Quizá porque en realidad creía que las cosas encontrarían su camino, quizá porque sentía que su rol era convencer a los demás de eso. Mi madre se habría preocupado por cada aspecto de la situación, compartiendo cada consejo que le cayera en sus manos, quizá entrando en un completo aislamiento. Ambos sobrevivieron a la gripa

española de 1918, pero mi papá tenía doce años y mi madre ocho, así que probablemente eran demasiado jóvenes como para experimentar aquella ansiedad colectiva, aunque incluso como niños habrán sentido que algo atroz estaba ocurriendo. Mi hermana Ann murió hace varios años. Como era ansiosa, quizá habría sufrido esta crisis más que la mayoría. Me alivia que ninguno de ellos esté aquí para enfrentar el terror de este tiempo.

216 Seguramente Meridel LeSueur nos habría recordado que esta no es la primera crisis de esta magnitud que hemos sobrevivido, y que tampoco será la última. Meridel: puedo escucharte otra vez hablando del péndulo de la historia, contándonos como se balancea inevitablemente del horror a la reconciliación para después regresar. Poeta de las praderas y de los ideales del socialismo, poseíste una vasta comprensión de la vida y las luchas. Habrías encontrado sabiduría en esta situación peligrosa y nos habrías mantenido enfocadas en la justicia. Habrías hecho caso del distanciamiento social, pero seguramente habrías priorizado la solidaridad social. Extraño tu calma, tus ojos sabios y tu voz experimentada.

La poeta maidu Janice Gould, que se fue en 2019, también habría tenido alguna cosa profunda que decir sobre el tiempo que vivimos. Pero mientras Meridel habría hablado en tonos vehementes, tú, Janice, nos habrías entregado un mensaje más íntimo — igual de memorable, pero capaz de tentar las ideas y sentimientos que desenterramos a través de la observación y la contemplación tranquila. Estoy segura de que habrías relacionado la sabiduría tradicional de tu tribu con lo que la vida te enseñó como poeta lesbiana con linajes mezclados, hija de una mujer nativa y un padre transexual que se convirtió en Barbara cuando ya era mayor. Janice, deseo haber podido leer un último poema tuyo que relacionara tu propia historia con aquello contra lo que luchamos hoy, que nos inspirara para mantener la esperanza.



Laurette Séjourné, te fuiste hace tantos años que me pregunto si aún puedo hablar contigo hoy. ¿Cuánto tiempo persiste la memoria después de la muerte? ¿Por cuánto tiempo más podremos continuar conversando? Nuestra conexión me parece demasiado poderosa como para desaparecer así nada más. Me enseñaste tantas cosas cuando éramos cercanas, en aquellos años mexicanos turbulentos y ricos, y después, cuando me visitaste en Cuba. Y me ofreciste esas lecciones de una forma que no voy a olvidar jamás, declarando con resolución tus ideas, como si fueran verdades científicas, y esperando después mi respuesta vacilante antes de evaluar qué parte deberías repetir o clarificar para que yo entendiera mejor. Y sin embargo, siempre lo hacías con amor. Siempre con amor.

217

Mark Behr: cuando pienso en ti, revive mi rechazo inicial a conocerte, y cómo después cedí, y llegué a amarte más allá de cualquier medida. Tu vida entera era una personificación de la capacidad para la absolución que tienen los seres humanos. Hermano mío, de incansable genialidad, no tengo dudas de que tendrías mucho para decirnos el día de hoy. Y nada de ello habría sido lo que una espera que se diga a la mitad de una crisis como ésta. De alguna manera, hacías que todo se sintiera nuevo. Estoy segura de que habríamos llorado y reído juntos. Habrías elaborado conexiones sorprendentes, y cada una de ellas me habría puesto en relación con alguno de los aspectos de la vida, o de mí misma, que florece en el momento en que tu voz lo expresa. ¡Querido Mark, cómo te he extrañado, ahora y en cada momento!

Elaine de Kooning: habrías mantenido tu sonrisa mientras abrazabas a tu familia y tus amigos. Habrías sonreído mucho, incluso habrías encontrado razones inesperadas para reír a carcajadas. Habrías hecho bromas escandalosas y luego te habrías detenido un momento para asegurarte de que sabías que estabas al tanto de lo más terrible que se

mueve en lo profundo de esta situación, y al mismo tiempo estarías actuando para ayudar a todas las personas que tendrías cerca. Y habrías estado cerca de gente de todo tipo: amigos y conocidos, gente de la calle y compradores de arte. El distanciamiento social no estaba en tu manera de ser. Tu exuberancia habría sido más contagiosa que cualquier virus. Si no nos hubieras dejado hace más de treinta años, quizá habrías sido una de las que se llevara esta plaga: después de todo, eras una fumadora constante, y tus pulmones podrían haber sido vulnerables. Parece que la vida te ahorró este momento de espanto.

218

Y Michael Ratner. ¡Michael, qué útil podría sernos hoy tu inteligencia y tu compromiso! Eso es quizá lo que primero me llega a la mente cuando pienso en tu vida: cómo pudieron coincidir en la misma persona una incisiva mente legal y un activista comprometido. Aún guardo la sensación de aquel pequeño paréntesis de paz a la mitad de una guerra, mientras flotábamos perezosamente a la mitad del Gran Lago de Nicaragua, en 1983: dos amigos en un barco de remos escapándose del desastre por un rato. Y un par de años después, cuando me di cuenta de que el gobierno iniciaría procedimientos de deportación en mi contra, cómo mi primera llamada fue para ti. Tu decisión inmediata de tomar mi caso plantó una semilla de esperanza que se mantuvo hasta ganar junto a ti. Seguramente tu trabajo fue así de importante para cada una de las personas que defendiste. Tu espíritu único y reconfortante aún me acompaña hoy.

Eleni Bastea: estabas muy lejos cuando te moriste, en un lugar donde podías recibir los tratamientos que necesitabas, y también, una beca que te llenaba de alegría. Me da tanto gusto que hayas tenido esa beca por el tiempo que la mantuviste. Tú, que pensaste tanto los lugares y la falta de morada, seguramente habrías tenido algo que decir sobre cómo este virus nos desorienta. Sí. Te lo perdiste por

sólo algunas semanas, pero el último texto que escribiste y que me compartiste hablaba con elocuencia sobre la memoria y los lugares. Mientras morías, delgada hasta causar dolor, diste todo hasta el momento final. Estoy tan contenta de que no tuvieras que sentir miedo por este nuevo peligro que se habría añadido a la lucha que estabas librando con tanto valor.

Querida Rini Price, que te fuiste hace tan poco tiempo, seguro habrías vuelto a mirar hacia atrás, con la expresión pensativa que tenías tan a menudo, y después te habrías puesto a elaborar un dibujo perfecto. Puedo verte otra vez: tu mirada fija más allá de donde alcanzamos a ver, tu mano y el implemento para dibujar moviéndose sin esfuerzo a través del papel. Siempre tenías un comentario irónico sobre la condición humana. Nos decías “la especie”, y sabíamos exactamente a qué te referías. Incluso en la niebla que te envolvió durante tus últimos meses, habrías encontrado una manera de comunicar un poco de esa sabiduría creadora que caracterizó tu manera de ser. Sólo espero que hubiéramos sido capaces de escucharte.

219

Imagino un coro de voces, demasiadas para recrearlas aquí.

Pero los escucho a todos, dándole un nuevo sentido a los regalos que ofrecieron en vida.



# Estrellas de mar sobre una playa: una fábula para 2020

1

Pienso en una historia que Barbara contaba siempre, acerca de un hombre en una playa salpicada de miles de estrellas de mar. Él las iba recogiendo una por una, y las arrojaba de vuelta al agua. Otro hombre que pasaba (parece que en esas historias siempre son hombres los que aparecen) se detuvo, se quedó mirando un rato y después dijo: “Nunca las va a poder devolver a todas. ¿Cree que lo que hace importa de verdad?”. El primer hombre recogió otra estrella, la lanzó a las olas y le respondió: “A esa le importa”.

1 Se publicó primero en *Starfish on a Beach: The Pandemic Poems*, Wings Press, San Antonio, Texas, 2020, y en *Estrellas de mar sobre una playa: los poemas de la pandemia / Starfish on a Beach: The Pandemic Poems*, coedición entre Editorial Abisinia y Escarabajo Editorial, Buenos Aires, Argentina, y Bogotá, Colombia, 2020. Este texto fue traducido por Sandra Toro.

Pienso en esa historia ahora, en el contexto del COVID-19, la plaga que enferma y mata gente en todo el mundo. Oí que, tanto los que creen en la ciencia como los cristianos y demás fundamentalistas, sugieren que es un sacrificio. La Tierra está limpiándose la superpoblación, librándose del excedente humano, por así decirlo. Los fundamentalistas cambiarían la palabra Tierra por Dios.

Lo que me lleva al siguiente pensamiento: Incluso si no podemos salvar a todos los que se enferman, tenemos que hacer lo posible por proteger a tantos como se pueda. Tal vez no les importe a todos, pero seguro “a ese” le va importar.

## Acerca de la variedad de géneros

Para comenzar, permítanme apuntar que sé que estoy entrando a un territorio difícil. No soy una persona transgénero, sino una lesbiana blanca y de clase media. No nací en el cuerpo equivocado y no pretendo hablar por la gente que sí lo hicieron. Cedo la última palabra sobre el tema a quienes han hecho el difícil viaje hacia su género auténtico, o que han tenido la necesidad de hacerlo. Pero, así como conozco a un rango diverso de personas en esa situación —aquellas que transicionaron de la manera más completa posible, aquellas que eligieron no tomar hormonas o pasar por cirugías, aquellas que asumieron una identidad andrógina y aquellas para quienes vestirse de otra forma es una concesión aceptable—, también creo que todos los que hemos pensado en este complejo tema tenemos derecho de pronunciar nuestra propia opinión. Después de todo, aquellos que no nacieron pobres han escrito sobre la po-

breza. Aquellos que nacimos en este país expresamos nuestro punto de vista sobre la migración, y a menudo tenemos cosas interesantes que decir. Todos necesitan aliados reflexivos. Cuando menos, espero que este ensayo ayude a iniciar una conversación. Con toda humildad, confieso que mis opiniones incluyen más preguntas que respuestas.

224

Las mujeres que han nacido en un cuerpo de varón desean presentarse como son de verdad. También los varones nacidos en un cuerpo de mujer desean lo mismo. Lo valoro y lo respeto. Un varón biológico que se sabe mujer puede convertirse físicamente en una a través de tratamientos hormonales y una cirugía final. Si se presentar a sí misma como mujer, puede florecer en ese cuerpo femenino en que quizás se adivinaba como heterosexual; quizás también puede darse cuenta que, en realidad, es lesbiana. A veces puede haber sorpresas adicionales. Una persona nacida en un cuerpo de mujer siempre se supo varón. A través de tratamientos hormonales y cirugía, hace su transición. Sea en la dirección que sea, un cambio de este tipo también requiere un trabajo psicológico: la adaptación puede ser dramática. Muchas de esas transiciones funcionan, pero es posible que otras no lleguen a satisfacer a la persona que busca consonancia entre su cuerpo y su espíritu. Valoro y respeto a cada una de esas personas, siento alegría por las que logran sentirse cómodas con su decisión de habitar en un cuerpo en que finalmente caben, y me entristezco profundamente por aquellas que no lo logran.

Pudiera hacerse la pregunta de si el género es una cuestión biológica, psicológica, o algo que mezcla las dos. Si reconocemos que hay una vinculación entre cuerpo y mente, es probable que elijamos esa última opción. ¿Pero qué tanto pesa la biología y qué tanto la psicología? ¿Y cómo se altera la ecuación a partir de los convencionalismos de la cultura y la aceptación o el rechazo de la sociedad?

En años recientes comenzó a utilizarse de manera frecuente el término *no binario*. Aquellos que reivindican esta



identificación se rehusan a ser categorizados como mujeres o varones, que durante generaciones fueron las únicas dos posibilidades genéricas permitidas en nuestra cultura. A través de mi vida he visto cómo, al menos en algunos lugares, se añadieron a esas posibilidades la de *lesbiana*, *homosexual*, *bisexual*, *queer*, *transgénero* e *intersexual*. En las culturas más progresistas esas ocho identidades hoy son reconocidas como legítimas. Dentro de algunas comunidades indígenas siempre hubo un lugar para aquellos que tenían una expresión genérica indeterminada o dual. Se les llamó “gente de dos espíritus”. Doy la bienvenida a esa amplificación en el reconocimiento de los diferentes géneros, pero también creo que todas esas categorías quedan lamentablemente cortas frente a todas las identidades de género que en verdad existen. Lo *no binario* apenas rasca la superficie de lo que somos. Creo que hay tantas identidades de género como seres humanos.

225

¿Y por qué limitar esta observación a los seres humanos? A través del mundo animal observamos un rango extraordinariamente amplio de prácticas e identidades sexuales: entre seres del mismo sexo, con el llamado sexo opuesto, animales que poseen genitales masculinos y femeninos y asumen la identidad que se requiere en momentos diferentes de sus vidas, y animales asexuales que se reproducen a través de otros medios.

Un tema derivado de esta discusión es la forma espuria en que los intereses de derecha han utilizado la diferencia para prender la mecha de las guerras culturales que ayudarían a mover la balanza política a favor suyo. Estigmatizar a algunas personas para que nos sean “otras” siempre ha sido una práctica común a regímenes autoritarios, y una buena manera de animar y tomar ventaja de actitudes racistas, homofóbicas y xenofóbicas que infectan nuestra sociedad desde hace tiempo. Hemos visto cómo esa actitud ha reclamado víctimas a lo largo de nuestra historia, desde indí-

genas americanos, afroamericanos, hispanos, migrantes de Medio Oriente y personas de descendencia asiática, hasta los disidentes sexuales o de género, migrantes, madres adolescentes y aquellos que perdieron su hogar o su bienestar. Durante la Segunda Guerra Mundial, los japoneses y germanoamericanos fueron aislados, y en el caso de los primeros, confinados en campos de prisioneros. Después del 11 de septiembre de 2001, los árabes, y cualquiera que lo pareciera, tuvo que soportar la peor parte del odio y el miedo de nuestra nación. Hoy mismo, los migrantes y la gente transgénero están entre los blancos principales del menosprecio oficial.

226

Para los hombres y mujeres transgénero de mi país, el escándalo en los baños públicos de hace algunos años fue un ejemplo de ese menosprecio.<sup>1</sup>

Una miseria silenciosa y no pocas muertes son resultado de tanto menosprecio y tantas burlas amparadas en ciertos códigos morales inventados. Desde 2015, Human Rights Campaign ha documentado una violencia creciente contra las personas transgénero. Hasta ahora, y sólo en Estados Unidos, el año 2020 ha visto más de veinte crímenes de odio que llevaron a la muerte, en su mayoría dirigidos a mujeres transgénero negras. En México, mientras preparábamos la versión en español de este libro, el Observatorio Nacional de Crímenes de Odio contra personas LGBT registró 87 crímenes de odio sólo entre mayo de 2020 y abril de 2021. 47% de ellos fueron dirigidos contra mujeres trans. Estas cifras no incluyen las muertes

1 En 2016, durante la presidencia de Barack Obama, los departamentos de justicia y educación de Estados Unidos lanzaron un mandato a las instituciones educativas públicas y privadas donde se declaraba que esas instituciones deberían permitir que los estudiantes transgénero usaran los baños acordes a su identidad genérica. Sin embargo, las luchas sobre a quiénes se les debería permitir usar qué baños públicos continúan el día de hoy, sobre todo en la parte sur del país.

por suicidio o resultado del desempleo, del trabajo sexual forzado o de la imposibilidad de acceder a servicios de salud adecuados. Sólo por estos crímenes deberíamos estar obligados a reconocer el terrible prejuicio dirigido contra las personas transgénero.

Y no sólo la derecha practica la agresión dirigida a personas transgénero en particular. Demasiado a menudo, también nuestras propias comunidades han sido culpables de un comportamiento así. Entre muchos momentos vergonzosos, recuerdo el Michigan Womyn's Music Festival de hace algunos años, cuando se considero que las mujeres transgénero no tenían derecho a entrar. No fueron vistas como mujeres "auténticas".<sup>2</sup> En el mismo periodo, los va-  
 rones transgénero fueron acusados frecuentemente de haber realizado su transición con el objetivo de beneficiarse del privilegio masculino más que por sentir que habían nacido en el cuerpo equivocado. Las aseveraciones hechas por personas ajenas son riesgosas e, inevitablemente, despiertan la sospecha.

227

Como ya he dicho, valoro y respeto las elecciones que la gente hace para vivir sus vidas, las identidades que asumen y la tremenda valentía que es necesaria —sobre todo en una sociedad como la nuestra, tan dominada por lo religioso— para embarcarse deliberadamente en el camino de cambiar

- 2 El Michigan Womyn's Music Festival fue un evento de mujeres feministas que se realizó anualmente entre 1976 y 2015 en terrenos privados localizados en Oceana Country, Michigan. El evento era pensado, producido, realizado y dirigido únicamente a mujeres, y se permitía la presencia de sus niñas, niños y bebés. En 2014, el festival anunció su política de sólo permitir la asistencia de "mujeres nacidas en cuerpo de mujer", excluyendo de esa forma a las mujeres transgénero. Esto llevó a que la organización Equality Michigan boicoteara el festival, y despertó las críticas de la Human Rights Campaign, la GLAAD, el Centro Nacional para los Derechos de las Lesbianas y el Equipo Nacional de Trabajo LGBTQ. El siguiente fue el último año en que se realizó el evento.

la identidad biológica de nacimiento de uno mismo. No se puede tomar a la ligera estas decisiones: son dolorosas e implican cierto grado de riesgo. Vivir en contradicción con el propio cuerpo físico debe ser como vivir en desequilibrio cada uno de los propios días, pero es complejo y difícil ponerle remedio a esa situación. Creo que el acompañamiento, los tratamientos hormonales, la electrolisis y las intervenciones quirúrgicas necesarias para lograr el cambio deseado debieran ser valoradas y respetadas, apoyadas, y que deberían estar disponibles de manera universal y gratuita, de la misma manera en que debería estarlo todo el sistema de salud.

228

Al mismo tiempo, siento la necesidad de decir que la miseria personal, el horror de encontrarse a uno mismo en un cuerpo físico equivocado, el peligro hacia la propia salud que conllevan los tratamientos hormonales y las cirugías correctivas... Quizá nada de esto sería necesario si la sociedad permitiera a cada persona ser lo que él, ella o ellos son. Seguramente algunos aún sentirían la necesidad de transicionar físicamente: ello debería ser su derecho. Pero quizá algunos de nosotros no tomaríamos ese riesgo si en verdad comprendiéramos que todos somos no binarios, y que las etiquetas que se nos han impuesto no han funcionado para el propio beneficio, sino que nos han conducido a vivir de acuerdo con estereotipos que fueron impulsados por las religiones dominantes y que le producen obscenas cantidades de dinero a la industria de la moda y los cosméticos, los practicantes de cirugías plásticas, los concursos de belleza y las escuelas de etiqueta.

En otras palabras, ¿qué tal que la necesidad de reasignación de género fuera, en muy buena medida, producto de la incapacidad de nuestra cultura para reconocer la individualidad en lugar de forzarla dentro de marcos estrechos? La sociedad misma está obligada a cambiar. El cambio no debiera ser la responsabilidad de las personas que no caben en las presentaciones genéricas prescritas.

El tiempo puede reparar la agonía, aunque lo haga lentamente. Sabemos de figuras históricas que han vivido una presentación de género diferente porque sintieron que habían nacido en un cuerpo equivocado, o amado a alguien de su propio género, o para poder luchar en una guerra o para tomar una profesión. A veces el disfraz se revelaba sólo con la muerte de la persona, sorprendiendo incluso a las personas más cercanas. Guardamos memoria de una papisa, de la que se dice es la razón por la que todos los papas subsecuentes son forzados a pasar por un examen que asegure que poseen genitales masculinos.<sup>3</sup>

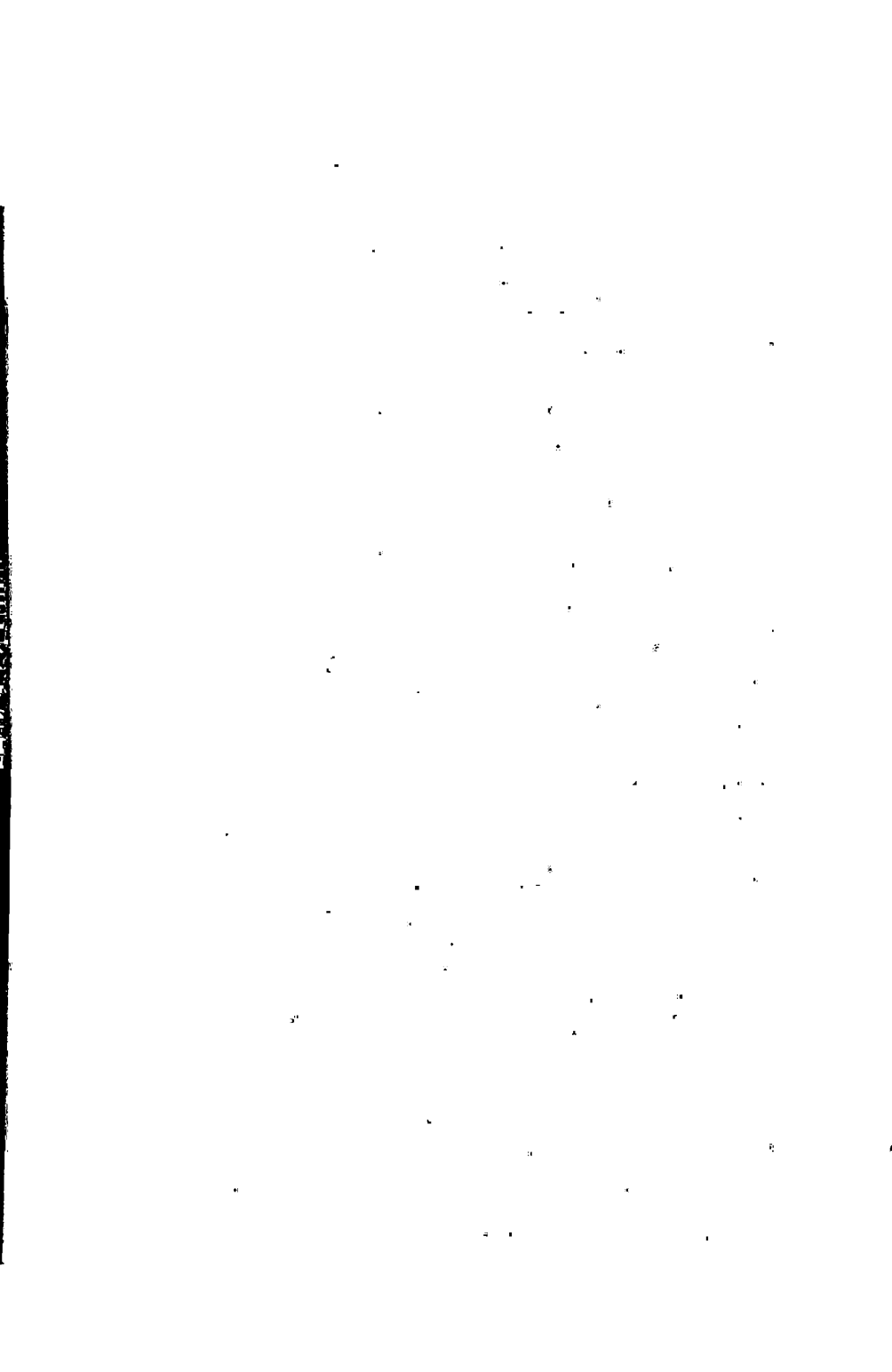
La historia del Orlando de Virginia Woolf es una metáfora de la diferencia a través de los siglos.<sup>4</sup>

229

Escribo mis reflexiones sabiendo que puedo ser atacada por aquellos que han vivido una realidad que no puedo comprender. Me reconforto recordando a Galileo, quien comprendió que al hablar contra los dogmas de la iglesia, máxima autoridad en su tiempo, se arriesgaba a ser condenado o a cosas peores aún. Pero Galileo decidió hablar, y hoy sus descubrimientos son reconocidos y aceptados como ciencia legítima. Él también supo cuándo debía guardar silencio, pues era consciente de que hacerlo le daría la libertad necesaria para continuar trabajando. A mí aún me falta cultivar ese silencio.

3 De acuerdo a la leyenda, el Papa Juan (Ioannes Anglicus; 855–857) fue una mujer que reinó como papa durante algunos años en la época medieval. Se dice que tomó el nombre de Juan VIII. Su historia apareció por primera vez en las crónicas del siglo XIII y después se difundió por toda Europa. Durante siglos se creyó ampliamente en esta historia, pero los estudiosos modernos hoy la consideran ficticia. A pesar de todo, la historia fue utilizada para fortalecer la creencia, propia de la jerarquía católica, de que sólo los varones pueden dirigir la Iglesia.

4 *Orlando*, la novela de Virginia Woolf, está basada en la relación amorosa de la autora con Vita Sackville-West. Su protagonista reaparece a través del tiempo, siempre con una identidad que pone en crisis los estereotipos de género. La novela también fue adaptada en un largometraje.



# El arte y tecnología a lo largo del espacio y el tiempo

A finales de 2020, un par de experiencias me hicieron reflexionar sobre la comunicación y la escritura (de manera global, a través de la historia y las culturas), así como sobre otros géneros artísticos también impactados por la tecnología. A finales de 2020, mi hijo Gregory y otros dos profesores de la Universidad de la República (UDELAR), en Uruguay, ofrecieron un curso sobre arte y tecnología. Los estudiantes pertenecían, en partes iguales, al campo artístico y de las ingenierías. Uno de ellos fue mi nieto, Martín, que es ingeniero como su padre. Tuve la oportunidad de asistir virtualmente a una sesión dedicada al arte y la tecnología en sus relaciones con la comunicación. En ella Gregory dio una introducción al tema y Martín y otro estudiante hicieron una presentación. Más o menos en la misma época, mi esposa Barbara y yo acabábamos de ver dos episodios de *Nova* dedicados a la historia de la

escritura. Ambos llevaban el nombre *De la A a la Z: cómo la escritura cambió el mundo*. Quiero comenzar estas notas reconociendo las contribuciones de Gregory y Martin Randall, así como de Barbara Byers. Por supuesto, sólo yo soy responsable del lugar a donde mi intuición me ha llevado.

232 La intersección fortuita de estos episodios de *Nova* con la clase de Gregory me hizo pensar sobre la dimensión comunicativa de la escritura y otros géneros artísticos, y en cómo la comunicación en sí misma ha ido cambiando a través de la historia. Cómo los avances en la tecnología han influido y facilitado estos cambios, y cómo la visión artística coincide con ellos y ayuda a darles forma. Esas consideraciones también me hicieron reflexionar en los muchos temas que emanan de esa historia, como el del desarrollo de la escritura en diferentes culturas y a lo largo del tiempo: cómo los copistas medievales y los posteriores métodos de reproducción afectaron el acceso a la información, creando los grupos letrados e iletrados. La relación entre arte y comunicación está ejemplificada en todas partes, desde las antiguas pinturas rupestres descubiertas en distintos lugares del sur de Europa hasta los glifos mayas con sus definiciones esculturales dentro de lo que hoy son Guatemala, Honduras y México; en los códices mayas, de los cuales sólo cinco sobrevivieron a la conquista española; en los manuscritos ricamente iluminados de la Edad Media; en los movimientos murales de diferentes países y épocas, el diseño industrial, los cientos de tipografías creadas y utilizadas el día de hoy; y en cómo los conflictos políticos han producido propaganda y códigos casi imposibles de descifrar, por quedarme sólo en algunos ejemplos. Desde las primeras épocas de nuestra historia y nuestra llamada “pre-historia”,<sup>1</sup> han existido clases de personas que tuvieron un acceso mayor o

1 Rechazo la idea de que la historia haya comenzado con la invención de la escritura. Prefiero la idea de que la vida humana en la tierra ha atrave-



menor al conocimiento. La tecnología —desde la habilidad de hacer fuego hasta el desarrollo del tejido, la cerámica, la metalurgia y los sistemas de navegación y comunicación, entre otros— consistentemente ha llevado a más y más gente a un ámbito más letrado.

Desde hace tiempo me ha impresionado cómo la escritura se desarrolló de manera simultánea, y a menudo siguiendo tendencias similares en áreas del mundo distantes unas de otras y sin ningún contacto concebible entre ellas.<sup>2</sup> En algunos lugares tomó la forma de escritura cuneiforme o jeroglífica (es decir, de símbolos que combinan elementos logográficos, silábicos y alfabéticos). En otros lugares lo que hoy llamamos letras representaban sonidos. Como el desarrollo humano ha seguido la misma trayectoria en casi todos los lugares, o por alguna otra razón que aún no somos capaces de descifrar, soluciones similares a menudo se aplicaron a problemas similares.

233

Por ejemplo, el Principio de Rebus ha sido común tanto para el chino como para el egipcio, lenguas que, incluso en el día de hoy, parecen mantener una correspondencia

sado una única historia puntuada por eventos que la llevaron a diferentes direcciones y le permitieron dar grandes saltos sociales y culturales.

- 2 Leori Gourhan (1911-1986), un arqueólogo, paleontólogo y antropólogo francés, escribió de forma brillante sobre las relaciones entre lo técnico (que describió como una tendencia universal) y lo étnico (que pensaba como concreción específica y diferenciada). Puso bastante atención en cómo culturas diversas en diferentes partes del mundo llegaron a descubrimientos e invenciones similares en lugares donde no era posible el contacto entre ellas. Para su comprensión de la evolución humana es crucial la noción de que la transición al estado erecto liberó la mano para agarrar y el rostro para hacer gestos y hablar, así como que el desarrollo del córtex, la tecnología y la lengua siguieron, todos ellos, a la adopción de la postura erguida. Él postuló la existencia de un tercer tipo de memoria (además de la memoria genética contenida en el ADN y la memoria individual del sistema nervioso), y por tanto una forma nueva de anticipación o programación.

muy marcada. El Rebus es un símbolo que a menudo precede una letra o un pictograma e indica el área de la vida que describe. Un pictograma que pudiera ser leído tanto como para significar tristeza como para significar árbol puede entenderse como significando árbol cuando es precedido por una marca que es común a los bosques. Este tipo de pista también puede encontrarse en los glifos mayas. Otra característica común es la forma en que los números han influenciado el desarrollo de la lengua. Pueden encontrarse secuencias de números en antiguos sistemas de escritura, pero la relación más obvia el día de hoy es el uso digital del sistema binario del cero y el uno.

234

Si hoy no sólo pensamos en la forma escrita de la comunicación, sino en sus formas habladas, visuales y gestuales, llegaremos a temas como el de la importancia de la oralidad y el lenguaje corporal en la preservación de culturas de una generación a la que sigue, la gran variedad de pedagogías que han sido desarrolladas para la enseñanza de todos los niveles, la pintura, la escultura, la fotografía, la oratoria política, los sermones religiosos, los mitos, las alegorías, los anuncios comerciales, los diarios y los libros de recetas (donde mucha de la escritura de mujeres se escondió a sí misma en tiempos anteriores a que nuestro trabajo se considerara aceptable para una publicación más amplia), la poesía, géneros relacionados con el humor como los cómics, las caricaturas y las bromas, las canciones, el teatro y la ópera a través de las culturas y a lo largo de la historia, la narración de historias antes de irse a dormir y otras prácticas orales que orientan nuestra forma de criar, e incluso variaciones tan particularmente ricas como la mímica y los muchos lenguajes de señas usados por los mudos y los sordos, donde la expresión tridimensional sustituye de forma necesaria a la voz. O el braille, donde la comunicación es permitida por el tacto de conjuntos de puntos en relieve. Se me ocurre, también, la práctica del mimo.

La ciencia ficción y otros géneros artísticos revelan lo imaginado por cada generación sobre lo que podría ser el futuro, y es interesante mirar cómo un estado de las cosas que parecía futurista para nuestros abuelos puede volverse cosa de todos los días para nosotros. Pensemos en los cuadernos de Leonardo Da Vinci, donde se encuentran dibujos de trajes para estar debajo del mar, pistolas, elevadores, aeroplanos y otros inventos que aparecieron siglos después de la muerte del artista. Mucho después que Leonardo Da Vinci, George Orwell, Marge Piercy y Margaret Atwood escribieron libros proféticos y aterradores que proyectaban situaciones que hoy se han vuelto demasiado reales. La intersección entre arte y tecnología no es lineal, sino que se mueve hacia atrás y adelante a lo largo del tiempo.

235

Durante el largo periodo de la experiencia humana, los abuelos y abuelas han utilizado consejos y puesto en práctica poderosos ejemplos no verbales para instruir a las madres y padres sobre cómo se vuelve uno humano. Las madres y padres, a su vez, lo han hecho con sus hijos. *Humano* a menudo ha querido decir *moral*, con acento en la ética que es propia de un cierto tiempo y lugar. En su sentido más profundo, *humano* sólo significa eso: una persona que se sabe agente responsable en relación con otras personas; que tiene una sensibilidad y una capacidad para experimentar emociones y hacer elecciones que caracterizan a la especie humana como diferente de otros animales.

También las artes visuales son una forma de lenguaje. En este momento pasan por mi mente las pinturas rupestres, el arte religioso de la Edad Media (la manera en que los vitrales y estatuas de las iglesias europeas funcionaban como libros ilustrados que contaban las historias de la Biblia a quienes las visitaban), las grandes tradiciones del mosaico y la pintura mural y todos los movimientos artísticos de ruptura, como el Renacimiento, el manierismo, el barroco, el rococó, el neoclasicismo, el romanticismo, el

cubismo, el impresionismo, el surrealismo, Dadá, el expresionismo abstracto, el minimalismo y el arte pop. Cada uno reflejó las características sociopolíticas de un lugar y una época y la respuesta del artista a dicha época. Lo mismo pudiera decirse de la música, el teatro, la danza y todas las otras artes.

236

Los lenguajes hablados son únicos en que corren el riesgo de extinguirse cuando los grupos que los hablan se vuelven demasiado pequeños como para asegurar su sobrevivencia. Cuando el último hablante ha muerto, su lengua no puede ser revivida. Hoy, a un tercio de las lenguas del mundo les quedan menos de mil hablantes. De entre las siete mil lenguas que se hablan en el mundo, una muere cada dos semanas. Para fines del próximo siglo, se predice que entre el 50% y 90% de ellas habrán desaparecido. Mi amigo, el poeta y organizador cultural Bob Holman, dedicó años a investigar las lenguas en peligro del País de Gales y Australia. Grabó a los ancianos que aún quedaban vivos y podían hablar su lengua o su dialecto.<sup>3</sup> Hoy muchos especialistas dedican sus esfuerzos a salvar las lenguas en peligro.

En todas las sociedades debemos preguntarnos a nosotros mismos quién es el que se comunica, a quién se le permite comunicarse. Nuestro conocimiento del mundo queda sesgado si las únicas voces que escuchamos son las de los propietarios y los conquistadores. En tiempos recientes comenzamos a volvernos capaces de escuchar las voces de las mujeres, las minorías, las lesbianas, los varones homosexuales,

3 *Language Matters*, la película ideada y co-producida por Bob Holman, se estrenó en el Museo Nacional del Indio Americano el 21 de enero de 2015 y fue transmitida por la PBS en el mismo mes. Fue grabada alrededor del mundo, incluyendo una isla remota más allá de las costas de Australia en donde 400 personas nativas hablan diez lenguas en peligro, en un País de Gales donde un galés que antes estuvo en peligro ahora está regresando con salud, y en un Hawaii donde la población nativa está luchando para salvar su lengua materna.

las personas transgénero, los migrantes, aquellos que tienen alguna discapacidad mental o física, los muy jóvenes y los muy viejos. Todo ello expandió nuestra capacidad de conocer el mundo tal como es, pero inevitablemente algunos grupos siguieron estando relegados o ignorados. Siempre hay nuevos grupos a los que necesitamos escuchar.

Es cierto, adicionalmente, que hacer espacio a estas voces a menudo es resultado de nuevas tendencias y modas, y que su publicación puede nacer de un intento de capitalizar económicamente una fascinación momentánea. Por ejemplo, el canon literario construido por la academia norteamericana es, todavía hoy, abrumadoramente masculino, blanco y de las clases altas; de ninguna manera refleja el amplio rango de personas que han escrito de manera brillante en el pasado o lo están haciendo hoy. Puede que cursos optativos integren a escritoras mujeres, nativos indígenas, negros, hispánicos o LGBTQ, pero es poco probable que se les incluya como bibliografía básica o que ganen algún lugar en el canon.

237

A través de la historia, algunos grupos reprimidos desarrollaron lenguajes propios que les permitieron manio-  
brar en territorio peligroso por culpa de las desigualdades de género o de algún otro tipo. Uno de esos lenguajes es el *nushu*, que se basa en la escritura china regular, el *hanzi*, pero con muchas menos sílabas, y que se habló exclusivamente por las mujeres de Jiangyong, en la provincia de Hunan, al sur de China. Se cree que el *nushu* pudo haberse desarrollado en fechas tan tempranas como los siglos XIII y XIV, y desarrolló sus mayores posibilidades de expresión hacia mediados del siglo XVII. Hace algunos años leí sobre la última mujer viva que sabía comunicarse en *nushu*. Los investigadores corrieron a grabar lo que pudieron de lo que ella aún recordaba.

En los Estados Unidos, muchas tribus nativas tienen historias lingüísticas de una gran riqueza, en general igno-

radas por quienes no pertenecen a ellas. En los momentos mismos en que Estados Unidos arrebató tierras tribales, ofendía las culturas indígenas llegando, en algunos casos, a destruirlas, y exigía que sólo se usara el inglés en las escuelas dentro de las reservas, edictos gubernamentales llegaron a prohibir las reuniones o las celebraciones religiosas. Las tradiciones clandestinas o el sincretismo reemplazaron las tradiciones nativas en su plenitud. La condescendencia se disfrazó como ayuda, al tiempo que a naciones enteras se les negaba sus derechos culturales. Historias similares existen en Canadá y Australia. Hoy muchas tribus preservan sus lenguas al enseñarlas en sus escuelas y al publicar literatura en sus lenguas maternas. A menudo esto último se hace en ediciones que presentan el original junto a traducciones en la página contigua. La traducción experta es en todas las lenguas un área importante de comunicación cultural. A pesar de que, desafortunadamente, haya sido relegada dentro del mundo literario, la traducción es una forma de arte en sí misma.

Los afroamericanos han creado algo que llaman *Black English*, al que a veces se refieren como ebónico. Es una forma comunicativa que se nutre de las expresiones del Sur rural, con una infusión de palabras africanas que llegaron junto al tráfico de esclavos, y embellecido con el habla callejera de las clases trabajadoras afroamericanas. Lo conocí por primera vez cuando era profesora en el Trinity College en las décadas de los ochentas y noventas. Varios de mis estudiantes me preguntaron si podían escribir sus trabajos finales en *Black English*. Les dije que sí, y luego tuve que esforzarme para leerlos y comentarlos. Una vez que adquirí una comprensión modesta de él, pude apreciar la riqueza de expresión de este dialecto.

El vasto número de migrantes que llegan a Estados Unidos desde países hispanohablantes a menudo ha llevado al desarrollo de un *spanglish* que combina palabras y ex-

presiones siguiendo la forma en que la lengua de sus países se ha mezclado con la lengua de aquí. Ese *spanglish* está presente en la poesía, lo mismo que en el habla cotidiana. Cada lengua hablada por un grupo de migrantes suficientemente grande enriquece la lengua del país que los recibe. Estoy convencida de que la norma aceptada del inglés, lo mismo que la de cualquier otra lengua (por ejemplo, la que es aprobada por la academia de la lengua de ese país), es una limitación más que un impulso creativo. Las nuevas palabras y expresiones entran constantemente a cada lengua.

Colonizadores de todo el mundo han intentado acabar con una profusión de lenguas indígenas. Durante algunas generaciones incluso pudieron lograrlo. Repetidamente utilizaron la religión para encubrir sus prácticas. De manera alternativa, puede que declaren estar preservando la lengua nativa mientras, al mismo tiempo, subvierten su cultura. El Instituto Lingüístico de Verano, con sede en Norman, Oklahoma, durante años ha mandado a especialistas a través del mundo para traducir el Nuevo Testamento y utilizarlo para convertir y hacer proselitismo. Es alarmante que muchos de sus traductores hayan sido tan competentes que se les haya contratado en proyectos seculares, y que hayan logrado inyectar en ellos su visión cristiana del mundo. Cada vez más los hablantes nativos se enfrentan con esas prácticas.

239

Recuerdo con vergüenza cómo, cuando, en la década de los sesenta, el poeta mexicano Sergio Mondragón y yo editamos *El Corno Emplumado / The Plumed Horn*, una revista literaria bilingüe que aparecía en la Ciudad de México, publicamos a varios escritores indígenas presentándolos sólo como "poetas primitivos" sin siquiera distinguirlos por su nombre o el grupo al que pertenecían. Hoy presentamos un intento de corregir este tipo de minorización. Cada vez se publica más y más literatura indígena, aunque aún no se le da la atención suficiente.

Joy Harjo, un miembro matriculado de la tribu mvs-koke, y en este momento poeta laureado de Estados Unidos por tercer periodo, editó recientemente *Cuando se abatió la luz del mundo, nuestras canciones lograron permanecer* (Norton, 2020), una antología de 160 poetas nativos que representa a muchas naciones a lo largo de varias generaciones. Es una colección extraordinaria, pero quizá dice mucho el hecho de que se haya publicado sólo después de que tuvimos a un poeta laureado indígena.

240

La Universidad Nacional Autónoma de México organiza un fascinante evento poético cada dos años. Se llama *Las lenguas de América*. Se invita a doce poetas a leer de su obra: uno de cada una de las lenguas europeas del continente —español, francés, inglés y portugués— y ocho más representando al náhuatl, maya, quechua, aymara, tzotzil, guaraní, mapudungun, seri o a alguna otra de las cientos de lenguas indígenas habladas a lo largo y ancho de América. Yo fui invitada dos veces a este evento revelador como poeta que escribía en inglés, primero en 2006 y después otra vez en 2013. Me conmovió mucho escuchar a poetas que leían su obra en lenguas que no comprendía, y cuyo tono e inflexiones, sin embargo, produjeron una profunda respuesta emotiva en mí.

La historia de la comunicación humana se ha acelerado dramáticamente conforme avanza la historia. Gregory abrió la clase a la que asistí con un breve recordatorio de algunas fechas importantes. Señaló que podemos fijar la escritura cuneiforme mesopotámica en torno del 3400 a.n.e. Los jeroglíficos egipcios están fechados alrededor de 150 años después, hacia el 3250 a.n.e. Se cree que la piedra de Hammurabi fue erigida en la antigua Babilonia en el 1754 a.n.e. Grabada en una estela de diorita, y exhibida en una plaza pública, enlistaba 282 leyes (aunque hoy sólo sean visibles alrededor de 30 de ellas), y es el primer ejemplo de comunicación comunitaria del que tenemos registro. La piedra de Hammurabi fue



descubierta para la modernidad en 1901 y, como tantos otros artefactos robados por el colonialismo, se exhibe el día de hoy en el museo del Louvre, en París.

Otra clave para el desciframiento de las escrituras antiguas es la famosa piedra de Rosetta, también llevada por el saqueo colonialista al Museo Británico de Londres. La piedra de Rosetta fue descubierta en 1799 por las tropas de Napoleón en el Fuerte St. Julien, en Egipto. Fue elaborada en el 196 a.n.e. y ha permitido que los investigadores descifren los jeroglíficos porque tiene textos idénticos en demótico y griego antiguo al lado del antiguo egipcio. El nombre de Rosetta hoy tiene una conexión tan profunda con el lenguaje en su totalidad que fue tomado para bautizar un sistema de aprendizaje de las lenguas que es popular entre estudiantes de todo el mundo.

241

Hemos datado los jeroglíficos mayas hacia el 300 a.n.e. Me he parado maravillada frente a estelas de piedra cubiertas con glifos que guardan genealogías y narrativas de distinto tipo. Parecen exudar memoria viva que me cuenta que, incluso estando en presencia de un lenguaje que no conozco, una esencia misteriosa se hace presente. Es como si los significados emergieran de la piedra misma.

No mucho después de que los mayas hubieran comenzado a grabar sus jeroglíficos, el movimiento de la escritura y la comunicación que se desarrollaba en Europa convocó a los copistas, artistas que transcribieron a mano, laboriosamente, sobre pergaminos y vitelas, los libros considerados sagrados por las principales religiones del mundo: el judaísmo, el cristianismo, el Islam, y otras. Utilizaron instrumentos de escritura hechos a partir de cañas, y después, de plumas extraídas de los pájaros. A menudo estos libros estuvieron ricamente iluminados con diseños en que se incluía el estilo de la escritura. Completar un libro podía tardar un año, o incluso más. Los minerales utilizados en las porciones a color de cada página fueron importados de

Asia y el Oriente Medio; fueron hechos a partir de polvo de turquesa y lapislázuli, y del polvo de otras piedras. La hoja de oro se usó con magnificencia.

242 Es interesante que este arte de producir un único libro iluminado en pergamino haya venido después de un tiempo en que los mucho más abundantes y menos costosos papiros egipcios se ido volviendo escasos tras la fragmentación del imperio romano. Los rollos de papiro fueron leídos por grandes números de personas en las bibliotecas públicas a través de todo el norte de África y de Asia, como las antiguas bibliotecas de Alejandría y Éfeso. El mismo imperio romano era conocido por sus bibliotecas: una ciudad de tamaño mediano podía llegar a tener 20 o 30 en donde la gente llegaba a leer sobre literatura, historia, ciencia y otros temas. La Edad Media trajo una reducción dramática a esta accesibilidad. Me sorprendió aprender que muchos de los rollos de papiro fueron escritos por esclavos, lo que prueba que mucha gente perteneciente a esta clase, la más oprimida de todas, sabía leer y escribir. Las ediciones iluminadas, mucho más únicas y elitistas, fueron copiadas por especialistas de la clase artesana que dedicaban sus vidas a perfeccionar complejos talentos caligráficos. Los rollos de papiro fueron la versión de esa época de los libros en rústica, estaban disponibles para el fácil consumo del público. Un libro iluminado excepcional era propiedad de una familia rica o se mantendría bajo custodia de la iglesia o la corte.

Si ponemos la atención en el tipo de comunicación que viaja más allá de la plaza donde un Sócrates u otro hombre sabio podía exponer oralmente lo que pensaba, será posible seguir la pista de las formas en que se han enviado mensajes de un lugar a otro a través de la historia y el mundo entero. El correo fue inventado en China en épocas tan tempranas como el 900 a.n.e. Augusto creó un sistema de correos administrado por el Estado en el primer siglo n.e. En lo que hoy es Perú, los incas tuvieron sus

chasquis desde el siglo XII n.e. Se trataba de corredores que llevaban mensajes a través de los caminos incas en distancias de hasta 150 millas al día. Para los siglos XV y XVI, muchos países europeos ya tenían servicios postales. Y en 1792, el gobierno de los Estados Unidos estableció su departamento postal.

Estos sistemas permitieron que las cartas fueran enviadas de lugar en lugar utilizando un sistema confiable administrado por el Estado. Aquí, en los Estados Unidos, considerábamos hasta hace muy poco a nuestros servicios postales como algo completamente digno de confianza, casi sagrado. Hoy, él sufre las fisuras que son comunes a tantas áreas del gobierno que antes eran dignas de confianza.

243

La publicación de la Biblia de Gutenberg de 1440 marcó el inicio de la impresión moderna que llevó, eventualmente, a la reproducción masiva de textos. Pero durante el siglo XVIII la comunicación comenzó a avanzar de manera mucho más rápida.

Dependiendo de la historia que uno elija creer, el inventor del telégrafo fue Samuel Morse o Alexander Popov. Ambos anunciaron su descubrimiento a fines de la década de 1700. Al innovador italiano Antonio Meucci se le da el crédito de haber inventado el primer teléfono rudimentario seis décadas después, en 1849. El inventor francés Charles Bourseul desarrolló un teléfono en 1854, pero Alexander Graham Bell consiguió la primera patente del aparato en 1876 y hoy es considerado su inventor en todo el mundo occidental. La política determina quién creemos que llega primero, la persona a quien damos crédito por una invención y la fecha en que decimos que ocurrió. No cuestioné que Bell había sido el inventor del teléfono —lo aprendí como un hecho en la primaria—, hasta que a mis hijos, que fueron educados en Cuba, les enseñaron que el inventor había sido Meucci. Y los usos extendidos del telégrafo y el teléfono cambiaron la comunicación radicalmente.

La radio fue inventado en 1844 y para 1920 era ampliamente utilizada en todo el mundo desarrollado. Yo nací en 1936, y los progresos en la comunicación de masas se desarrollaron de manera aún más rápida a lo largo de mi vida. Fui testigo del funcionamiento de los tipos móviles y el linotipo, pasé horas sentada frente a una máquina de fotocomposición o moviendo la manija de una duplicadora al alcohol o una fotocopidora. Aprendí varios métodos de impresión fotográfica antes de graduarme en la era de la tecnología digital. En 1962 el mundo vio el primer satélite de comunicación. El internet tal y como lo conocemos inició en 1994 y para finales de siglo ya era usado masivamente en todo el mundo. Hoy la gente cuelga información en la red o la manda por correo electrónico de persona a persona, y dependiendo de la velocidad del servicio, la recibe en segundos o fracciones de segundo.

El que hoy las computadoras nos conecten de persona a persona a través del espacio y el tiempo es un avance extraordinario en las tecnologías de la comunicación. En 1984 había 1,000 computadoras personales. En 1987 había 10,000, en 1989 100,000, y un millón en 1992. Internet apareció en 1994. Para 1996 había diez millones de computadoras en todo el mundo. El año 2010 marcó el inicio del *machine learning* y del análisis de grandes volúmenes de datos. No puede sobrestimarse la importancia de esta conexión instantánea entre personas a través de internet.

Recuerdo vívidamente los años sesenta, cuando Sergio Mondragón y yo editábamos *El Corno Emplumado*. Nuestro objetivo era presentar traducciones excelentes de poesía y prosa y hacer posible que los lectores de América del Norte accedieran a literatura escrita en español, y que los lectores latinoamericanos accedieran a literatura escrita en inglés. Se trató de un esfuerzo digno, y todavía hoy se nos da el crédito de haber construido puentes desde la literatura. Sin embargo, la tecnología que teníamos disponible era típica

de su tiempo. Toda la comunicación se realizaba a través del servicio postal y no podíamos pagar el servicio de correo aéreo para los paquetes pesados que contenían escritos u obras de arte. Mandábamos todo a través del correo normal, que viajaba por barco. Las llamadas telefónicas a larga distancia estaban lejos de nuestras posibilidades económicas, y el internet, más allá de nuestra imaginación.

Cuando poetas de Buenos Aires, Nueva York o Londres nos enviaban sus obras, tardaban en llegar entre tres y cuatro meses pasando por el conjunto de servicios postales de cada país. Leíamos lo que nos habían enviado y mandábamos una carta de aceptación o rechazo que tardaría otros tres o cuatro meses en llegarle al poeta. Enviar una obra a una revista literaria internacional tardaba medio año sólo entre el envío y la respuesta. Hoy casi todos los envíos de este tipo se hacen en línea. El único lapso temporal es el que utiliza el editor para decidir si publicará o no el escrito.

245

Aunque las transmisiones radiofónicas empezaron en los Estados Unidos en 1920, y las cintas cinematográficas lo hicieron un par de décadas después, la comunicación masiva opuesta al mensaje individual se incrementó vastamente con la propaganda inducida por ambos bandos durante la Segunda Guerra Mundial. Los nazis eran particularmente adeptos a esa forma de comunicación. Estoy pensando en películas de Leni Riefenstahl, como *El triunfo de la voluntad* (1935), y en la propaganda que creó para las Olimpiadas de Berlín en 1936. O en *Germanos contra faraones* (1939) de Anton Kutter, que asegura que las tribus germánicas tomaron el conocimiento de los antiguos faraones egipcios, implicando con ello que el genio artístico ario creó las pirámides. Se trata de un buen ejemplo de cómo se puede usar el arte para validar falsamente una teoría absurda y racista. Algunas de las muestras de propaganda nazi para las Olimpiadas terminó contradiciendo su objeto cuando los noticieros cinematográficos mostraron a Jesse Owens, un atleta

negro que había ganado varias carreras y la medalla por salto de longitud. Así, la propaganda producida para exaltar al Tercer Reich mostró, en lugar de eso, la estrechez de miras del racismo alemán.

246 En los Estados Unidos, la Oficina de Información de Guerra dirigió la propaganda para la Segunda Guerra Mundial. Utilizó pósters, la radio, noticieros cinematográficos y largometrajes, así como otros medios de comunicación, para aumentar la aprobación hacia la guerra, el apoyo popular al ejército, la adhesión a los racionamientos, y para animar a las mujeres a los trabajos fabriles dejados por los hombres que habían sido llamados al frente. El patriotismo era su tema central. Esta propaganda utilizó la culpa psicológica, el miedo, los apodos insultantes, los eufemismos, estadísticas sesgadas y testimonios convincentes. La mentira más devastadora de mi gobierno en la propaganda de la Segunda Guerra Mundial probablemente fue la de que el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki fue necesario para ponerle un alto a la guerra, cuando sabemos que para ese tiempo Japón ya planeaba rendirse. El comunismo se convertiría en el siguiente enemigo de los Estados Unidos, y esa nación sacrificaría cientos de miles de civiles japoneses para inocular miedo en la Unión Soviética, un país que en el tiempo de la guerra había sido uno de nuestros más firmes aliados.

Los carteles merecen especial atención, pues a menudo se producen rápidamente para promover ideas urgentes. Los carteles de tiempos de guerra en general no tienen mucho mérito artístico o poder de permanencia: son vívidos y directos, y quieren cumplir con lo que les toca en el momento. Los carteles deportivos usualmente se comportan igual. Pero algunos países, como Polonia y Cuba, son famosos por la significativa producción de carteles efectivos por su capacidad para afirmar ideas y que además perduran como obras de arte muy aclamadas. Algunas tecnologías, como la serigrafía, se volvieron populares

precisamente porque fueron utilizadas en ellos. Se trata de la forma más exitosa de una comunicación que emplea por partes iguales el arte y la tecnología.

Desde sus inicios, el cine ha sido un importante vehículo de comunicación masiva. Aunque técnicas tempranas que utilizaban luz, como el teatro de sombras y la linterna mágica, precedieron a las tecnologías más avanzadas, generalmente se fecha la llegada de los largometrajes en torno de finales del siglo XIX, y la novedad se transformó rápidamente en una bien establecida industria de entretenimiento masivo. Pronto se establecieron a lo largo del mundo estudios y compañías productoras. Los efectos especiales llegaron después. Las películas mudas fueron sustituidas por las habladas ("*talkies*"), comenzaron a comisionarse bandas sonoras para ser usadas especialmente en películas, y ellas fueron vendidas como *soundtracks*, se desarrollaron y mejoraron tecnologías de animación. Aún puedo recordar cómo los artistas de animación dibujaban miles de imágenes separadas para producir figuras en movimiento. Hoy todo eso se hace de manera digital.

247

Aunque se dice que la edad de oro de Hollywood terminó en la década de los sesenta, las películas siguen teniendo un enorme impacto el día de hoy. Durante muchos años, los principales estudios de Hollywood fueron feudos que establecían las costumbres sociales para las generaciones del futuro. Las actrices tenían el papel de la chica perfecta que vive al lado o el de la vampiresa seductora, versiones filmicas de la puta y la virgen. Los protagonistas varones eran presentados como el hombre con que toda mujer querría casarse, incluso si en la vida real eran homosexuales. Poco a poco los proyectos de menor presupuesto comenzaron a ganar atención mientras se presentaban en festivales y cines de arte. Las películas en 3D disfrutaron de una breve popularidad, y géneros como los musicales y las películas de horror tuvieron sus momentos de gran impacto.

Las plataformas de suscripción como Netflix, Amazon Prime y Hulu hoy amenazan la sobrevivencia de los cines de una manera similar a como las cadenas amenazaron (y en buena medida, aniquilaron) a las librerías independientes hace dos décadas. La pornografía y el cine *snuff* se han convertido en categorías que perviven en las sombras, pero siguen siendo un negocio galopante por su influencia y las ganancias que dejan. El cine casero ganó popularidad con la llegada de tecnologías como el 8mm, el video y las cámaras de celulares. Y no hay duda de que aún quedan muchos géneros cinematográficos capaces de mover multitudes.

248

La televisión llegó en 1948, justo después de la Segunda Guerra Mundial. Se desarrolló y difundió con rapidez en la década de los cincuentas. Yo crecí en una época anterior, y la radio era mi entretenimiento favorito. En la adolescencia, después de irme de casa, recuerdo haber regresado sólo para encontrar a mi hermano y hermana más chicos pegados a la primera televisión en blanco y negro que tuvo la familia. La necesaria creatividad de cuando escuchábamos la radio y teníamos que imaginar el aspecto de cada personaje nos creó habilidades que supongo faltan en las generaciones que recibieron todo empaquetado a través de la pantalla chica.

Me pregunto si el reemplazo de la radio por la televisión como el entretenimiento por excelencia de los norteamericanos no tuvo que ver con el inicio de una época donde todo sería clasificado como entretenimiento: los noticieros, el teatro, los juegos de preguntas, los concursos, incluso los comerciales. Los llamados *reality shows* crearon estándares de comportamiento imposibles: la mayoría de sus espectadores no se da cuenta de que las situaciones de crisis en ellos fueron construidas para atraer a su audiencia. Programas de citas como *The Bachelor* convirtieron al romance en un concurso en el que los concursantes son eliminados uno a uno. Conductores de *talk shows* como Phil Donahue, Larry King y Oprah Winfrey se volvieron gente conocida:



Oprah tiene franquicias en distintos idiomas a lo largo del mundo y se hizo de un poder y una influencia que no son comunes entre las mujeres negras. Algunos conductores, como Jerry Springer, cobraron fama haciendo que sus invitados se sintieran lo más incómodos posible, y de manera inevitable sus programas terminaban en peleas videograbadas que alimentaban el hambre del público por una golpiza. Los videojuegos que vienen del cine ofrecen atracciones interactivas para los más jóvenes y se han ido volviendo adictivos. Algunas personas creen que ellos son responsables de la violencia descontrolada del día de hoy. (En algunos de ellos, los héroes son nazis o miembros de Ku Klux Klan). El objeto ya no es informar, sino entre-

249

tener, que a menudo quiere decir adormecer y llevar a la aquiescencia. Y hoy el entretenimiento en línea amenaza a la televisión abierta y por cable.

La intencionalidad es importante si queremos pensar este complejo panorama. ¿Cuándo se ha utilizado la tecnología para mejorar nuestras vidas? ¿Cuándo ha tenido como meta informar, entretener, manipular? Recuerdo a la Bauhaus, el movimiento artístico alemán iniciado por Walter Gropius y otras personas en 1919 que fue especialmente importante durante los veinte y treinta. Tuvo escuelas propias en las ciudades alemanas de Weimar, Dessau y Berlín, y entre sus protagonistas estuvieron artistas como Paul Klee, Wassily Kandinsky y László Maholy-Nagy. La Bauhaus intentó unir belleza y funcionalidad, y dio inicio a un diseño industrial que fabricaba sillas al tiempo elegantes y cómodas para quienes se sientan, objetos de uso cotidiano que no sólo eran funcionales, sino que además eran hermosos. Se trataba de una época en la que considerábamos que el progreso era algo beneficioso. Hoy no siempre es tan fácil creerlo.

Cuando un matemático dice que una ecuación es elegante o hermosa, hace evidente una actitud intencional.

No es suficiente con llegar a la respuesta correcta: se desea llegar a ella de la manera más limpia, transparente y bella posible. La intencionalidad afecta nuestras vidas de manera aún más dramática cuando se relaciona con la manera en que gobiernos o corporaciones retienen o liberan información que protegería a quienes tengan acceso a ella o amenazaría a quienes se mantiene ignorante. Muchos informantes, cuyos trabajos les dan acceso a información privilegiada deciden liberarla, porque creen que quienes son afectados por ella tienen derecho a saberlo. Algunos se sienten avergonzados por haber sido cómplices.

250

Los informantes cambiaron al mundo a mediados de la década de los noventas, en el marco de una amplia campaña para demostrar que el tabaco es dañino para la salud. Los informantes también han denunciado los peligros de medicamentos no probados, el poder del carbón y la energía nuclear, los tiraderos de desechos tóxicos, el fracking y otras prácticas industriales claramente dañinas para nuestra salud. Durante la última década, esos informantes dejaron de ser vistos como ciudadanos por la opinión pública, y comenzaron a ser tomados como criminales. Este cambio en la percepción popular responde a una exitosa campaña por parte de gobiernos y corporaciones que han querido desacreditarlos y castigarlos.

Quizá Daniel Ellsberg, un analista de Rand Corporation, sea el ejemplo más famoso de un informante norteamericano que arriesgó su libertad y su futuro para difundir información que creía que debía ser pública. En 1971 liberó miles de páginas de documentos del gobierno norteamericano que mostraban cómo este había mentido al hablar de su papel en Vietnam. El presidente en aquel tiempo era Richard Nixon, un notorio autoritario. El *New York Times*, el *Washington Post* y otros periódicos importantes publicaron esos documentos, y su liberación ayudó a que la opinión pública dejara de apoyar la guerra norteamericana en

el sureste de Asia. Aunque Ellsberg fue llevado a juicio, se le declaró inocente. El caso tuvo que llegar a la Suprema Corte, que defendió el derecho a la libre expresión.

Edward Snowden es, hoy, el equivalente de Ellsberg. Snowden trabajó como analista de la CIA y la Agencia Nacional de Seguridad, entre otros lugares. El material al que tuvo acceso lo convenció de la necesidad de una discusión pública sobre la seguridad nacional y la privacidad individual. Al principio dio expresión a sus preocupaciones en canales privados, pero fue ignorado. Snowden ya estaba completamente desilusionado a finales de 2013, cuando trabajaba en la NSA. Bajó miles de archivos a su disco duro personal, dejó su trabajo en un edificio en Hawái, voló a Hong Kong y le entregó esos archivos a un grupo de periodistas que trabajaban para el *Guardian* de Londres.

251

Los periodistas arriesgaron su propia seguridad al publicar la historia y los documentos. Dos días después, Snowden trató de viajar a Moscú para llegar a Ecuador, pues el gobierno progresista de ese país le había ofrecido asilo. Sin embargo, los Estados Unidos cancelaron su pasaporte y los rusos le impidieron seguir viajando. Durante un tiempo fue forzado a vivir en el aeropuerto de Moscú, pero Rusia finalmente le permitió la residencia.

Snowden dejó clara la intención que tenía al liberar información clasificada. No buscaba dinero o fama, sino que defendió sus filtraciones como un esfuerzo de “informar a la opinión pública de lo que se hace en su nombre y lo que se hace en contra suya”. Creía que los ciudadanos estadounidenses tenían derecho a saber qué tanto había sido invadida su privacidad, y con qué objetivos. En septiembre de 2020, una corte federal en los Estados Unidos llegó a la conclusión de que el programa norteamericano de vigilancia masiva, desenmascarado por Snowden, era ilegal y probablemente inconstitucional. Sin embargo, Snowden sigue siendo un fugitivo. Sabe que si un día vuelve a los Estados Unidos

para enfrentar un juicio, lo más probable es que termine en la cárcel. Daniel Ellsberg le ha aconsejado públicamente que se mantenga lejos del país y ha señalado que hoy vivimos en una época muy distinta a la de los años setenta.

252 La tecnología moderna nos ha dado extraordinarias experiencias colectivas. Tanto Gregory como yo (y quizá también sus hermanas menores, Sarah y Ximena) recordamos la maravilla de haber observado al primer ser humano en la luna en julio de 1969. En aquellos entonces estábamos escondidos en México, y vimos el evento en una pequeña televisión en blanco y negro en la casa de un amigo que nos estaba protegiendo. Billones de personas alrededor del mundo estaban siendo transformadas por esa imagen en ese mismo momento. Fue un momento mágico para nuestra familia, en un contexto de confusión personal y miedo. Nunca antes las tecnologías de comunicación habían traído un evento de tanta magnitud desde la lejanía del espacio exterior a tantos espectadores de manera simultánea.

Cada uno de estos inventos llegó con sus problemas éticos e intelectuales. Ellos contrajeron nuestro sentido del espacio y el tiempo, fortalecieron la convicción que algunos de nosotros tenemos de que el tiempo no es lineal ni el espacio está construido de manera rígida. Barbara cree que el tiempo podría ser lineal en este plano de existencia, pero no necesariamente en otros. Yo fluctúo en mi sensación de lo que es el tiempo y cómo se comporta, pero no me convencen las explicaciones meramente lineales, especialmente si me pongo a explorar mi memoria. Reflexiono en mi recuperación del recuerdo enmascarado de mis abuelos maternos abusando sexualmente de mí, cincuenta años después de que hubiera ocurrido. O pienso en otras experiencias que he tenido, como llegar a un lugar que nunca había visitado y sentirlo inexplicablemente familiar.

Soy una persona que se volvió adulta durante el brutal ataque de Joseph McCarthy contra la libertad de expresión

en los Estados Unidos, y por ello sé cómo el control político de la libertad artística puede dejar su aliento helado por generaciones. Era demasiado joven como para experimentar personalmente esa cacería de brujas, pero tuve amigos que perdieron el trabajo, fueron a la cárcel, y de manera más importante, fueron silenciados de una manera que los afectó el resto de sus vidas. Algunos sufrieron pérdidas inconmensurablemente mayores: Julius y Ethel Rosenberg fueron falsamente condenados como espías de secretos nucleares. Fueron ejecutados y sus dos niños quedaron sin padres. Maduré como poeta en una atmósfera en que se sabía que se podía escribir sobre algunas cosas y no sobre otras. Tuve que irme a México para entrar en contacto con poetas que escribían sobre todo: el amor, el miedo, la muerte, la tierra, y sí, también los problemas sociales y políticos que les preocupaban. Creo que ese movimiento me salvó de una cierta forma de autocensura que enfermó a muchos de mis contemporáneos.

253

También se han transformado nuestra noción de la memoria y nuestras ideas sobre la privacidad. Es claro que cada nuevo día nos trae un mayor acceso a la información. ¿Pero qué tipo de información? El internet está inundado de desinformación e información deficiente, muchas de ella diseminada a propósito para alimentar intereses políticos, ideológicos o de mercado. Y los datos de todos nosotros que están siendo recolectados y analizados en este preciso momento por gobiernos y corporaciones son más vastos y detallados de lo que la mayoría de nosotros podría imaginar. Esas bases de datos no sólo registran nuestras características físicas: edad, raza o etnia, género, origen nacional y orientación sexual; también siguen nuestros movimientos, nuestra salud, nuestra educación, nuestros gustos, y de manera más peligrosa, nuestros miedos y vulnerabilidades. Esta información es usada para crear necesidades fabricadas en grandes números de la población, para empujarnos

a hacer cosas que no queríamos hacer, para que dudemos de asunciones razonables o pensemos cosas que no se nos ocurrirían de otro modo. También pueden utilizarse para controlar los recovecos más profundos de nuestras vidas emocionales. En realidad, están haciendo todo eso el día de hoy, aunque aún no sepamos hasta qué grado.

254 La comunicación nos rodea y nos absorbe incluso mientras inventamos nuevas tecnologías que pudieran alargar su rango de acción y nuevas modalidades de expresión para enriquecerla. Creo que, de maneras importantes, el arte es un antídoto para esta masacre. En este sentido, la idea de “arte y tecnología” pudiera expresarse mejor como “arte que alimenta y pone en crisis la tecnología” o como “tecnología que enriquece y subvierte el arte”. A menudo se ha dicho que el arte es otra forma de verdad. O que la ficción cuenta la verdad que la historia no puede contar. Estas declaraciones nunca fueron más relevantes que hoy, cuando nuestra percepción de la realidad ha sido distorsionada por los discursos políticos. Cada cultura, cada época, contribuye a incrementar la variedad y riqueza del arte. Me volví adulta en los tiempos en que los happenings emergían en la escena artística neoyorquina y se invitaba al público a participar en eventos teatrales interactivos. Sólo en Estados Unidos, durante las últimas dos décadas, el hip hop y la poesía slam se han vuelto enormemente populares. Las nuevas formas y géneros artísticos emergen constantemente y reflejan la transformación de las normas culturales.

También esto puede tener partes buenas y malas. Tomemos, por ejemplo, la guerra emprendida por Donald Trump contra la verdad en el discurso político. Que los políticos mintieran no era un fenómeno nuevo, tanto en la izquierda como en la derecha. Pero al decir que reportajes fidedignos eran noticias falsas, que los periodistas eran “enemigos del pueblo”, y de repetir sus mentiras políticamente motivadas una y otra vez, Trump logró convencer a al menos setenta

millones de estadounidenses de que no deben creer en lo que escuchan y leen en fuentes de información acreditadas. Este ataque masivo sobre la verdad en el lenguaje apuntaló los crímenes de Trump. No tuvo que cometer crímenes y después mentir para encubrirlos. Las mentiras ya habían sido colocadas en su lugar, y pusieron a disposición de Trump un movimiento formado por grupos de choque neo-fascistas al servicio de un hombre criminal y delirante.

Constantemente se desarrollan nuevas tecnologías para ofrecer propaganda política de forma convincente. Una nada sofisticada pero enormemente efectiva en los Estados Unidos de los años recientes es la transmisión de llamadas automáticas de tipo político, para anunciar productos, o incluso para entregar mensajes que pueden ir desde “Si no puede ir a las urnas hoy, no se preocupe: aún puede ir mañana”, hasta “su cuenta de seguridad social ha sido hackeada. Para mayor información apriete 1”. Cientos de miles de ellos se generan de manera automática. Su intención es que el receptor haga algo, o deje de hacer algo que beneficia a quien las programa. Ni siquiera es necesario que caigamos en sus mentiras. Sólo contestar el teléfono nos pone en una lista de “víctimas apropiadas” que pudieran ser vulnerables a nuevos intentos. Las llamadas automáticas son un ejemplo de cómo la tecnología puede servir a la mentira.

255

Frecuentemente las estadísticas son manipuladas para “probar” situaciones u opiniones distorsionadas. Cuando, por ejemplo, se nos dice que hubo más gente que nunca votando en la última elección presidencial norteamericana, no se añade que la población del país ha ido creciendo de manera exponencial. Es cierto que un número inédito de gente fue a las urnas, pero también es útil comprender el contexto. Muchos estudios se publican sin nombrar a las instituciones que los patrocinan: ¿deberíamos creerle a una compañía farmacéutica cuando ella defiende el éxito o fracaso de un medicamento que ella misma ha desarrolla-

do? Siempre recuerdo cómo mi amiga, la bióloga feminista Ruth Hubbard, explicaba que la aseveración de que una de cada nueve mujeres desarrollan cáncer de senos era una distorsión diseñada para convencernos de hacer mastografías regularmente. ¿Por qué no decir que ocho de cada nueve mujeres no desarrollarán el cáncer? No estoy escribiendo en contra de las mastografías, sólo señalo la forma parcial en que se usan este tipo de estadísticas. Sólo son algunos ejemplos de cómo los análisis estadísticos pueden ser presentados de forma diferente para estimular distintas respuestas y estados de ánimo. Las encuestas se manipulan de manera similar para favorecer una posición particular o convencer a quienes las siguen de que está creciendo o disminuyendo el apoyo hacia un candidato o idea en la que tienen interés. Demasiado a menudo la respuesta que se desea ya aparece implícitamente en la forma en que aparecen las preguntas.

A medida que las nuevas modalidades tecnológicas se hacen más populares, se observa una tendencia donde el desarrollo de nuevas plataformas va de la mano con la reducción de la necesidad individual para expresarse de formas más creativas. El resultado inevitable es una desidia intelectual colectiva. Cuando escribíamos cartas a mano, la caligrafía, que es una habilidad de diseño, era tan necesaria como la expresión de nuestras ideas a nuestra propia manera. Cuando yo aprendí a escribir, el más famoso era el método Palmer.<sup>4</sup>

4 En un artículo titulado *La escritura responde a una voz interior*, el educador y ensayista Guillermo Jaim Echevarry dice que “en la escritura cursiva, el hecho de que las letras estén unidas una a la otra por trazos permite que el pensamiento fluya con armonía de la mente a la hoja de papel. Al ligar las letras con la línea, quien escribe vincula los pensamientos traduciéndolos en palabras. Por su parte, el escribir en letra de imprenta implica escindir lo que se piensa en letras, desguazarlo, anular el tiempo de la frase, interrumpir su ritmo y su respiración”.



Las máquinas de escribir eliminaron la necesidad de saber caligrafía: las escuelas en los Estados Unidos dejaron de enseñar letra cursiva y se concentraron en enseñarle a los estudiantes a imprimir una letra detrás de la otra. Con la computadoras ya no tenemos la necesidad de cambiar la cinta de la máquina o de enfrentarnos con el sucio papel de calcar, copias mal impresas o correctores. El “cortar y pegar” está tan al alcance de nuestros dedos como los diccionarios y enciclopedias en línea.

Los correos electrónicos aún nos exigen expresarnos, aunque Google ahora nos ofrezca frases prehechas como “gracias”, “lo haré” o “me parece bien” que nos liberan de la responsabilidad de crear esas respuestas por nosotros mismos. También tenemos los emoticones: una cara que sonríe o ceñuda, un corazón brillante o un pulgar arriba retrata una emoción para que no necesitemos expresarla con nuestras propias palabras. La vida moderna enfatiza el ahorro de tiempo, pero cuando nos concentramos en él inevitablemente perdemos habilidades que daban riqueza a nuestra creatividad.

257

La gente más joven se ha mudado del correo electrónico al WhatsApp, una plataforma que favorece mensajes breves, a Twitter, que limita cada tuit a 280 caracteres, y a Instagram, donde las personas publican imágenes individuales, a menudo sin texto que las acompañe. Esta progresión, que de manera obvia apunta hacia utilizar cada vez menos y menos de nuestras palabras e ideas originales, es una amenaza a nuestra capacidad colectiva de expresión.

En el Estados Unidos de hoy hay una plaga de teorías de la conspiración y desconfianza hacia la ciencia. De ella es culpable el gran número de mensajes de extrema derecha que inundan las redes sociales y a veces llega a nuestros buzones de correo electrónico. La división en clases ya no sólo tiene una naturaleza económica, sino que se conforma cada vez más por el acceso a información confiable. Por ello

se agrava la división entre la parte del mundo que puede usar internet y la que no puede hacerlo. En países como Estados Unidos quizá el 90% de la población tenga acceso rutinario a la información en línea. En algunas partes de África, puede que sean tan pocos como el 5%. Está claro que se construye una nueva realidad para aquellos cuyo acceso a la comunicación digital les permitirá dominar las corrientes que dominan los espacios informativos. Así se abre más la brecha entre los que tienen y los que no tienen nada. El vasto número de personas en el mundo que no tienen acceso a internet vive en un siglo distinto. Siempre es un tema de equilibrio, y no es fácil saber dónde ubicar el límite.

258 Todo esto nos ha llevado a desconfiar cada vez más de nuestra propia experiencia. Allí está la escena común de la persona que abre su celular o su computadora para que le digan el tiempo en lugar de abrir la ventana y mirar afuera. Es maravilloso que tengamos esos servicios en línea que pueden decirnos cómo está el clima en lugares lejanos, pero cuando reemplazamos nuestra propia habilidad de abrir la ventana con una solución tecnológica estamos perdiendo contacto verdadero con nuestro ambiente. De manera similar, demasiada gente con algún tipo de problema de salud prefiere la información que le ofrecen compañías fabricantes de medicamentos más que buscar estudios independientes, confiar en profesionales de la salud que vienen de perspectivas más educadas o sólo escuchar lo que sus propios cuerpos están diciéndoles.

Y además está el tema interesante, y a menudo alarmante, de lo que podría ser llamado “intimidad pública”. Es el hecho cada vez más común de que la gente comparta información extremadamente personal con el mundo entero. Por ejemplo, cuando uno hace “amigos” en Facebook, pocos de los cuales serían amigos en cualquier sentido real de la palabra. Muchos usuarios de plataformas ponen allí sus pensamientos más íntimos, e incluso fotografías que

después desearán no haber hecho públicas. Es difícil, si no imposible, que ese material desaparezca una vez ha sido subido. Muchas personas buscando empleo han perdido oportunidades porque aquellos que investigaban su perfil público descubrieron en redes sociales publicaciones o imágenes incompatibles con las preferencias o la ética de la compañía. Son aún más trágicos los suicidios, entre ellos muchos de adolescentes, que fueron causados por el acoso en línea. Sería maravilloso si pudiéramos enfrentar las causas de la soledad y el aislamiento más que sólo discutir la huella digital que dejan.

Es claro que las redes sociales tienen grandes beneficios además de problemas inquietantes. Los poderosos movimientos políticos que llevaron a la llamada Primavera Árabe dependieron fuertemente de las redes sociales para que la gente pudiera llegar a puntos de reunión y se difundieran posiciones. Las redes sociales han sido usadas de esa forma a lo largo del mundo. En los Estados Unidos, movimientos como Occupy, Black Lives Matter y #MeToo han llegado a millones gracias a Facebook y Twitter. Así también llegó a millones Donald Trump, con su repetición de mentiras y acusaciones sin fundamento. Pienso que la historia muestra cómo la vieja organización de persona a persona construye un compromiso más profundo y de mayor duración. Hay contradicciones obvias entre la propaganda de masas y la profundidad del análisis.

En el momento en que escribo, la pandemia del COVID-19 ha empujado a poetas como yo a plataformas virtuales como Zoom para dar lecturas, entrevistas y participar en mesas. Desde marzo de 2020 he estado en cuatro de estas a la semana, a veces incluso en más. He hablado en inglés y español, participado en festivales de poesía y foros públicos, lanzado libros nuevos y apoyado el trabajo de otros. En México, uno de mis eventos tuvo más de siete mil visitas. A menudo una mesa o lectura o discusión sólo

reúne a treinta o cuarenta personas en el momento mismo, pero después el video publicado en Facebook o YouTube continúa recibiendo cientos de visitas.

260 Esos eventos virtuales me han permitido llegar a gente en México, Colombia, Chile, Uruguay, Argentina, Italia, Alemania, Cuba, Ecuador, Nicaragua, Irlanda, Inglaterra, Canadá y Australia, y a lo largo de Estados Unidos. Si hubiera estado allí en persona habría sido necesario que viajara a lo largo del mundo y probablemente no habría podido estar más que con un par de cientos de personas en cada evento, cuando mucho. Estas plataformas sí me han permitido comunicarme en formas que nunca pude en momentos anteriores. Y también han traído otros beneficios. Por ejemplo, vi cómo en una pequeña clase que di en línea mis estudiantes se comunicaban desde sus casas. Pude asomarme a la manera en que cada uno de ellos vive. Algunos participaban frente a camas sin tender, otros en estudios donde pude ver algo del arte que colgaba en sus paredes o de los libros que tenían en los estantes. A menudo me sorprende la conexión personal en esos eventos virtuales. Aunque sea cierto que la intimidad de allí es al mismo tiempo falsa y real, ella despierta mi interés.

Después de haber observado la clase de Gregory, de mirar la presentación de Martín, de escuchar cómo otras personas del curso presentaban sus preguntas y comentarios, y después de haber visto esos dos episodios de *Nova* junto a Barbara y de compartir nuestras reflexiones, me quedo con la profunda admiración de cómo diferentes culturas han desarrollado sistemas de escritura, cómo algunos de ellos se parecen aunque vengan de lugares distantes, cómo el arte y la tecnología se trenzan con el otro, y también de las preguntas éticas despertadas por el internet. Quizá para poetas como yo las partes más interesantes que aún quedan por explorar sean las relacionadas con el lenguaje y las culturas de la lengua. Como tantas otras cosas,

los avances tecnológicos no son ni completamente buenos ni completamente malos. Y sin embargo, debemos mantenernos vigilantes. Aunque quizá sea demasiado tarde como para que esa vigilancia tenga efecto, pues la tecnología se ha alejado enormemente de la ética.



## Más allá de disyuntivas excluyentes

En dos ensayos del presente volumen (uno sobre el retiro de monumentos racistas, el otro sobre el movimiento #MeToo, su importancia para las mujeres y las formas en que a veces se sobrepasó y dañó irrevocablemente a varones cuya mala conducta había ocurrido hacía demasiado tiempo, o no alcanzaba el nivel de acoso sexual) he intentado algo difícil de hacer. Quise mostrar mi apoyo irrestricto a movimientos importantes, y al tiempo expresar mi preocupación sobre algunos de sus aspectos. No quiero parecer tibia. Proclamo mis lealtades con confianza. Tampoco quiero asumir el cobarde y liberal rol de “abogada del diablo”, pues hay pocas posiciones que respete menos. Me gustaría afirmar un compromiso radical, y al mismo tiempo pedir matices que nos ayuden a evitar el fanatismo.

No es fácil escribir desde una posición matizada. Deja a quien escribe abierta a los reproches de la izquierda, al

tiempo que al escarnio de la derecha. No hace falta decir que espero esa reacción de los últimos. La de los primeros es una reacción decepcionante, y la he experimentado a menudo: por ejemplo, cuando resalté la posición antifeminista de los inicios de la Revolución cubana, sus retornos periódicos a la censura o su discriminación contra los homosexuales; cuando luché en los Estados Unidos para que la desigualdad de género fuera considerada junto a las contradicciones de clase; y cuando declaré públicamente que el abuso sexual al que Daniel Ortega sometió largo tiempo a su hija lo hacía indigno de ocupar el cargo de presidente de Nicaragua. Siempre que he hecho estas críticas a un movimiento revolucionario al que apoyo, personas de la izquierda me han acusado de “no haber lavado la ropa sucia en casa” y han argumentado que esas críticas le ofrecen argumentos al enemigo.

Así que no es fácil para mí escribir desde esa posición, pero puedo argumentar que se trata de una posición necesaria. Si queremos que el cambio social tenga éxito, debemos tener la fuerza de hablar cuando el grito familiar de “unidad, cueste lo que cueste” se use para ocultar errores, silenciar la crítica o evitar la discusión de temas que invariablemente tendrán efectos de larga duración en los valores sociales y en su habilidad para incluir a todos los grupos en ese proyecto de cambio.

¿Por qué la izquierda se resiste tanto a mirar estos problemas de manera compleja?

Pudiera ser que algunos marxistas tradicionales siguen atrapados en la creencia de que la contradicción de clase es la fundamental de la sociedad, y que las nuevas relaciones de producción automáticamente traerán el cambio social y cultural que deseamos. Pero tanto ha sido escrito en los últimos años para disipar esa estrechez de miras que me parece difícil aceptar que persista en la gente que de verdad intenta crear una sociedad más igualitaria. Y no menciono



el hecho de que hoy tenemos una evidencia amplia de que sólo si comprendemos los problemas interrelacionados de todos los grupos sociales podremos resolver los propios problemas de manera no excluyente.

Pudiera ser porque, en momentos especiales, las revoluciones experimentan un alto grado de presión por parte de fuerzas externas que intentan destruirlas, y por fuerzas internas que compiten por el poder. Pero si este fuera el caso, una vez que la presión bajara los liderazgos revolucionarios deberían dar la bienvenida a la crítica constructiva. La historia nos ha mostrado que ése no ha sido el caso.

Pudiera ser porque los liderazgos se encuentran apriisionados en viejas formas de pensamiento que alimentan disyuntivas excluyentes, incapaces de comprender la importancia del análisis profundo. Pero si esto fuera verdad, aquellos en el poder deberían ser capaces de enfrentar los problemas de forma compleja a medida que la educación se vuelve más accesible. En Cuba, donde han pasado más de sesenta años desde la victoria revolucionaria de 1959, la población en general tiene uno de los niveles educativos más altos del mundo. Sin embargo, la mayoría de estos temas siguen sin ser atendidos, o por lo menos no los son en los espacios públicos donde la gente puede tener presencia. Por otro lado, a menudo juzgamos los errores del pasado sin situarlos en el periodo histórico en que ocurrieron. Por ejemplo, en la década de los sesenta, cuando la Revolución cubana consideraba que los homosexuales eran degenerados sociales, esta era también la forma en que la mayoría de las sociedades miraban la diferencia sexual. Aunque Cuba haya cambiado en este tema conforme ha pasado el tiempo, otros países no lo han hecho.

O quizá simplemente sea que un liderazgo tercamente histórico, mayormente masculino y de piel clara no quiere abandonar su privilegio. El patriarcado tiene una capacidad impresionante para incrustarse en cada espacio social, político,

económico y cultural. La atención al género, la raza, la identidad sexual, la libertad de expresión y la discrepancia puede ser amenazante para una clase privilegiada que siempre se ha beneficiado al evitar discusiones profundas sobre estos temas.

266 No quiero decir que no haya habido cambios en Cuba. Sí los hubo. El rechazo temprano del feminismo se ha suavizado con los años, aunque el partido en el poder aún no haya hecho un análisis social con perspectiva de género. El partido detuvo la discriminación abierta y el abuso contra los homosexuales, y la situación ha mejorado para quienes tienen identidades sexuales y de género no heteronormadas. La población se ha vuelto más consciente del racismo endémico, sobre todo gracias a las reivindicaciones de los cubanos de piel oscura. A inicios de los noventa, la censura comenzó a abandonar el campo de las artes y comenzaron a respetarse diferentes expresiones.

Pero cuando la Revolución cubana ha tenido la voluntad de realizar un cambio monumental en un periodo corto de tiempo, lo ha hecho de manera brillante. Un ejemplo es la campaña de alfabetización de 1961, cuando los estudiantes de secundaria dejaron las clases por un año y le enseñaron a leer y a escribir a toda la nación. Otro ejemplo es la forma en que se construyó un sistema universal de salud que enfrentaría las necesidades del pueblo cubano. La revolución ha sido capaz de hazañas extraordinarias. Sin embargo, las mujeres continúan enfrentando obstáculos que deberían haber desaparecido hace mucho, los cubanos de piel oscura siguen estando mal representados en los espacios de liderazgo y el matrimonio igualitario sigue sin ser legal en esa isla del Caribe.

Cuando se ama algo, se quiere que sea todo lo bueno que puede ser. Yo amo a la Revolución cubana y expreso mis críticas porque creo que puede ser mejor.

Pero ahora dirijo la mirada a mi país, que continúa creyéndose “democrático” aunque se haya desviado tanto

de esa aspiración durante la presidencia de Trump. Entre 2016 y 2020 nuestra población sufrió una dramática polarización. Quizá sólo en tiempos de la Guerra Civil estuvo así de dividida. Más o menos la mitad de nuestros ciudadanos se involucró en actos fanáticos de apoyo hacia Trump y todo lo que él representa. A pesar de cada uno de sus actos indignantes o criminales, no dudan en seguirlo apoyando hoy. La otra mitad se dio cuenta de lo que anunciaba su narcisismo, su racismo, su misoginia, su xenofobia, su propensión a mentir, su falta de cuidado hacia la tierra y su repudio de la ciencia: algo terroríficamente peligroso y un preludio del fascismo. Como había demasiadas cosas en juego, la mayoría de los miembros de ambos grupos se limitó a desgañitarse mientras gritaba sus reflexiones, incapaz de darles una forma que pudiera hacerlas comprensibles para los otros. No llegamos a hablar con el otro, sólo le hablamos al otro.

267

En muchos círculos académicos el pensamiento no condicionado (la belleza y libertad de contemplar ideas y dejar que ellas nos guíen) ha quedado viciado por consideraciones políticas. La política y la mirada intelectual de alguna manera se han convertido en opuestos. Ya no se considera útil el pensar por el pensar mismo.

¿Existe aún espacio para los matices? ¿Pueden ser posibles los matices en este clima político? Puede que respondamos de manera diferente si la discusión ocurre en una familia, una organización, una comunidad o en el espacio público más general. Las respuestas pueden cambiar dependiendo del momento: por ejemplo, cuando estábamos a la mitad de los incendios forestales que devoraron la parte occidental de Estados Unidos, algunas personas que antes habían aceptado las aseveraciones de Trump sobre la falta de relación entre los incendios y el calentamiento global comenzaron a escuchar argumentos científicos que contradecían esas irresponsables afirmaciones. En un sen-

tido similar, la pandemia del coronavirus enfermó y mató sin distinguir posiciones políticas, y muchos que perdieron a sus seres amados hoy reconocen que las precauciones desdeñadas por Trump pudieron haber salvado sus vidas.

268 Al mirar los lados diferentes de problemas importantes pido que hablemos sobre estas cosas, y que lo hagamos de forma matizada antes de que sea demasiado tarde. Antes de que valiosos años de cambio social se pierdan en las disyuntivas excluyentes de la política. Antes de que los homosexuales sean confinados en campos de trabajos forzados, como ocurrió en los primeros años de la Revolución cubana, o de que decenas de miles de familias de refugiados queden desgarradas, como en la actual política migratoria de Estados Unidos.

No debe temerse la verdad, no importa qué tan compleja aparezca. Y la verdad casi siempre necesita complejidad para ser verdadera. Como escribió la poeta y filósofa Adrienne Rich: “se miente con palabras, y también con silencio”.<sup>1</sup> Y el fracaso para enfrentar los aspectos difíciles de problemas importantes es equiparable a la mentira.

1 En el ensayo que da título a su libro *Lies, Secrets and Silence*, New York: W. W. Norton, 1979.

# Índice

II	ACERCA DE ESTOS TEXTOS
13	No todavía
19	El caballo y el camión de carga
27	¿Preservar el racismo o preservar la historia?
43	Nuestro tiempo ha llegado (con algunas salvedades)
55	El homúnculo
59	Llegar a ser Elizabeth Taylor
63	¿Entonces dónde estaba ese lugar?
69	Construyendo un mapa de nuestras vidas
75	¿Seis grados de separación?
83	Nombrar a Paulo Freire
95	La tierra
101	La falsa dicotomía del desastre
109	Nuestro pequeño secreto
115	Te dije que no terminaría bien
121	Para darnos un nombre propio
129	Maquillajes
135	La edad de las mentiras
145	¿Shakespeare era un poeta político?
153	El dictador
159	Alan Turing o el miedo a la diferencia
165	La decodificación del código maya y la creatividad a través del tiempo y los continentes
175	Cómo nos alimentamos
185	Comer fuera
193	¿Adiós al libro?
201	¿En qué estarían pensando?

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

209	El gen de la simpleza juguetona
215	Lo que ellos pudieron haber dicho
221	Estrellas de mar sobre una playa: una fábula para 2020
223	Acerca de la variedad de géneros
231	El arte y la tecnología a través del espacio y el tiempo
263	Más allá de disyuntivas excluyentes



## PENSANDO PENSAMIENTOS

Se terminó de imprimir en noviembre de 2021  
en Offset Rebosán, en Acueducto 115, San  
Lorenzo Huipulco, Tlalpan, Ciudad de México.

Se emplearon las fuentes Bembo (Stanley  
Morison, 1929, basado en el trazo de Francesco  
Griffo, 1496) y Gill Sans (Eric Gill, 1928).

La edición de este libro se realiza mientras  
lxs habitantes de la Tierra se enfrentan al  
calentamiento global, a una pandemia feroz,  
y en un tiempo en que el entendimiento  
entre los seres humanos parece imposible.

El arte es nuestra mayor resistencia.

El tiraje fue de 1,000 ejemplares.





En este libro, una protagonista de algunas grandes revoluciones sociales y artísticas del siglo XX se dirige a las generaciones que llegan para heredar sus reflexiones, sus recuerdos, sus preguntas y sus sueños. Los 31 ensayos aquí reunidos reflexionan sobre la pandemia, el #MeToo, el ascenso mundial de la intolerancia y el derribamiento de estatuas que rinden homenaje a personajes racistas, al tiempo que hacen un elogio del pensamiento matizado y complejo. Éste también es un libro sobre el poder del arte en tiempos de crisis civilizatoria, y un conjunto de recuerdos que hablan del amor, la curiosidad, el sentido del humor y la capacidad de cada persona para transformar el mundo.

*Sí, creo que éste no es sino el pequeño manifiesto de una mujer: recuerdos para ser honrados y puestos en libertad... Éste es mi pequeño monumento personal a la integridad de la palabra formada en la página: una experiencia palpable e indirecta, libre de la coerción consumista.*

[www.heredadpalabras.com](http://www.heredadpalabras.com)



9786079868260

